



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

### Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

### About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

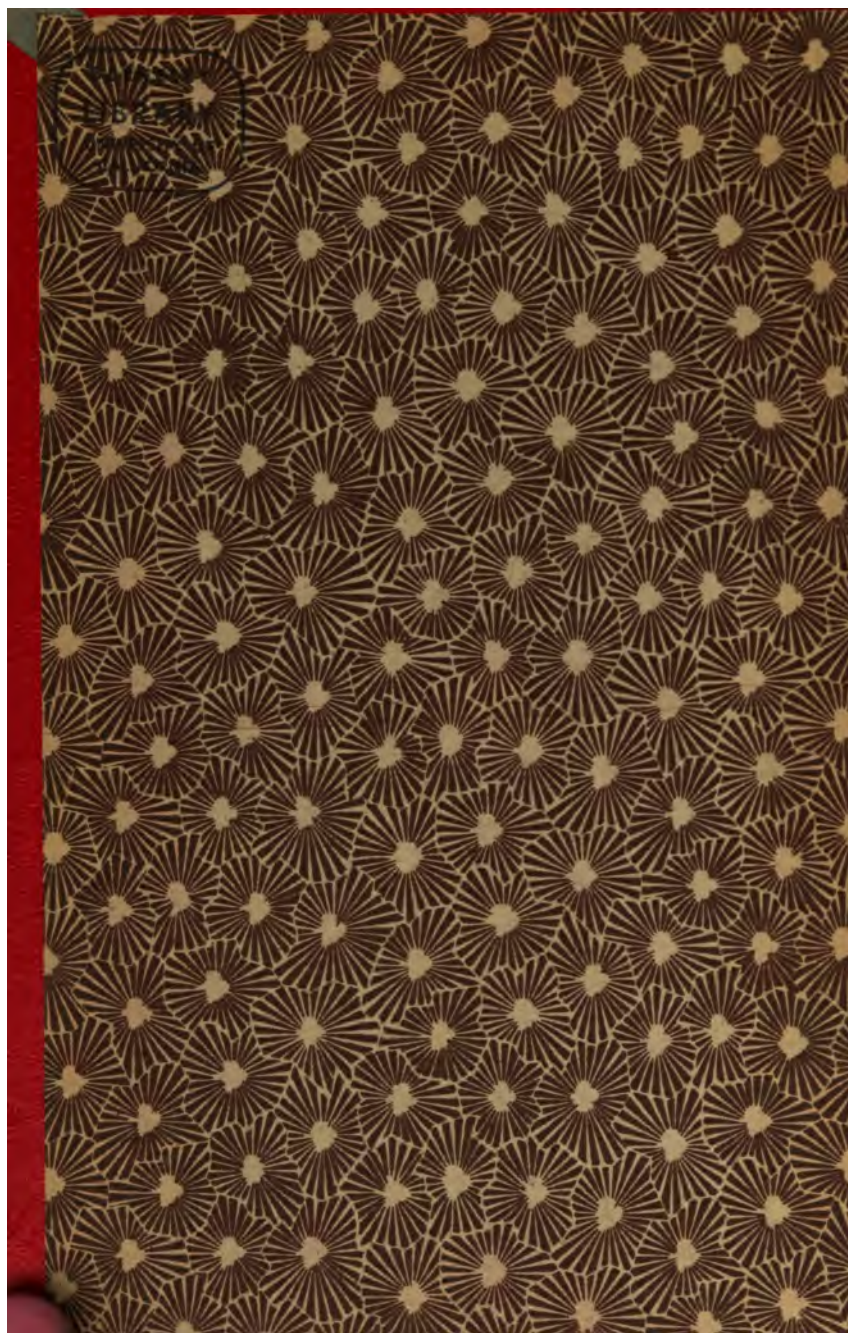
Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

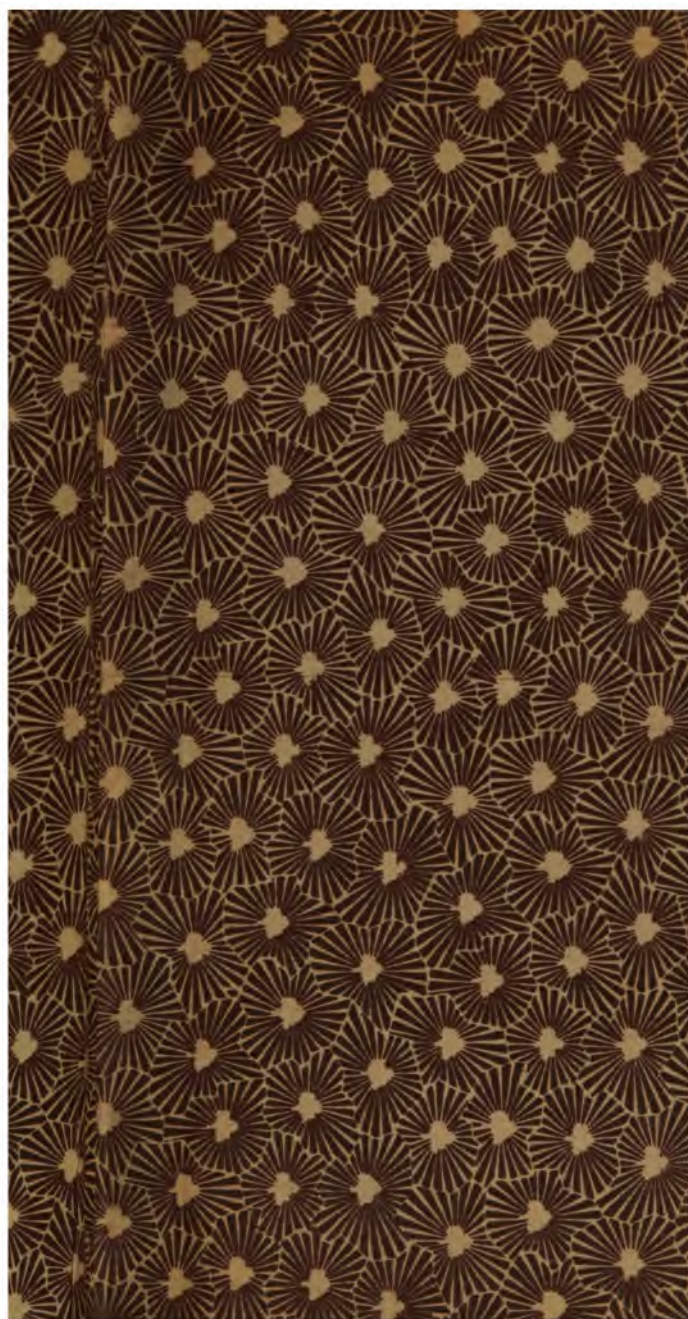
## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

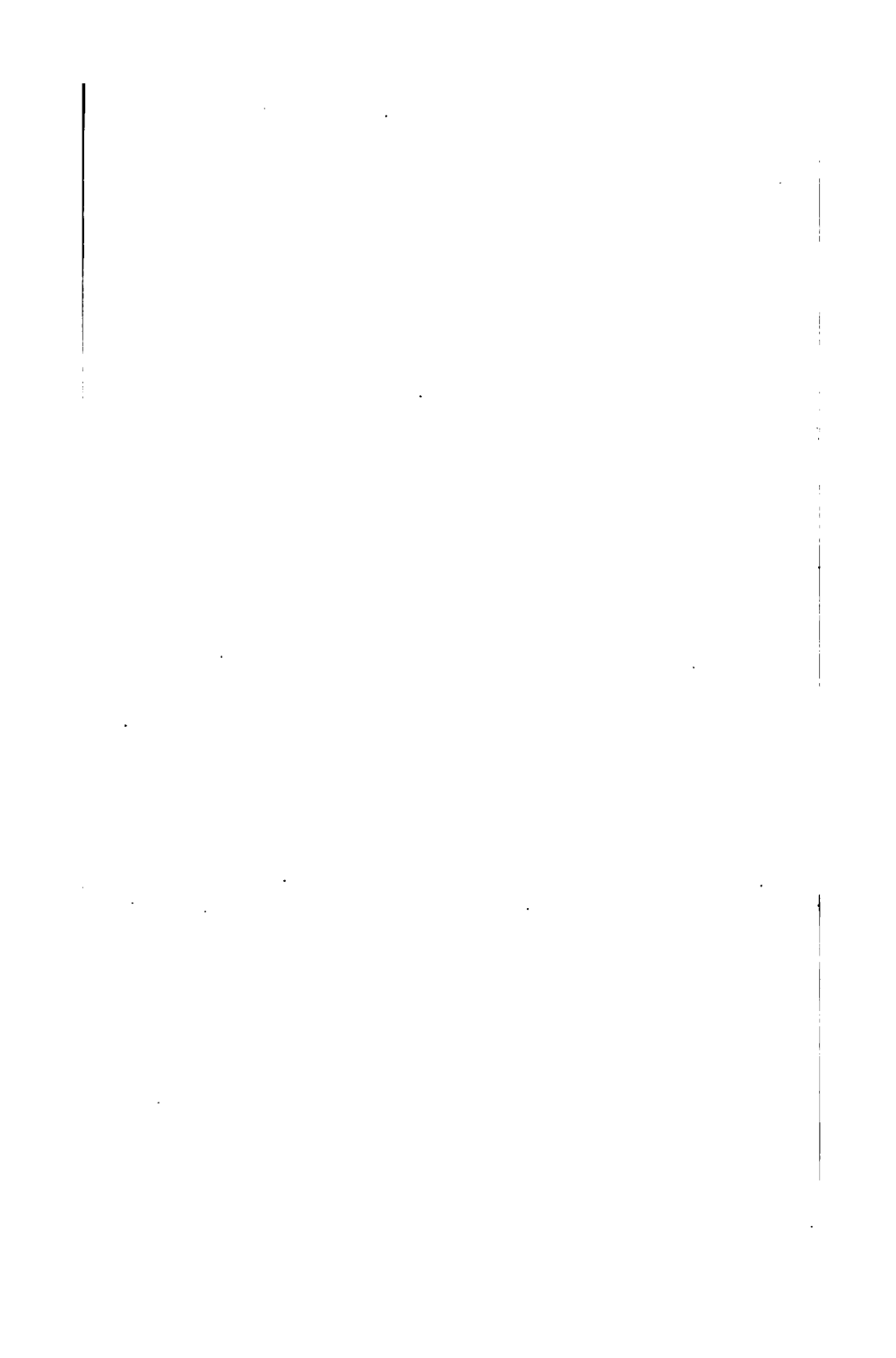
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



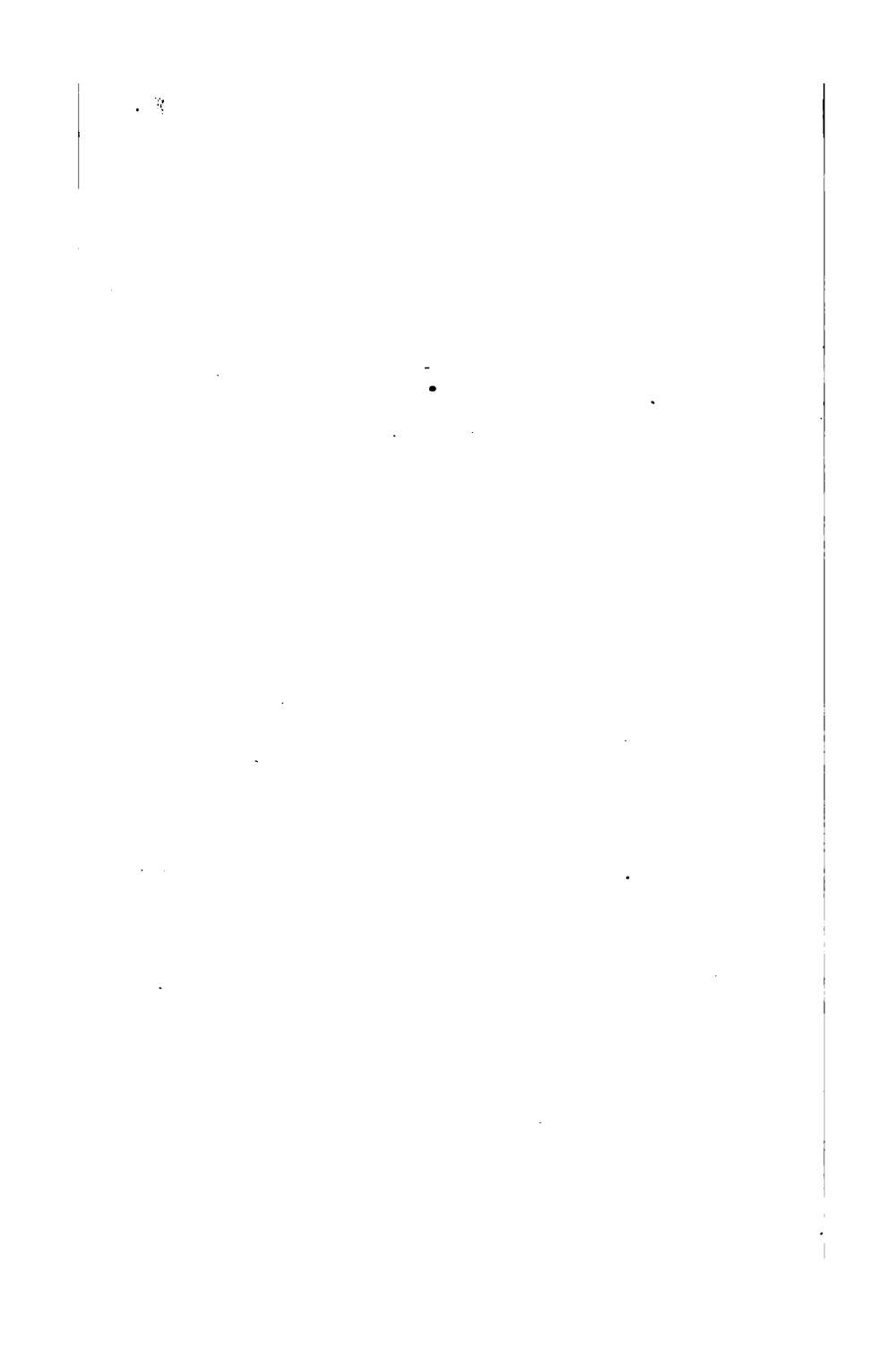






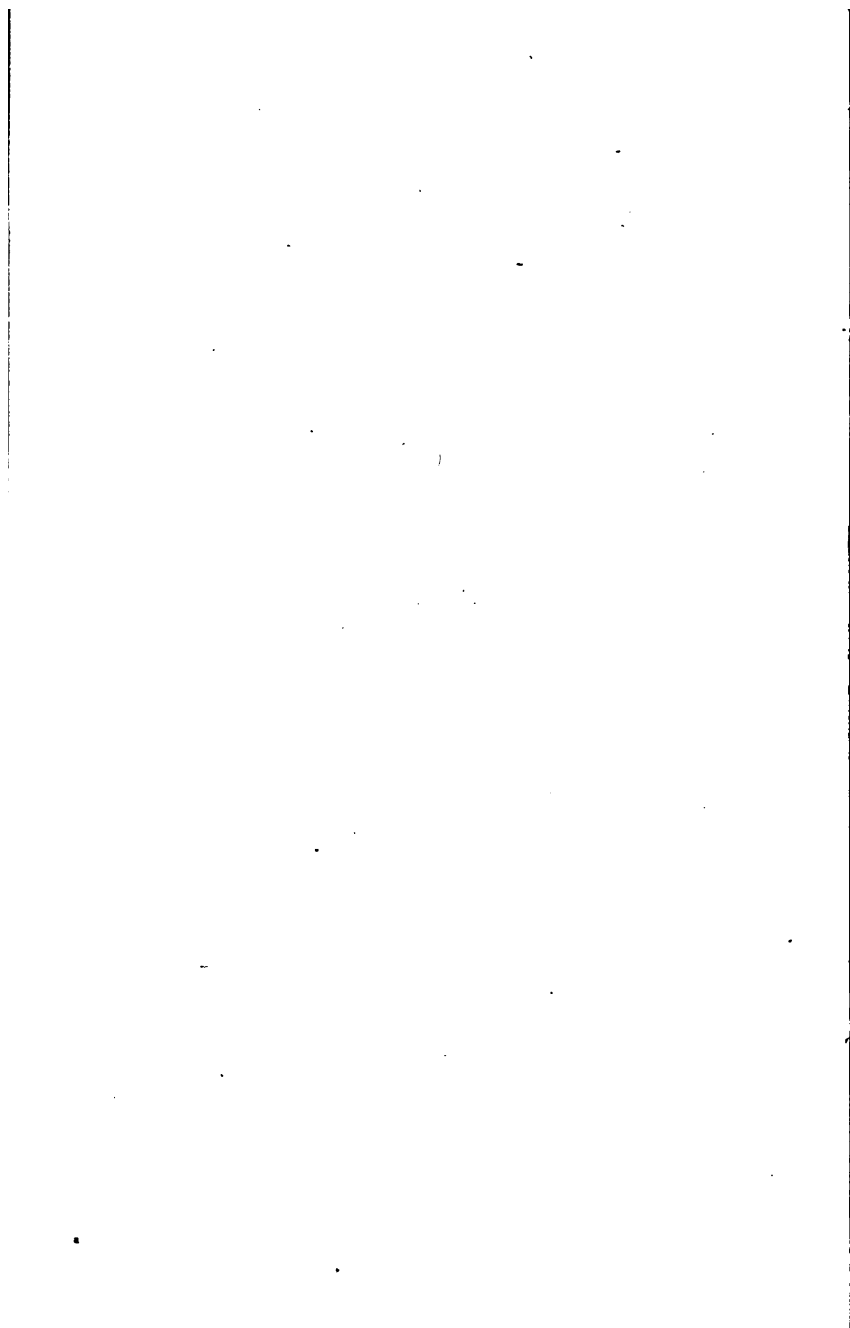








# **LA GENTE DEL PUEBLO**



*J. López Silva.*

---

# LA GENTE DEL PUEBLO

---

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES

---

PRÓLOGO

DE

D. JACINTO BENAVENTE



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ  
15, Puerta del Sol, 15.

1908

—  
**ES PROPIEDAD**  
—

---

**Imprenta y Estereotipia de Ricardo F6, Olmo, 4.—MADRID**

PQ6621

L08G4

## PRÓLOGO





## PRÓLOGO

**Y** no hallo en mí mejor título que el de madrileño, para prologar tan madrileño libro. Y para prólogo de mi prólogo basta con esta justificación y disculpa.

Ser escritor popular halagando y adulando al soberano pueblo, como puede halagarse y adularse á un regio soberano—y hay escritores que se creen más fuertes, más independientes y más liberales, porque no adulan á nadie en particular y adulan á una clase entera—es fácil y hasta puede ser lucrativa empresa.

Presentar al pueblo como eterna víctima y único depositario de todas las virtudes; disculparle en todos sus vicios y extravíos, poniéndolos á cuenta del medio social y de la tirana burguesía; prometerle y predecir-

le triunfos y reivindicaciones á obtener, sin más esfuerzo que huelgas y alguna sacudida revolucionaria; hablarle en tono de tribuno ó de profeta proclamando la destrucción y ruina de todo, y sólo para él glorias y bienaventuranzas terrenales, es imitar del mejor modo, aunque no les parezca á estos cortesanos de la plebe, á aquél predicador cortesano que, como viera entrar á su rey al tiempo que él decía, todos hemos de morir, rectificó prontamente: Menos el rey.

Así para estos predicadores laicos, todo ha de perecer, menos el pueblo... y ellos.

Ser escritor popular ofreciendo al pueblo como único halago su propia imagen sin embellecimientos líricos, todo lo más objetiva posible, ya es más difícil empresa, que á nadie agradó ver su propio retrato cuando el original no es todo belleza, y si aun no queda al despecho del retratado la satisfacción de recusar al pintor por inhábil, tan notoria es su maestría, siempre dirá en último extremo, lo que el Papa Inocencio X

ante su retrato por Velázquez: *Troppo vero*. Pero seguramente ningún pintor *troppo vero* será nunca nombrado pintor de cámara regia ni popular.

No obstante, yo quiero explicarme cómo siendo usted verdadero pintor del pueblo ha logrado usted ser popular.

Tal vez, sin duda, porque el pueblo, en su instinto artístico, comprende que nadie pinta lo que no se paró á contemplar, y hay en toda contemplación inteligencia, y hay en toda inteligencia un sentimiento de amor. La obra de arte es siempre expresión de algo que fué amor en el artista. Siempre, aunque en su apariencia muestre ser inspiración del odio, aunque castigue y satirice y flagele y desprecie... No os detengáis en la apariencia, más hondo está el amor; es el ideal de belleza, de bondad, que fué contraste en el alma del artista para acertar á mostrarnos fealdad y maldades, que por el mismo efecto han de avivar con su contemplación en el alma de todos, el mismo ideal, que fué

inspirador de la obra, en el alma del artista.

Porque ama usted al pueblo, sabe usted pintarle; no le adula usted, pero él sabe que decirle: Así eres, es el medio mejor de decirle: No debes ser así. Y como eso lo dice usted sin odio y sin espanto, con esa honda filosofía del mismo pueblo, que tiene para todos los casos de la vida, por absurdos y extraños que parezcan, el mismo corriente comentario: ¡Cosas de hombres y mujeres!, ve en usted al sucesor literario directo de aquellos también que tanto le comprendieron y tanto le amaron y tuvieron para él siempre la indulgente paternal sonrisa que sólo el Arte y la Divinidad saben tener ante las miserias humanas: Cervantes, Quevedo, Velázquez, Goya, D. Ramón de la Cruz, gloriosa genealogía de ese arte de usted, que no puede ser plebeyo con tan altos y nobles antecesores.

Y quiero salvar otro reparo que alguien pudiera poner á sus pinturas; el de caer al-

guna vez en lo caricaturesco. Peligro es este que no logra salvar ningún pintor de retratos cuando los modelos no son de perfecta belleza; y cuanto más el pintor ahonda en el espíritu del retratado, más saldrá por fin la caricatura á la superficie. ¿No han supuesto algunos que Velázquez más que los retratos legó á la posteridad las caricaturas de los reyes y príncipes de la Casa de Austria? Suposición inadmisible en un artista que sólo motivos de gratitud tenía con tan ilustres príncipes, y ni el espíritu de la época ni el carácter del pintor dejan lugar á suponer que alentaba en él un espíritu republicano. Fué sencillamente que Velázquez no pintó sólo la superficie, llegó al alma de sus modelos, y del alma brotó la caricatura.

Las mismas austeras pinturas del Greco sus santos penitentes atormentados, en que vemos arder como en manojo de secos sarmientos, al través de los cuerpos consumidos, la llama del espíritu glorioso, ¿no

pueden parecernos caricaturas del misticismo español de su época? ¿Y es posible atribuir á intención del artista esa apariencia?

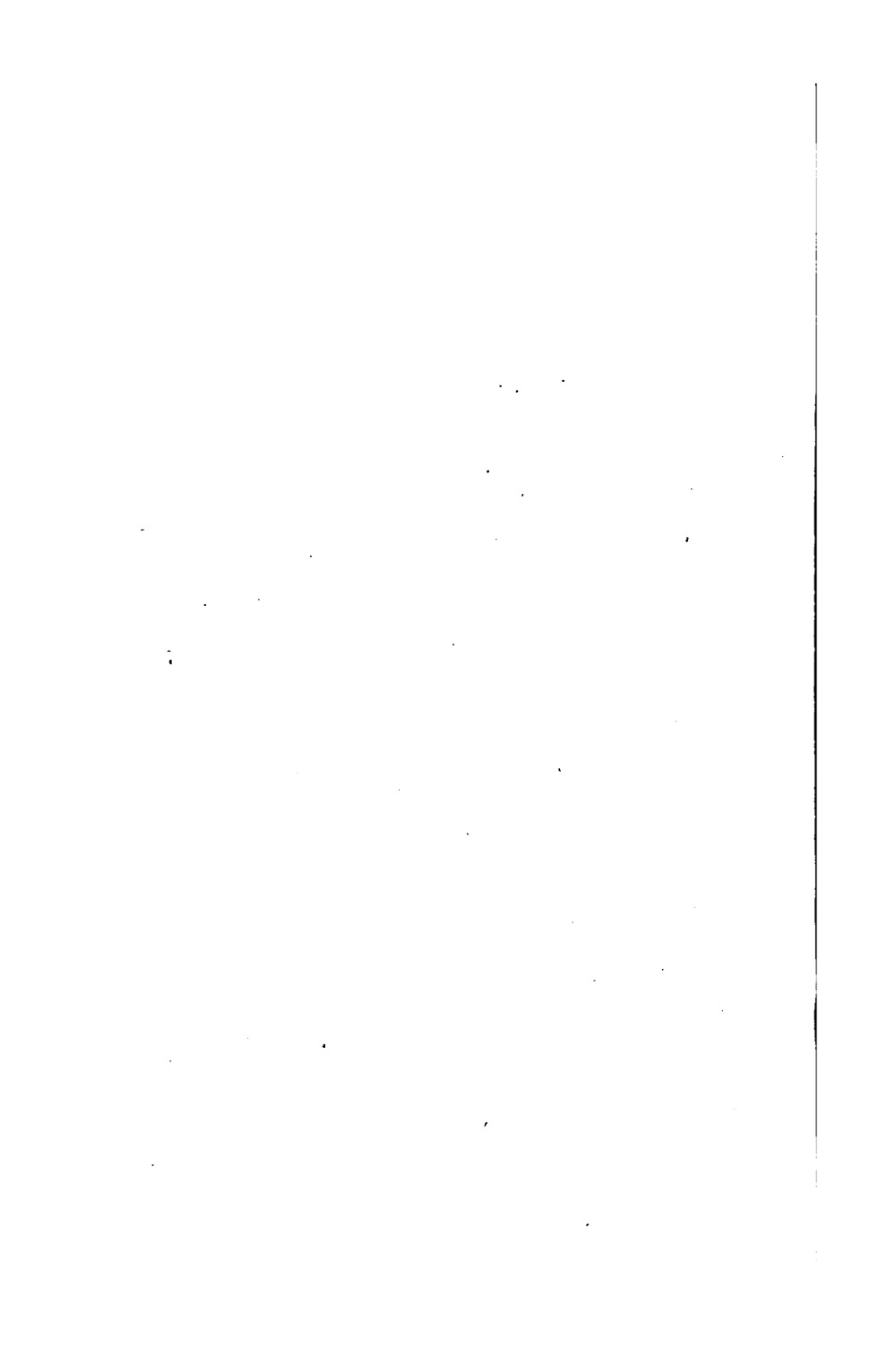
Mucho más quisiera decir en alabanza de su obra—á toda su obra literaria me refiero—y en alabanza también de este buen pueblo madrileño nuestro, único tal vez capaz de admirar á quien, como usted, ni le adula ni le engaña. Bien le dice su instinto que alienta en usted el espíritu de aquél Goya, que como supo pintarle en sus fiestas, en sus vicios, en sus ridiculeces, supo también glorificarle en su grandeza heroica en aquel majo de los fusilamientos del 2 de Mayo, aquel majo que desafia á la muerte con los brazos en cruz, como Cristo, que redime al morir los pecados de todos.

Bien supo demostrar, en aquella ocasión memorable, el pueblo madrileño, que él solo se bastaba á redimir pecados de todos, y Dios sabe que si ahora son muchos, más eran entonces los pecados de España.

JACINTO BENAVENTE



# CHŪLAPERÍAS



## CHULAPERÍAS

—Bueno, mira: no discutas  
porque eso no tié defensa.

—Pero ponte tú en mi caso,  
¡rediós! porque desde fuera  
se habla muy bien.

—¡No te irrites,  
que te van á dar viruelas!

—¡Si le alteráis los humores  
á un santo!...

—No le des vueltas;  
aunque alegues lo que alegues,  
lo que has hecho con la Usebia  
tras de antiyer es un hecho  
que repuzna á las concencias  
delicás y á ti te pone

---

al nivel de las esteras.

—¡Es que tú no la conoces!

—Aunque no la conociera,  
que sí la conozco á causa  
de haber tenido con ella  
relaciones familiares  
antes que tú las tuvieras,  
es mujer, y al bello seso  
como tal se le respeta;  
porque no ha venido al mundo  
la mujer pa que un boceras  
la sacuda los filetes  
como si fuese una bestia.

—¿Y si te insulta?

—De parte  
del hombre está la prudencia.

—¡Es que me ha llamao cabestro!

—Eso no es ninguna ofensa.

—¡Hombre, muchas gracias!

—¿Lo eres?...

pues si lo eres á sabiendas,  
la verdaz no ofende á nadie  
ni hay razón pa que te ofendas.

¿No lo eres, como yo creo  
y es posible que tú creas?

¡Pues dicho se está que entonces  
el insulto no tié fuerza!...  
Ahora bien; si tú me añades  
que estuvo un tanto incorrezta  
tu mujer al dirigirte  
la expresión de referencia,  
me azhiero á ti, pero siempre  
dejando á salvo mi idea  
de que es un cerdo muy grande  
tóo el que maltrata á las hembras.  
—También se esagera mucho...  
—¡No digas que se esagera!  
¡Si tié la infeliz el cuerpo  
que da compasión de verla  
los moraos!...

—¿Quién te lo ha dicho?

—¡Hombre, á mí... lo que se cuenta!...

—¿Pero quién?

—Sin ir más lejos,

Paca, la del *Menphis*.

—¡Esa

siempre agrandando las cosas  
que ve!...

—Tóo lo que tú quieras;  
pero en este caso...

—¡¡Miente!!

Y á fin de que te convenzas,  
te vas á venir á casa  
cónmigo pa que la veas  
de medio cuerpo pa arriba,  
y me corto la cabeza  
si la ves en tóo el perímetro  
la cicatriz más pequeña.

—¡Pues, hombre, yo estoy al tanto  
de un amoratao que lleva  
en la espaldilla!...

—Eso fué  
de un antojo de ciruelas  
que tuvo su madre estando  
pa darla á luz.

—Pué que fuera;  
pero ¿y lo del ojo?

—Bueno;  
es la única cosa seria  
que tié de mí.

—Se lo has puesto  
que es propiamente una breva.

—Por cabezota. Las hay  
que se mueren por la celpa,  
y están fúnebres el día



que no las das en la cresta,  
Ceferino.

—¡De tóos modos,  
estás muy duro con ella!  
—Yo la trato duramente  
porque sé por esperencia  
que á esa no se la domina  
na más que con la dureza.  
¡Digo, si me viera blando...  
pues la aguantaba cualquiera!  
—Antes no era así.

—¡Lo ha sido  
desde que dejó la teta!  
Tú la has tratao por encima  
na más, y por más que quieras,  
comprenderás que no puedes  
saber del pie que cojea,  
porque pa eso es menester  
llegar al fondo. La Usebia,  
con esa cara de *panyú*  
que paece una mosca muerta,  
te azvierto que tié más tripas  
que un queso; pa que lo sepas.  
—Está bien.

—¡Que no te coja

la menor de que es muy bestia!

—No me coge. Doy por hecho  
que tóo lo que tú me cuentas  
es histórico.

—¡Más fijo  
que la luz!

—De acuerdo en esta  
cuestión; pero yo he venido  
pa otra cosa algo más seria  
que tus malos tratos.

—Habla.

—Ayer estuvo la Usebia  
á buscarme pa decirme  
que la has pegao en la iglesia  
de San Millán un mamporro  
que por poco no la dejas  
inútil, por el estao  
anómalo en que se encuentra,  
y pa reforzar su dicho  
y pa atestiguar con pruebas,  
me enseñó el ojo del golpe  
que parecía una almeja.  
¿Tú la has pegao en el templo?  
—Sí; pero...

—¡Calla y dispensa!

Tú, que me tratas de antiguo,  
no ignoras que estoy más cerca  
de Lerroux que del obispo  
en lo concerniente á ideas,  
y ya sabes que al papel  
de fumar hasta la fecha  
yo no le dao más que un uso.  
—Sé por dónde vas.

—Con esta  
declaración está dicho  
que soy un hombre de mi época,  
y que á mí no se me encoge  
el ombligo aunque me vea  
con las tripas en la palma  
de la mano.

—Ya has dao pruebas.

—¡Que tú has visto por tus ojos  
varias veces!

—¿Quién lo niega?

—Bueno; pues con tóo y con eso,  
una acción tan... ¡incorrecta!  
(llamémosla así por no  
llamarla de otra manera)  
como es la de hollar un templo,  
convirtiéndolo en prazuela,

másime si es maltratando  
á una mujer indefensa,  
¡eso no se lo consiento  
ni á mi padre, que lo hiciera!!  
—Pero ¿sabes tú el motivo?  
—¡Ceferino Gordejuela  
tié bastante con saber  
cómo has obrao!

—¡Pero espera,  
que á un ahorcao se le permite  
defenderse!

—Bueno; venga.  
—Pues la cosa fué que el jueves  
estábamos en la iglesia  
de San Millán, en la boda  
de mi hermana Desideria,  
que al fin se ha casao.

—¿La bizca?  
—Sí; la que estaba soltera.  
—¿Con el padre del chiquillo?  
—No.

—¿Con el de la pequeña?  
—Tampoco. Con un muchacho  
que acaba de conocerla.  
—Quedrás decir que principia...

—¡Lo sabe tóo, de manera  
que holga la chungá!

—Perdona,  
que no he tratao de ofenderla.  
—Bueno; pues entró mi hermana  
con su novio tan contenta  
del bracete, con tóo el séquito,  
y porque le dió la idea  
de ir con el ramo de azahar,  
como todas, va la Usebia  
y estornuda... ¡Yo en seguida  
comprendí la cuchufleta,  
pero me callé!

—Bien hecho.

—Y na; que van y penetran  
en la sacristía; toman  
la anotación; se confiesan  
los novios; se viste el párroco  
con el traje de faena;  
suben al altar mayor;  
se arrodilla la pareja,  
y cuando ya estaba el cura  
pa uncirlos en toda regla,  
rompe á llorar la chiquilla,  
y entonces la Desideria,

guía por el ojetivo  
de que soltara la perra,  
va y la da el pecho. ¿Es un azto  
natural?

—Sí.

—Pues la Usebia,  
como nunca ha sido madre,  
porque la falta madera  
y no comprende lo lógica  
que es una acción como aquella,  
dice de pronto:—*¡Compadre,  
mia que las hay sinvergüenzas!*  
Á lo cual yo la repuse:  
—*¡Cállate, y no tires piedras  
al tejao de mi familia,  
que tiés el tuyo sin tejas!*  
—*¡Tu familia á mí... ya sabes!...*  
me responde.—*¡Ten prudencia—  
la retato,—que lo tengo,  
en la punta de la lengua!...*  
—*¡Ya sé lo que tiés!*—replica.  
—*¿Qué tengo?*

—*¡Con eme empieza!*

—*¡Tú eres un golfón!*—la digo.

—*¡Y tú un venao!*—me contesta.



Total: que me se subió  
la sangre á la cabecera,  
y sin mirar donde estábamos  
la zumbé la pandereta.  
Por eso lleva así el ojo;  
ya sabes por qué lo lleva.  
—¿Has terminao?

—Sí.

—Corriente,

Ya te he escuchao tu defensa,  
y ahora yo, con mi carácter,  
condición ú lo que sea  
de condescípulo tuyo  
y de antiguo novio de ella, . . . -  
te manifiesto: que el día  
que te dé la ventolera  
de pegarla en sitio público  
ú de causarla molestia  
y dé la casualidaz  
de que un servidor lo sepa,  
ten presente que recoge  
los cuatro pingos que tenga  
y me la llevo á mi casa,  
y ya no vuelves á olerla  
mientras viva.

—¿Qué?...

—¡Lo que oyes!

—¿Pero lo dices de veras?

—¡Como hay Dios!

—¡Dame un abrazo!

—¡Pero oye!...

—¡Y hasta la vuelta!

—¡Mira, tú!...

—¡Que llevo prisa!

—¡Ven aquí!...

—¡No me detengas!

—¿Ande vas?

—¡A darla un golpe  
antes que cambies de idea!

---

UN VIVO



## UN VIVO

—¡Dichosos los ojos, hombre!  
¿Dónde andas?

—Pues en mis tratos.

—Pensé que te habías muerto.

—¡La pinta es esa!

—¡Qué barbaro!

¡Cuidao que te estás poniendo  
que eres propiamente un sapo!

—No estoy mal.

—¿Y cómo ha sido  
el venir?

—Pues que te traigo  
verbalmente la noticia.

—¿Cuál noticia?

—Que me caso.

—¡Tú!!

—Yo.

—¿Pero hablas en serio?

—Tan en serio como te hablo.

—¿Y con quién?

—Tú la conoces.

—¿Sí?

—Pero hace muchos años  
que la vistes, y no es fácil  
que lo aciertes en el azto.  
¿Te acuerdas de aquella noche  
que cenemos unos cuantos  
en *Niza* pa celebrar  
la apertura de mi estanco?  
—Sí que me acuerdo.

—¿Te acuerdas  
de una muchacha de claro  
que estaba en un cenador  
á mano derecha entrando?  
—No doy.

—Una chica rubia,  
rechoncha, con dos ojazos  
así de grandes, que estaba  
con un teniente.

—¡Ya caigo!

—¡Natural!

—Sí; que tosimos  
con ojeto de cambiarlos  
de aztituz.

—Bueno; pues esa  
es la que va á dir al tálamo  
con un servidor.

—¿Y cómo  
sos habéis puesto en contazo?

—Pues estaba yo una noche,  
va á hacer tres meses ó cuatro,  
despachándole diez céntimos  
de pitos á un parroquiano,  
cuando en esto suena el timbre  
de la vidriera, levanto  
los ojos y me la veo  
que entra más guapa que el gallo,  
con ca saliente y ca cosa  
que me quedé turulato.

—*¿Me da usted dos escogidos?*—

va y me dice recostando  
parte del chafán encima  
del mostrador, que es de mármol.

—*¿Pa quién son... si pué saberse?*—  
la pregunto—*¿Pa mi hermano!*—

me contesta.—*¡Pues entonces—*

*la digo—va usted á llevárselos*

*superiores, aunque tenga*

*que deshacer veinte mazos!*

Me dió las gracias muy fina;

la hablé de lo bien formao

que tenía el cuerpo, ecetera;

la solté dos ratimagos

de los míos; de resultas

puso los ojos en blanco;

luego me ofreció su casa;

yo la apetrujé la mano

con desimulo al ponerla

pa recoger los cigarros...

y, en fin, que simpaticemos

de tal manera, muchacho,

que cuando se desocupa

ya la tengo en el estanco.

—¿Y consiente la familia?

—¡Si es huérfana!...

✓ —¿Y el hermano  
de los puros?

—¡Una chufia  
que se le ocurrió al comprarlos!  
Ella, ¿sabes?, vive sola,



pero la sufragua el gasto  
un señor que la conoce  
desde que estaba mamando,  
y que era muy buen amigo  
de su padre. ¡Más buenazo!...  
¡Como que hasta se la lleva  
de Madriz tóos los veranos!

—¿Cuántos años tié la chica?

—Pues nació el ochenta y cuatro.

—Que son veintitrés.

—Cumplidos.

—¿Y tú?

—Yo cumplo pa Mayo  
los cincuenta y dos.

—De modo  
que, si no fallan mis cárculos,  
pué decirse que la doblas  
la edaz.

—En eso ya estamos;  
pero es mejor que no que ella  
me la doble á mí.

—¡Crisanto...  
creo que haces mal casándote!

—¡Según!

—Yo ya me hago cargo

de que tú tiés una industria  
que es la que te da pa el plato,  
y es natural que carcules  
que si la pones en manos  
de una mujer es mu fácil  
que vaya pa arriba.

—¡Claro!

—Por ahí está bien que pienses  
en casarte, porque al cabo  
tóo lo que tienda á engrosar  
tu negocio es muy sensato;  
pero si crees buenamente  
que verificas un azto  
tan serio por exigencias  
de la sangre, te declaro,  
como amigo, que padeces  
un error de los más grasos.

—¿Por qué razón?

—No hay que ser  
un lince pa adivinarlo.

—Pues á tóo el que se lo he dicho  
le paece bien.

—No hagas caso.

Al que aplauda tu conduta,  
ó no se le importa un rábano

que te cases, ó le importa  
más de lo que es necesario.

—No te entiendo la indireta.

—Pues me explico en castellano.

¿Qué vas á hacer tú, ¡so lila!,  
con cincuenta y dos veranos  
en el lomo si te ponen  
junto á una moza de garbo?  
¿No comprendes, aunque tengas  
lleno de serrín el cráneo,  
que la juventuz quíe fuego  
y tú fallas ese palo?

¿Qué timos vas á decirle  
pa picarla el entusiasmo  
con esa boca sin huesos  
que parece un pozo artesano?  
¿Vas á pedirle fatigas  
á una mujer con redaños  
viéndote, como estás ahora,  
con la nariz destilando?

—¿Quién?

—Tú.

—¿Yo?

—¡Tú! Y ahí lo tiés  
en el contraembozo. ¡Mialo!

—¡Será de frío!

—De falta  
de fuerza en el aparato  
y de que eres más antiguo  
que la plaza de los Carros!

—Hombre, bueno; ya se sabe  
que no soy ningún muchacho,  
pero quedo todavía  
donde el primero.

—¡De labio!

—¡Y de tóo!

—¡Pero mal ángel!...

¿Tú te figuras que acabo  
de conocerte ó que llevo  
guardamalleta en los párpados?

¿No sé yo, como tóo el mundo,  
mas que quieras ocultarlo,  
que hasta comes los fideos  
con mascador automático?

¿No te estoy viendo ahora mismo  
que te sale por los vanos  
de las narices más pelo  
que el que te queda en el casco?

¿No llevas ahí las piltrafas  
de la cara y de las manos

con más grietas y más pliegues  
que hay en un kilo de callos?...  
¿A mí que vas tú á contarme  
de tóo lo que viene al caso,  
si hasta pasaos los cuarenta  
mi vida ha sido un serrallo  
moruno, porque te costa  
que he tenido talonarios  
pa las mujeres? ¡Las cosas  
son pa cuando son, Crisanto,  
y no sirve darle vueltas  
ni echarse por el atajo!  
Yo, que he tenido en mis tiempos,  
y les costa á más de cuatro,  
un *harem* en ca distrito,  
por no decir en ca barrio;  
yo, que veo con orgullo  
mis faciones á ca paso,  
lo mismo entre la grandeza  
que entre la gente de abajo;  
yo, que he visto con mis ojos  
vender en la Cruz del Rastro  
muchas veces á los ciegos  
romances con mi retrato;  
yo, ¡¡ Vitorino Pereira!...

con tóo el cartel que me traigo,  
si no llevo encima un duro...  
¡como si vieran al gato!  
¿Qué te indica eso? Pues eso  
te indica que á nuestros años,  
cuando la calor se marcha,  
y te se encogen los ánimos,  
y te se vuelven las hembras,  
y no encuentras ni una mano  
femenil que te la estreche  
la tuya con cierto agrado...  
¡hay que inclinar la cabeza  
y hay que renunciar, Crisanto!  
—No me convences.

—¿De modo  
que al fin la *diñas*?

—¡Pa chasco!  
—¿Y cuándo va á ser?

—El jueves.  
—¿En dónde?

—En San Cayetano.  
—¿Tíes ya padrino?

—El padrino  
es el que la paga el cuarto.  
¡Gusto de ella!

—¡Natural!

—¡Verás un hombre gastando!

—¡Na, pues ¡duro!, y no te achiques!

—Si es la cuenta que yo me hago:

mi mujer es guapa y joven

y yo vivo de mi estanco.

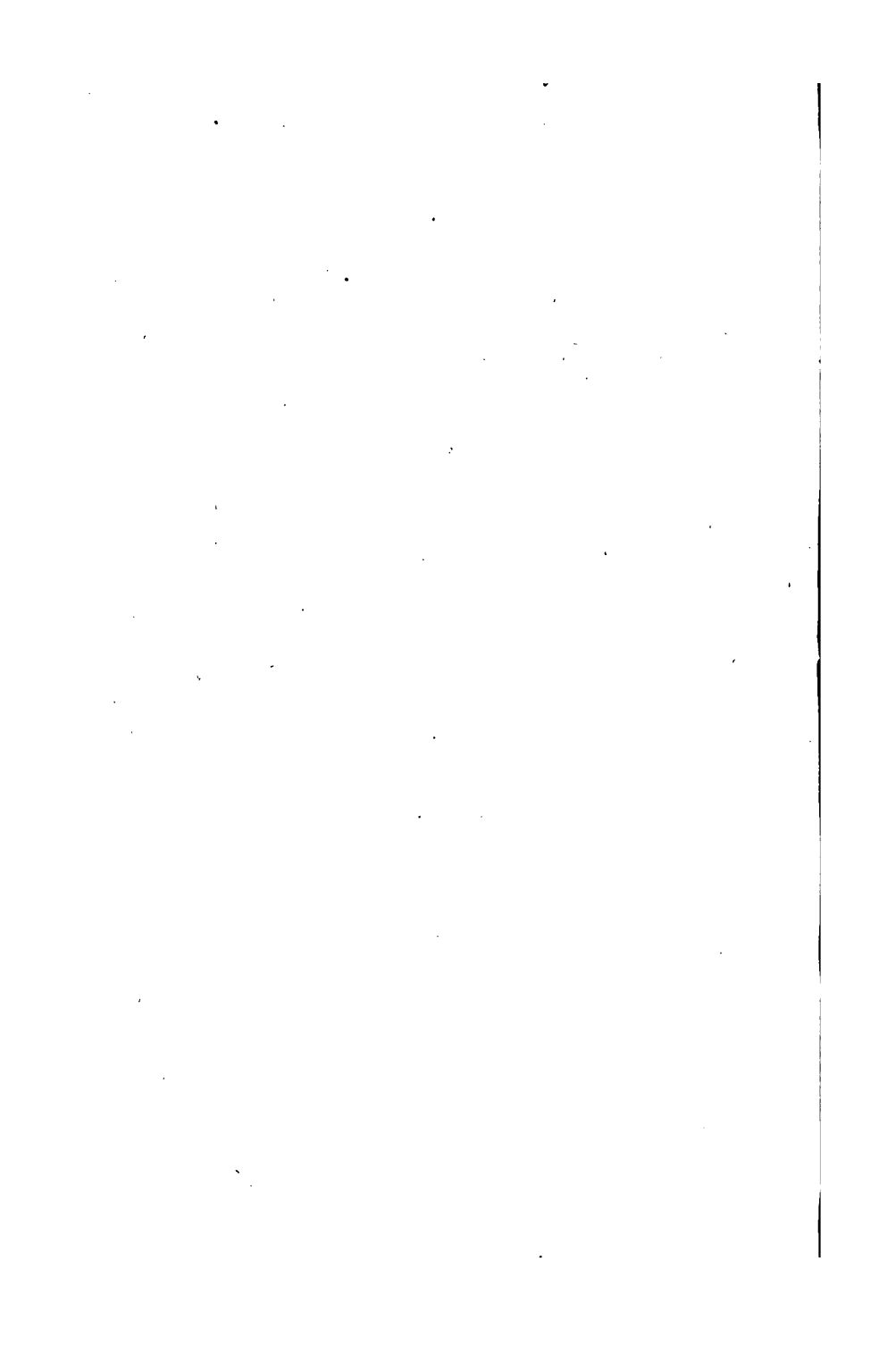
¿Que resulta buena? ¡Bueno!

¿Que me sale *ful*? ¡Me aguantó!

¿Que se ríen? ¡Que se rían!..

¡Pero tendré parroquianos!

---





# **LAS AFUERAS**



## **LAS AFUERAS**

—¡Adiós, hombre!... ¡Buenas tardes!  
¡Pues no vas tú poco serio,  
camará!...

—Como que había  
juraos hacerte el desprecio  
de no cambiar el saludo  
contigo.

—¿Y á qué viene eso?  
—Á que eres un sinvergüenza.  
—¡Gracias!

—Sabes el aprecio  
de hermano que te se tié,  
y hace que no vas á vernos...

¡qué se yo!

—Pues desde Octubre  
que me mandaron los médicos  
irme á la Prosperidaz  
á vivir; pero no creo  
que sea pa que te enrites  
de esa forma.

—Mira, bueno;  
di que no quieres, y pata.

—Es que me pilla tan lejos,  
que hago intención muchas veces  
y al arrancar me emperezo.

—¡Por aquí!

—¡Lo que tú quieras!

.....

—Menos mal, hombre; ya veo  
que te ha probao la mudanza.

—Como que al barrio le debo  
no estar en la besuguera  
desde hace un porción de tiempo,  
y es porque allí se respira  
lo que le hace falta al pecho,  
que es osígeno, y ande hay  
osígeno, por ejemplo,  
hay saluz, y ande hay saluz

hay alegría, Mamerto,  
y el hombre que no tié penas  
es feliz por tóos concetos.

—Es muy verdaz.

—Ea, y voy  
á serte franco!

—Me alegro.

—¿Por qué no voy yo á tu casa?  
¿Tú te crees que es por el hecho  
trevial de que tu mujer  
y la mía se haigan puesto  
negras á golpes, encima  
de llenarse de diterios  
ofensivos, pa nosotros  
más que pa ellas? ¡No por cierto!  
Las cosas de las mujeres,  
aquel que no es un borrego,  
debe saber ande llegan  
sobre poco más ó menos.

—Es natural.

—Quié decirse  
que tóo el que rompe su afeito  
con un amigo por cosas  
de mujeres es un memo,  
y de lo dicho se saca

que si he dejao de ir á versos  
como antes es porque existen  
otras razones. Yo siento  
tener que manifestártelo,  
pero es un deber, Mamerto.

—¿Es porque hace dos semanas  
que no trabajo, y tiés miedo  
de que me arrime y te pida  
pa una libreta?

—No es eso.

Ya sabes que sos estimo  
y que tóo lo mío es vuestro.

—¿Es porque has visto que es nó mala  
mi vida con la Remedios  
y sos repuzna el tratarse  
con nosotros?

—¡No hay derecho  
pa hablar así, cuando sabes  
lo elástico de criterio  
que soy! Si uno se tratara  
sólo con los que están dentro  
de lo legal, no podría  
ni mirarse uno al espejo.

—¿Cuál es el motivo entonces?

—¿Te vas á enfadar?

—No.

—Bueno;

pues es por cuestión de higiene.

—¡De higiene!

—Lo que te cuento;

y ya, cuanto más amigos  
más claros: no voy á versos  
porque cuando voy y me abren  
la puerta de tu aposento  
sale una peste que tira  
de bruces, y como tengo  
esta afeción al estómago,  
que de seguida devuelvo  
lo que como, cualquier cosa  
me provoca el hormigueo  
y me se vienen á escape  
las náusias y los mareos.

—¡Mia que oler mi casa!....

—¡Huele!

Tú no te haces cargo de ello  
porque tiés aclimatá  
la nariz de tanto tiempo;  
pero el ir á visitarte  
con cuarenta sobre cero  
es hacer oposiciones

á un tifus. Yo ya comprendo  
que aunque tu mujer tuviera  
más afición al aseo  
de la que tié, se vería  
coartá pa poner remedio,  
porque ven aquí: tú vives  
en la calle del Bastero  
en una casa más vieja  
que la Central de Correos.  
¿Es verdaz?

—Verdaz.

—No tiés

más vistas que un tendedero  
de intestinos, que corrompe  
cuando hace un poco de céfiro;  
agrega que el mengitorio  
lo tenís á medio metro  
del fogón y que la alcoba  
sos sirve de comedero,  
y de salón de vesitas,  
y de lugar de festejos;  
pon que barrís en verano  
una vez, y otra en invierno,  
y ahora di tú si el que vive  
propiamente como un cerdo



(con perdón) pué molestar-se  
por tan poco.

—¡Según eso,  
la amistaz es una farsa!  
—No es una farsa, Mamertó,  
pero antes que la amistaz  
está la saluz, y en esto  
tíes que convenir conmigo,  
sopena de que estés ciego.  
Si fueras práztico y no  
le tuvieras el apego  
que le tíes á la pocilga  
donde vives, por el hecho  
rutinario de que en ella  
dió las boqueás tu suegro,  
mañana mismo debías  
mudarte.

—Sí que lo creo;  
¿pero ande voy yo pagando  
tres duros?

—Por dos y medio  
tengo en la Prosperidaz  
un *chalé* con pozo negro  
pa mí solo, y con un piazó  
de corral que mete miedo.

—Será muy chica la casa.

—Hombre, no es el Menisterio  
de Hacienda, pero tampoco  
nos falta ná, porque semos  
yo, la cabra, mi parienta,  
cuatro gallinas y el perro,  
y vivimos tóos aislaos  
unos de otros si queremos.  
Claro está, naturalmente,  
que como no hay ná perfeto,  
porque á nosotros nos hizo  
Dios y tampoco lo semos,  
cuando llueve allí te llegan  
á las sisas del chaleco  
las cazcarrias, y deglutes  
el polvo cuando está seco;  
verdá también que en verano  
se achicharran los conejos  
por el día y que se suda  
que es un surtidor cá pelo;  
pero quitando esas cosas...  
¡un *Ledén!* Si fuese aquello  
puerto de mar, ni una rata  
salía de veraneo.  
¿Qué puerto de mar?... ¡Ni tanto!

Ná más que con que tuviéramos  
aceras, y vigilancia,  
y arbolao, y barrenderos,  
y agua pa poder lavarte,  
y un par de kioscos higiénicos  
pa no ver ciertas películas,  
y con que en los alimentos  
se pusieran más acordes  
la calidaz con el precio,  
¡San Sebastián era un mito!  
Sí que resulta molesto  
el tener que ir tóos los días  
á Madriz dende un destierro,  
pero al volver á tu casa,  
mayormente en este tiempo,  
¿tú sabes lo que disfrutas?  
¡Lo ves y te parece un sueño!  
Mira: llego por la noche  
reventao, porque está lejos  
y el tranvía cuesta caro  
y hay que escatimar; me quedo  
como mi difunta madre  
me echó al mundo; me encasqueto  
las chancas, la guayabera  
y unos pantalones viejos

que no tién más que un botón  
en la pretina; ponemos  
el tenderete en la calle;  
saca el guisao la Remedios,  
y cenamos que da envidia  
materialmente de vernos.

—Y al catre.

—¡Qué catre!... Entonces  
no disfrutas ná. Yo tengo  
mi combinación. Agarro  
un cobertor de desecho,  
salgo con él á la calle,  
le estiro bien en el suelo  
por las hormigas, me tumbo  
y hasta que me viene el sueño.

—Esa es una gran ventaja.

—¡De las más grandes! Y luego  
que tiés libertaz onímoda  
pa tóo sin meterte dentro  
de casa, porque en la calle  
te hace gracia, por ejemplo,  
un descuido que debajo  
de techao te paece feo,  
verbo en gracia. ¿Cuándo ha sido?  
Anoche, sin ir más lejos,

estábamos seis ú siete  
del barrio tomando el fresco,  
y de pronto, con motivo  
de un *lausus* de cierto género,  
va una vecina y me dice:  
—¡Señor Pepe, que no semos  
*Casablanca, repuñailes,*  
*pa que haga usté de crucero!*  
¡Ya ves!, en vez de sentirse  
molestaos, tóos me dijeron  
una chufia:—¡*Ajito al nenel*  
—¡*Abrígate, que hace fresco!*  
—¡*Pa los pobres!*—¡*Cuando escribas*  
*á casa dí que estás bueno!*  
Y pa remate de fiesta,  
la concuñá de un churrero  
que vive al lao, me examina  
y me pregunta riendo:  
—«*Pero oiga usté: ¿á qué hora cierran*  
*la botica en este pueblo?...*»  
—Ten cnidao cuando te vistas.  
—Bueno; pero aparte de eso,  
¿puedes tú hacer estas cosas  
en la calle del Bastero?  
¡Ni por soñación! ¿Tiés margen

pa tumbarte como un perro  
en el arroyo? ; Mentira!  
¿Te dejan ir casi en cueros  
si tiés gusto? ; Pues entonces  
múdate ya, so torrezno,  
y sabrás lo que es canela  
y verás tú lo que es bueno!  
—No sigas, porque yo estoy  
convencido hasta los huesos,  
pero á la Inés no la saca  
de ande vive ni el Gobierno.  
—Anímalala tú.

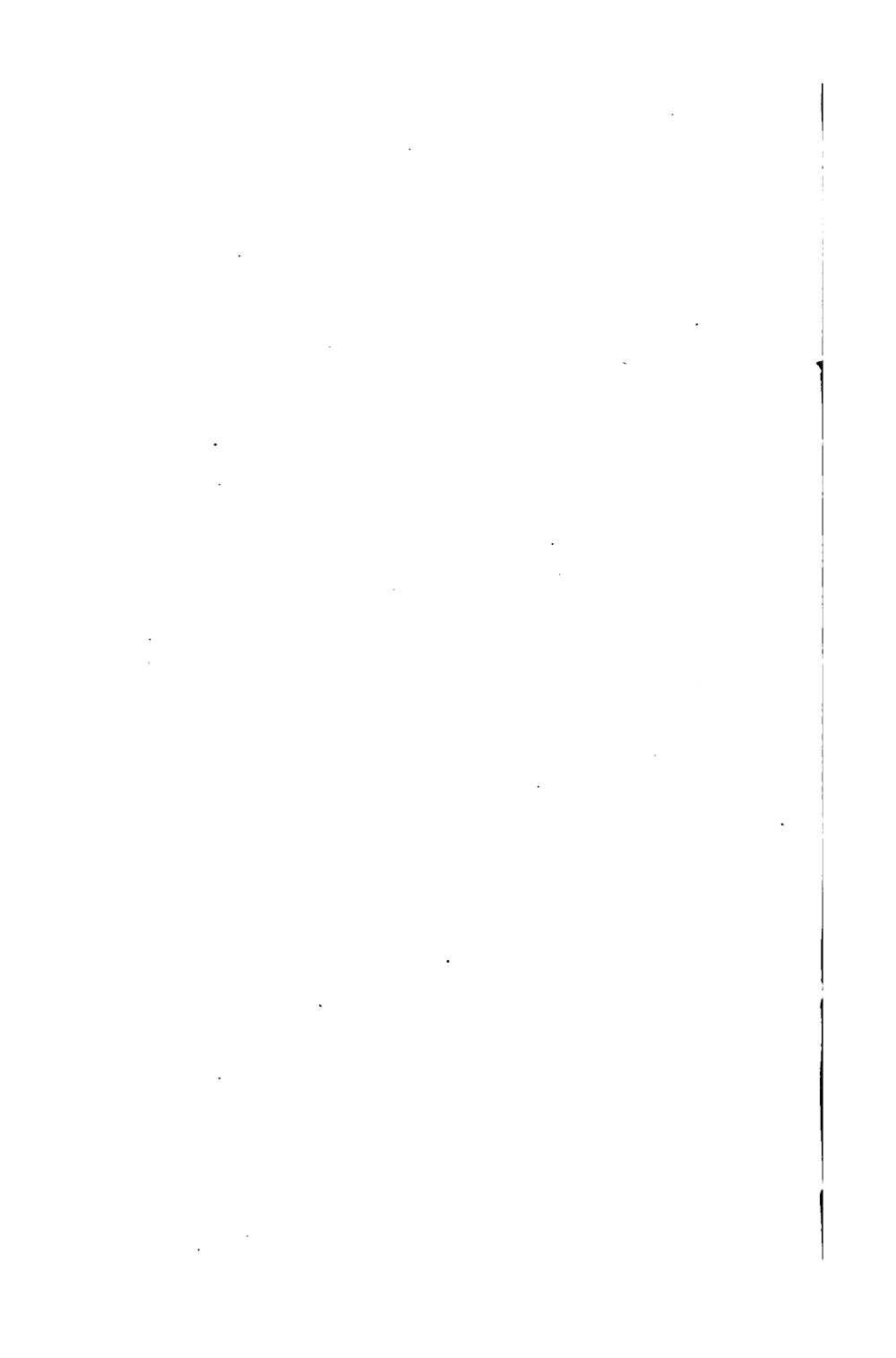
—Es inútil;  
ya sabes que tié el cerebro  
de hormigón y que discurre  
con los dos cuartos traseros.  
—¿Quiés dejarla de mi cuenta?  
—Sí.

—Pues mañana, si puedo,  
me plantifico en tu casa  
cuando tú no estés; penetro;  
la digo dos chirigotas  
pa preparar el terreno,  
y en cuanto conozca el móvil  
verás cómo la caliento.

—Tú pué que sí.

—¡No te coja  
la menor duda, Mamerto,  
que más bestias se han venido  
conmigo al convencimiento!

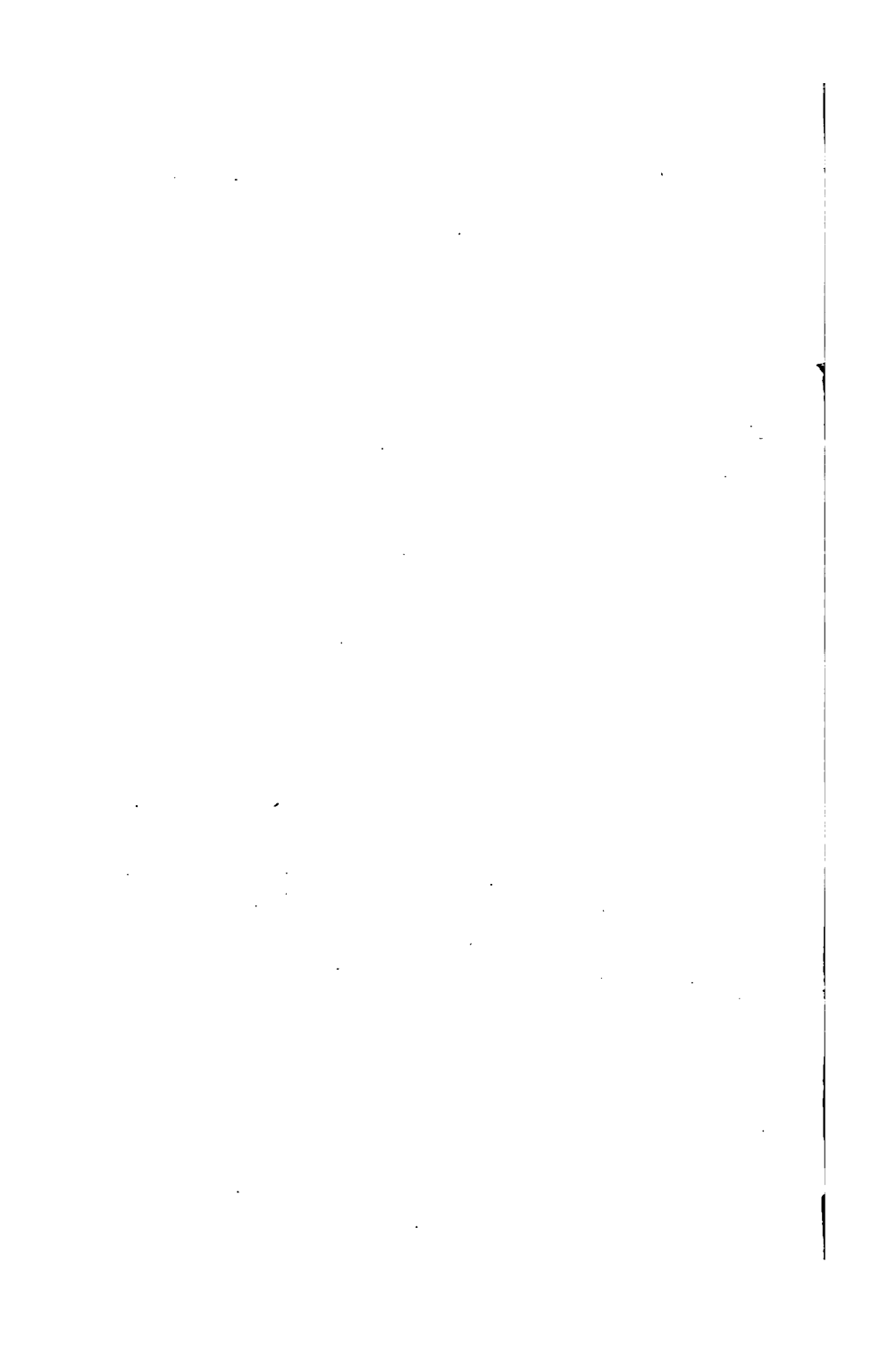
---





---

## **PREDICAR EN DESIERTO**



## PREDICAR EN DESIERTO

—Pero, chica, ¿qué te pasa?

—¡Pues suponte tú, mujer!..

¡Manolo, que me ha hecho birria,  
lo mismo que la otra vez,  
y no asoma por aquí  
desde el lunes!

—¡Hace bien!

—¡Y estoy trastorná!

—¡Me alegro!

Si yo fuera que Manuel,  
cargaba mañana mismo  
con los trastos que tenéis,  
y te ponía en la calle  
y te daba un puntapié  
por burra.

—¡Y qué voy á hacerle!

—¿Tú?.. ¡Ná!.. ¿Qué le vas á hacer?

¡Lo que haces! Darle al sifón

del llanto cuando te ves

sin acobijo, y quedarte

con los huesos y la piel

poco á poco, por un vago

que no tié ná que perder.

—¡Te sobra razón!

—¿De dónde

se merece que tú estés

vertiéndote á caño libre

por los ojos, mientras él

se pasa por los sobacos

tus penas? ¡Habla, mujer!

¿Qué es lo que quiere esè golfo?..

¿Le niegas algo?

—¡Ya ves!

—¿No tié tóos los gustos?

—¡¡Tóos!!

—¿No disfruta?

—¡Más que el Rey!

—¿No le quieres?

—¡Con ceguera!

—¿No eres un perro de fiel?

Pues entonces, ¿por qué concho  
te rebaja?

—Creo que es  
porque le gustan las gordas.  
—¡A mí me gustan también  
las chuletas, y me aguanto  
con patatas, qué rediez!  
¿No te ha conocido gruesa  
y no estás así por él,  
que parece que te dan  
la ración en alcagüés?  
¡Hombre, por Dios, es que hay cosas  
que le hacen á una perder  
la pacencia! Miá tú que eso  
de que el muy charrán esté  
tocándose las narices  
mientras que tú sudas pez  
por el cuero, trabajando  
más que un mozo de cordel  
pá comprarle gorras *chauffer*,  
y armillas de punto inglés,  
y chalecos fantasía,  
y botas á lo *yanké*;  
eso de que tú le llenes  
la barriga, y que le des

tu sudor pa que lo tire  
con cinco pencos ú seis  
sin aprensión, que le chupan  
lo que es tuyo en buena ley,  
porque lo ganas á pulso  
con tus manitas...

— ¡Y bien!

— Eso de que vaya el tío  
como va, porque hay que ver  
que le llevas por adentro  
mejor cuidao que un marqués,  
y que hasta gaste pulsera  
con reloj de *dublé*,  
pa enterarse de las horas  
á que tié que ir á comer,  
y que tú, que en cuanto Dios  
amanece estás de piés  
dándole al dengue, te prives  
de un pijotero café  
y andes con un trapo alante  
y otro atrás, como Weylér  
(verbo en gracia), pa que encima  
te tenga debajo de él  
dominá... ¡A ti te lo hace!  
¿Pero á mi cuerpo? ¡No hay quién!

—Lo mismo.

—¡Ni toa su casta!

—¡Di que le tuvieras ley!

—Comprendo que por un hombre  
que valga (es un suponer)  
lo que el mío, se hagan cosas  
mal hechas, porque Ginés  
no piensa más que en su casa  
y es lo que se dice un buey  
pa el trabajo, y no se ocupa  
de lo que hace su mujer,  
porque tengo mucha suerte,  
y está por la primer vez  
que me haiga visto en ná serio  
con éste ni con aquél;  
¡pero por un chulo triste,  
más negro que una sartén  
y con el labio de abajo  
que le llega hasta la nuez,  
como ese!... ¡Ni aunque tuviera  
que estarme á dieta tóo el mes  
y no hubiese más calzones  
en tóo este mundo! Ya sé  
que hablarte á ti de la forma  
que yo lo hago viene á ser

como tocarle á un difunto  
la *manchicha*, porque tiés  
un bofe, que si lo rifas  
sacas pa hacerte un hotel  
de tres pisos.

—No lo creas.

—¡Pues mándale á que le den  
dos duros, y que te deje  
sosegá!

—¡Si no pué ser,  
Marcelina!

—¡Repuña!es!

¿Por qué no?

—Porque al fin, es  
el padre de mi hijo.

—Voy  
á dar por sentao que es él;  
pero si con tóo y con eso  
no cumple con su deber  
y se rasca con vosotros,  
y el niño y tú le tenéis  
sin cuidao, y no entra en casa  
más que á sacarte el parné  
y á que le laves la muda  
y á repudrirte la hiel



más ca día, ¡que le aguanté  
su madre que en gloria esté!  
Tú no seas tonta, y carcula  
que vas pa los veintiséis,  
y acuérdate de tu chico,  
y mira pa la vejez,  
y ten en cuenta que, si eres  
la cónyugüe de Manuel,  
lo eres por la miopatía,  
gracias á Dios, y no tiés  
que darle satisfacciones  
ni á tu sombra pa romper  
el fudo y buscar un hombre  
más honrao que ese cimbel  
treinta veces.

—¡Á buena hora!

—¡Y tanto!

—¿Pero no ves  
que no me queda en el cuerpo  
más que el orujo?

—Sí, ¿eh?

Pues mira: delgada y tóo,  
vivo está el señor Fidel  
el ternero, que el día  
que lo reflexiones bien

y abras la boca na más  
que así, pa decir ¡olél,  
te mete al chico de interno  
y á ti te entrega despnés  
su negocio, pa que tú  
te pongas al frente de él  
y lo dirijas *az libitum*,  
si te se antoja, y te dés  
mejor trato que si fueras  
la duquesa de Ivanrey.  
Y esto lo hace como lo oyes;  
pero no de mala fe,  
sino canónicamente,  
porque hoy el señor Fidel  
es de Manra y no le gustan  
los enjuagues. Ahora bien;  
las cosas claras: el hombre  
no ha nacido antes de ayer,  
porque le he visto la cédula  
y anda en los cincuenta y seis  
(más bien más), pero me costa  
que á su lao vas á tener,  
tocante á cuestión de afeztos,  
el tiple de lo que hoy tiés.  
¿Tú sabes lo que te quiere?...

Antinoche mismo entré  
por un seso de ternera  
pa rebozao, que á Ginés  
le gusta mucho, y el pobre,  
como siempre que me ve,  
te mentó y dijo, bailándole  
las pupilas de placer:

*¡Ay, Marcelina, qué chocho  
que estoy por la Salomé!*

En fin, chica, en tu pellejo  
¿yo? ¡Ya estaba!

—No pué ser.

—¡Mia que chapuzas como esta  
no salen á tutiplén!

—¡Me tira mucho Manolo!

—¡Pues allá sos escornéis!

Pero si te rompe el alma,  
y te deja sin comer,  
y vas por ahí en pelota,  
y sigues dándole pie  
pa que te tomen de pito  
más de dos y más de tres,  
no me llores ni te vuelvas  
á quejar donde yo esté,  
porque tú pa mí, cadáver

pa seculorum, amén.

—¡Pero escucha!...

—Tadai, bestia!

¡Qué lástima de cordel!

---

**Á DON RAMON DE LA CRUZ**



# Á DON RAMÓN DE LA CRUZ

*(Con motivo de la fiesta del Sainete.)*

¡Vítor!, sainetero insigne.  
¡Hurra!, sin par vihnelista  
del Campillo de Manuela,  
de Avapiés y Maravillas.  
Despierta, y á tu conjuro  
tomen cuerpo las cenizas  
de tus majos fanfarriosos,  
y tus manolas altivas,  
y tus abates ridículos,  
y tus maridos con pintas;  
asciendan hasta la cumbre  
de Helicón tus *Pintosillas*,  
*Pizpiernos* y *Potajeras*,  
*Zurdillos* y *Chirivitas*;  
agrúpanse en torno tuyo

petimetres y coímas,  
chisperos y mondongueras,  
rufianes y celestinas,  
y juntos, llegue á vosotros  
la venturosa noticia  
que os transmite por mi pluma  
la andante *currinchería*.

Ya el calumniado sainete  
de estirpe noble y castiza,  
pese á los necios que juzgan  
el arte por la medida;  
el sainete *deleznable*,  
cuyo solo nombre excita  
los nervios de muchos lindos  
de melena y vaselina,  
sobre el glorioso tablado  
donde tú le diste vida,  
resurge con nuevos bríos  
y triunfa y se glorifica.

Hoy viste el Arte de gala,  
y por doquier se respiran  
aromas de hierbabuena,  
de tomillo y clavellinas;  
el rojo y gualdo nos hablan  
de una España de otros días,



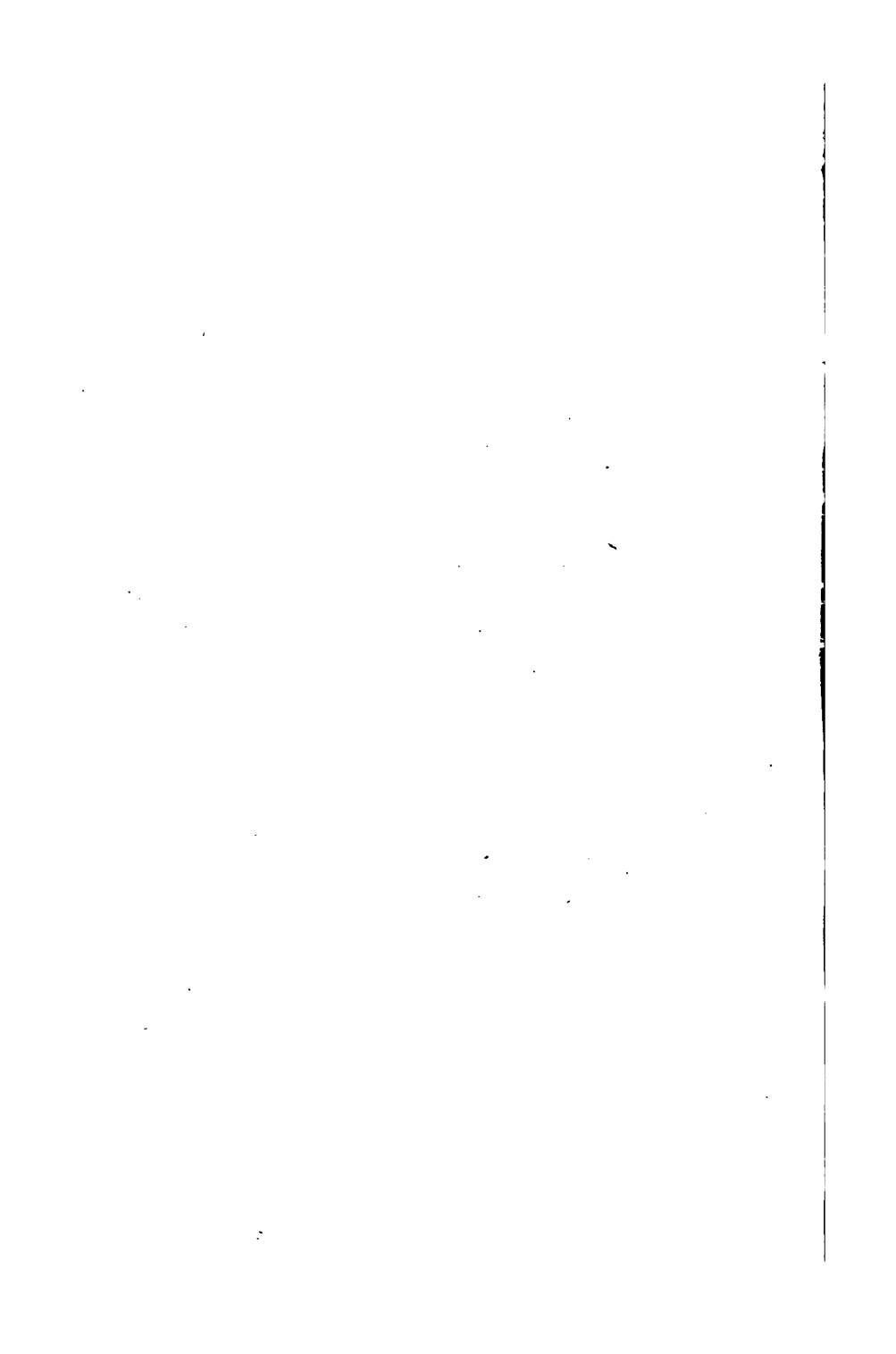
y está más azul el cielo,  
y el Sol más intenso brilla,  
y el cuerpo se torna mozo,  
y el alma se galvaniza.

.....

Fué la Prensa madrileña  
la que, honrándose á sí misma,  
rindió al clásico sainete  
con hermosa iniciativa,  
honores que le negaron  
la estultez y la rutina,  
y pues ha sido la Prensa  
culpable de que Talía  
trocarase de *cocota*  
en maja ruda y bravía  
y de que Apolo cambiara  
los faldones y la *bimba*  
por el burdo castoreño,  
la capa y la redecilla,  
llévese toda la gloria,  
que de plácemes es digna  
su acción brava, en estos tiempos  
de *cines* y de *machichas*.  
Bien sé que cuando se apaguen  
los ecos de la alegría

y el ruido de los aplausos  
y los vtores se extingan,  
recobrado ya su imperio  
por cucos y ventajistas,  
vuelto á su disfraz Apolo  
y *achampañada* Talía,  
pueden dormir otro siglo  
*Pizpiernos* y *Pintosillas*,  
*Potajeras* y *Goretas*,  
*Zurdillos* y *Chirivitas*;  
mas ¡vive Dios! que el orgullo  
de haber conquistado un día  
la atención de los que hogaño  
por lo de fuera se privan,  
ni *Maeterlink* te lo niega  
ni *Lavedán* te lo quita.  
Queda, pues, en paz, insigne  
sainetero; y ya cumplida  
la honrosa misión que dióme  
la andante *currinchería*,  
antes de marcar el mutis,  
permite que de rodillas  
bese tu mano el penúltimo  
coplero de la familia.

# **LA REINA DEL MOLINETE**



## LA REINA DEL MOLINETE

En el rápido de Francia,  
después de una larga ausencia,  
regresó ayer á la corte  
la famosísima *Reina*  
*del molinete*, la insigne  
Canuta Sánchez Retuerta,  
que tan alto puso el nombre  
de España con su belleza  
soberana y con sus clásicos  
movimientos de caderas.  
Encargado por *La Avispa*  
de visitar á la estrella,  
dirigíme esta mañana  
al entresuelo derecha  
del número veinticinco

de la Ronda de Vallecas  
donde la gentil artista  
se aloja por exigencias  
de amistad y por impulsos  
de su extremada modestia.  
Tremuloso y cohibido  
llamé; franqueó la puerta  
un marimacho de cara  
bigotuda y apoplética,  
que denunciaba el abuso  
del aguardiente á cien leguas;  
la transmití mi deseo  
de ver á la ilustre huésped;  
rezongó, mal humorada,  
no sé qué palabras necias,  
que el respeto á mis lectores  
y al idioma no me deja  
repetir, y me condujo  
á una salita modesta,  
diciéndome con voz áspera:  
—*Pase usted si quiere usted verla,  
pero no la dé usted murga  
porque es algo nurasténica.*  
Y entré azorado y nervioso...  
¡Allí estaba, hermosa, espléndida,

tendida sobre un sofá  
de yute, con indolencia  
de musulmana, desnudos  
sus pies enanos y suelta  
sobre sus mórbidos hombros  
la ondulante cabellera!  
Al ruido de mis pisadas  
incorporóse, y honesta  
cubrió rápida sus senos  
turgentes, que en indiscreta  
libertad se expansionaban  
cuando penetré; roguéla  
que me perdonara; expúsela  
mi objeto, y entonces ella  
me hizo sentar á su lado,  
me dió un cigarrillo de hebra  
y me dijo:—Miosté, joven:  
pa hablarle á osté con franquesa,  
esto de las *entreviuses*  
me ha hecho siempre la merienda,  
pero me es osté simpático  
y oro molido que fuera.  
—¡Muchas gracias—respondíla—  
por todo! Y con su licencia  
voy á interrogarla.

—Bueno;

¡pregunte osté sin vergüensa!

—Dígame, Canuta: ¿cómo  
empezó usté su carrera?

—Pos yo empesé en el *Burrero*  
de Seviya, de pequeña,  
con er cante, porque en casa  
toos han sío de esa cuerda  
y á una lo que ve de chica  
es lo que más se le pega;  
pero ¡las cosas der mundo!,  
como no me sé estar quieta,  
quise aprender la guitarra  
pa acompañarme yo mesma,  
porque no me daba gusto  
más que er *Chato de Arcolea*,  
y como ha *merao* er probe,  
pos me salí con mi tema  
y dominé er instrumento  
y toqué de tar manera,  
que en Seviya tós conosen  
mi argilidá de muñeca.  
—¿Y tocó usté mucho?

—¡Digo!

¡Más que *Paco* er de *Lusena*!



Y aún seguiría tocando  
si no es por la consensia  
de que un profesor de baile,  
sierta noche en una juerga,  
yo no sé con qué motivo  
me vió de mover las piernas,  
y ar fijarse en mi sortura  
me dijo:—*¡Pero, arma negra!...*  
*¡Déjate ya de jipios,*  
*de tientos y de farsetas,*  
*y échate á bailar, que er día*  
*que tú ejecutes la trensa*  
*y juegues bien los tacones,*  
*y te suertes de caeras,*  
*y marques er molinete,*  
*y haigas orvidao las reglas*  
*del arte, con esos ojos*  
*que desabrochan las prendas,*  
*y esa boquita de durse*  
*y esa amplitú de pechera,*  
*vas á ganar más miyones*  
*que pelcs tiés en las sejas!*  
Á mí, la verdá, miosté,  
no me disgustó la idea  
y le contesté: *Pos güeno;*

*lo dejo si osté me enseña  
lo suyo. Y er hombre, entonses,  
me dijo:— ¡Mañana empiesas!*  
Y ar otro día, en caliente,  
llama en casa, le abren, entra,  
se quita la casadora,  
me pone las castañuelas  
en la mano, me coloca,  
me da un sobo de primera,  
y le cogí tanto er gusto  
ar baile y salí tan diestra,  
que ar mes y pico er maestro  
me dijo:— *Vaya, mosuela,  
dende mañana, si quieres,  
pués empesar la carrera!*  
Conque me salió una cosa  
pa Londón, luego pa Bérgica,  
detrás pa Rusia, dimpués  
pa er Monte Carlos y ersétera.  
Totar, que en sinco ú seis años  
he corrió Uropa entera.  
—¿Sabrá usté muchos idiomas?  
—Habiendo dao tantas güertas  
por er mundo, ¡osté carcule  
si conoseré yo lenguas!

—Y dígame usted; ¿por qué  
la llaman á usted *La reina  
del molinete*?

—Será,  
digo yo, por la vivesa  
que le doy ar movimiento  
de cachas; porque aunque sea  
feo que yo me pondere,  
cuando me meto en faena  
hago unos trensaos que quitan  
er sentío.

—¡¡Olé mi tierra!!  
—Mírelo osté...

—¡Bravo!... ¡Duro!...  
¡Superior!... ¡Vaya canela!...

.....  
—¿Qué le paese á osté?

—¡Magnífico!

Y es natural que con esas  
condiciones tenga usted  
las contratas á docenas.

—Ahora tenía un negocio  
mu güeno pa Zur de América;  
pero supe que en España  
anda el Arte de cabesa

por mor de las tonterías  
que escriben los que hasen piasas,  
y como á mí me avisaron  
que es fásir que se muriera  
der tóo como no viniéramos  
uno que imita á las bestias  
con la narís; su señora,  
que escupe por las orejas,  
y una serviora, dije: .

*¡Pos lo primero es mi tierra  
antes que ná!, y he venío  
por un mes á la Sarsuela.*

—¿Con cuánto?

—Con veinte duros.

—Cinco más que la Lucrecia  
Arana.

—Sí; pero disen  
que hay bastante diferencia.

—¡¡Indudable!!... Y sobre todo,  
usté se trae cosas nuevas  
que ha de agradecer el público,  
cansado ya de indecencias,  
y de chulos afligidos  
y de cómicos de feria.

—Pos miosté: yo, como disen

que er público se *canea*  
con las artistas y que hay  
muchos que no nos respetan  
á las señoras, estoy  
*cabred*.

—¡Media docena  
de niños mal educados!  
Pero tengo la certeza  
de que el éxito de usted  
será de los que hacen época.

.....

Y ahora voy á permitirme  
dos ó tres preguntas sueltas  
(y usted perdone si alguna  
le parece algo indiscreta).

—¡A quién! ¿A mí?... ¡Vamós, hombre,  
pregunte osté lo que quiera!

—¿Usted es hija de legítimo  
matrimonio?

—¡Que yo sepa,  
no, señor!

—¡Hermoso rasgo  
de sinceridad, que, previa  
su autorización, mañana  
conocerá España entera!

—¡Por mí!...

—Y á otra cosa: noto  
que anda usté en casa sin medias...

—Sí, señor. Es una moda  
que ha sacao en Inglaterra  
er señorío.

—Me gusta  
por lo práctica.

—Es mu gtierna,  
pero tié una contra.

—¿Cuál?  
—Que ersige mucha limpiesa.  
¡Me he fijao mu bien!

—¡Sin duda!  
¡Y ese detalle revela  
condiciones envidiables  
de observación!

—Se *chanela*  
de tóo sin querer.

—¡No hay nada  
que avive la inteligencia  
como el viajar!

—¡Ya lo creol  
Yo soy otra de lo que era .  
cuando salí de Seviya,

porque recorriendo tierras  
y arternando con los públicos  
se ven muchas cosas nuevas  
y se abre el ojo.

—¡Y se aprende!

—¡Más que diendo á una academia!

—¿Y usted viaja sola?...

—¡Nunca!

Siempre llevo una donsella...  
vamos... ya osté me comprende,  
una, asín, pa las faenas  
der servicio, y que de paso  
me haga er papel de parienta.  
—Lo pregunto porque dicen  
que trae usted una riqueza  
en alhajas.

—¡No me quejo,  
gracias á Dios!

—Y aun agregan  
que parte de ese tesoro  
tiene relación con ciertas  
aventuras... Hasta se habla  
de personajes que llevan  
manto Real...

—¡¡Eso es mentira!!

¡Cosas que mis compañeras  
han levantao con sus chismes  
porque me aplauden más que á ellas!  
¿Sabe osté? Yo lo que tengo ·  
me lo he ganao con mis piernas  
honrámente, y la que diga  
que no, que saque la prueba.  
Sí, señor, que me han salfo  
las proporsiones á espuestas  
y que hay argún fundamento,  
porque yo soy muy *cobera*  
pa los hombres y me gusta  
dejarles larga la rienda;  
pero si arguno me ha puesto  
los puntos con mala idea,  
¡crea osté, por mi saltú,  
que ha hosicaol Y si me queda  
otra dentro... ¡vamos, hombre,  
premita Dios que me muera!  
—No se enfade usté, Canuta.  
—¡Si es que hay cosas que revientan!  
—Bueno; para terminar  
de darle á usté la jaqueca,  
¿será usté tan cariñosa  
que me cuente alguna anécdota



de su vida?... Algo saliente,  
¡con salsa!

—Vamos, que tenga  
su picantiyo. ¿No?

—¡Justo!

—Contaré la última.

—¡Venga!

—Le arvierto á osté que es mu verde.

—No importa.

—Como osté quiera.

Pos estando yo una noche  
vistiéndome de framenca  
pa er tango en mi *camerino*  
de *Olimpia*, se abre la puerta  
y entra un abonao, que es duque  
de yo no sé cuántos; sierra,  
se quita er *chito*, saluda,  
me regala una camelia  
pa er descote, me ersamina,  
se pone como la fresa  
de ensendió, ¡y de repente!...  
se conose que á la cuenta  
tenía una sé mu grande,  
porque va y... ¡Tú! (*con licencia*)—  
dijo secamente el ama

del cuarto desde la puerta—. *Ahí está la peinadora;  
¡con que se acabó la pelma!*

.....  
.....

Esta visita importuna  
dió fin á la conferencia  
cuando entraba en el período  
de más interés. *La reina  
del molinete* tendiόμε  
su mano breve y morena,  
que yo retuve en la mía  
con emoción verdadera;  
irguió la hermosa figura,  
frunció la boquita fresca,  
se colocó bien las chancas  
y me puso en la escalera,  
diciéndome, al despedirme,  
con voz insinuante y queda:  
—*¡Adiós, poyo! Osté ha tomao  
posesión de mi vivienda.*

.....  
Después, un ¡Hasta la vista!...;  
dos miradas que se encuentran;  
dos suspiros que se cruzan;

---

cuatro manos que se estrechan,  
y el imborrable recuerdo  
de un cuerpo que se cimbrea  
con eróticos espasmos  
de harén...

FURCIO VALDILECHA.

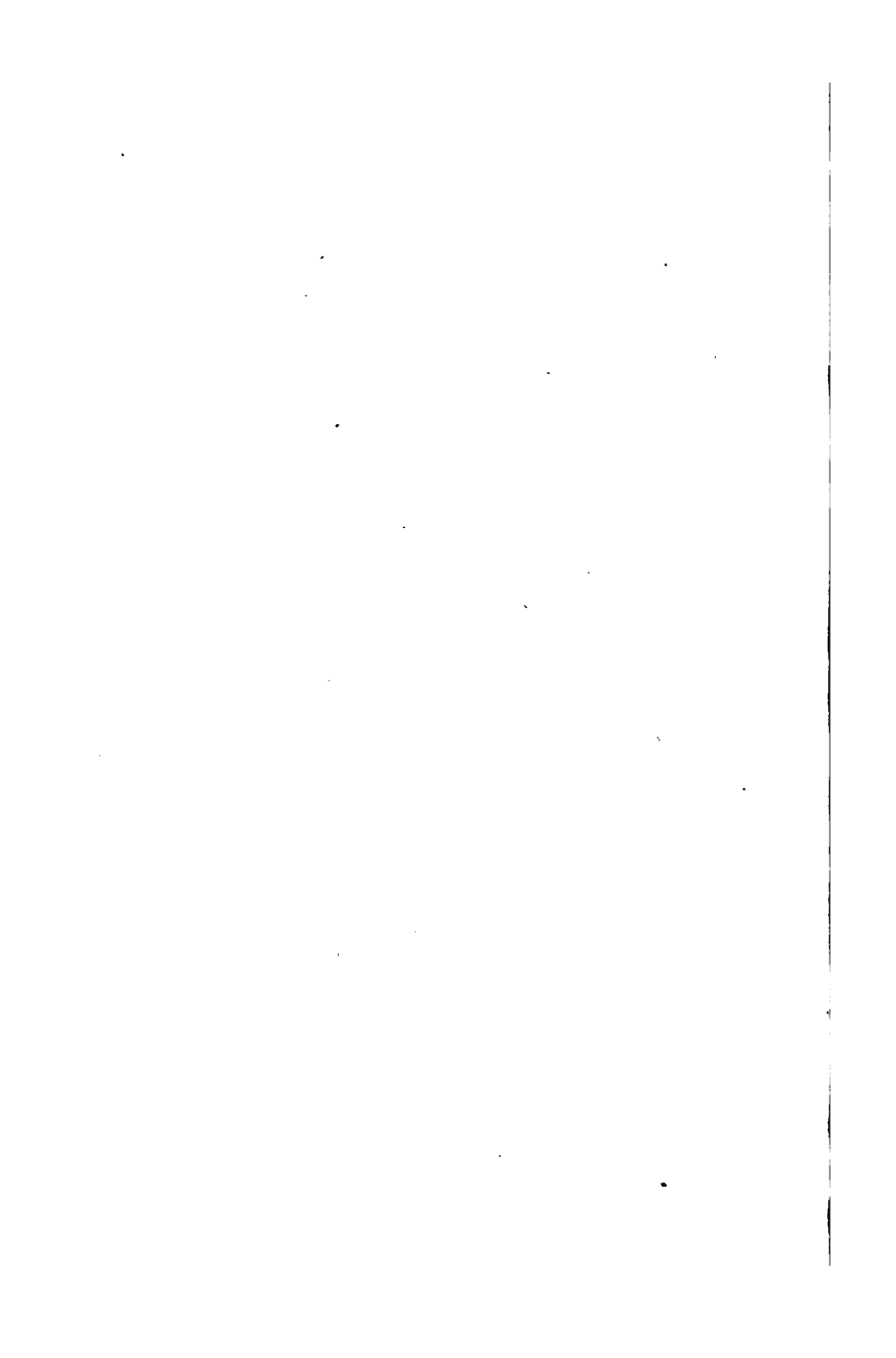
(1) .....

Nuestro redactor artístico  
sacó de la conferencia  
tres placas: dos que avaloran  
esta información directa,  
y otra que publicaremos  
el lunes en hoja suelta.

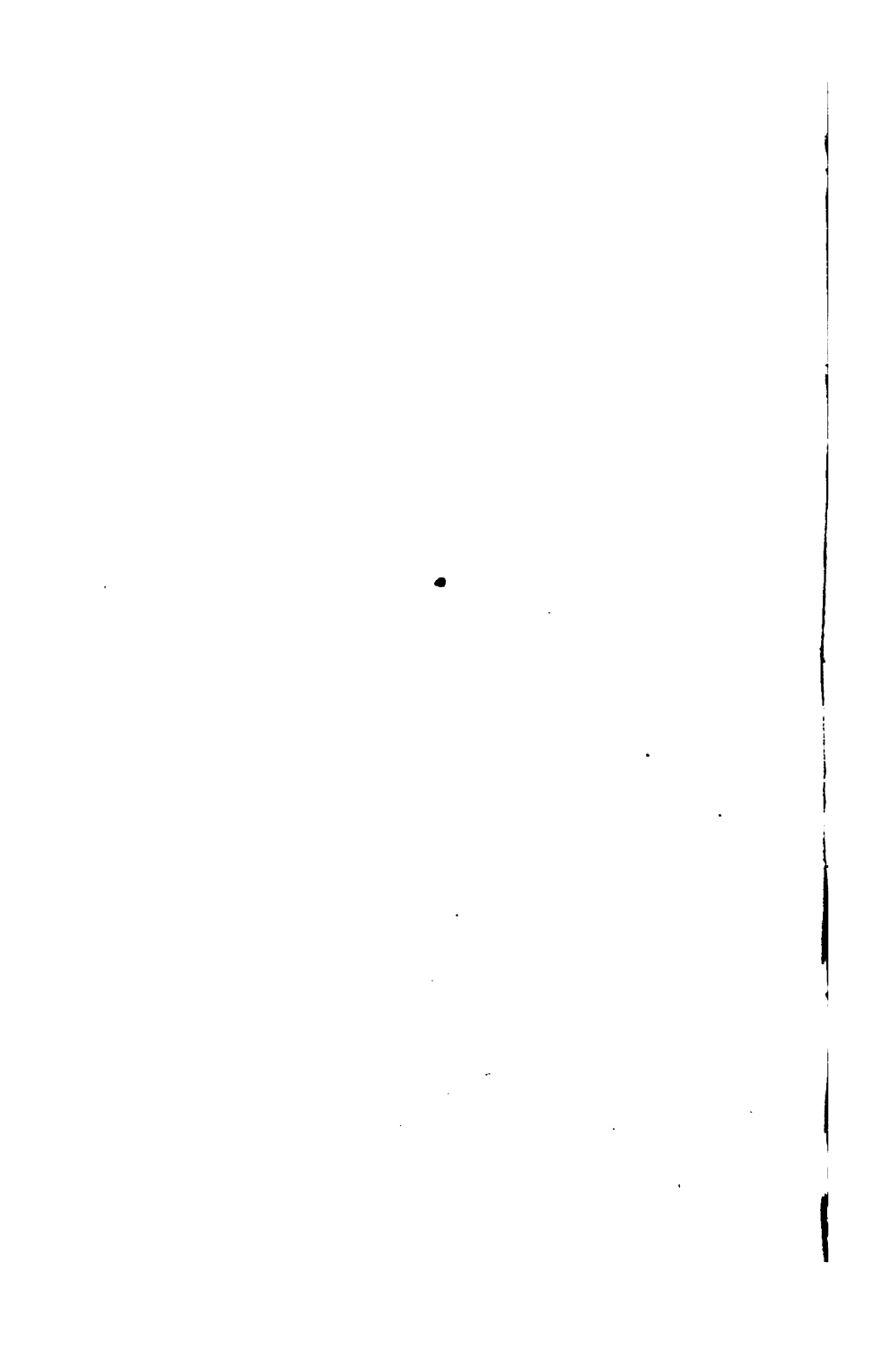
---

(1) Nota de la Redacción.

---



# EN LA CALLE



## EN LA CALLE

—¡Que no pué ser! Ya me duele  
la suela de la alpargata  
de decírtelo: hay sujetos  
que no van en cuatro patas  
porque Dios hace las cosas  
á medias, y de esa casta  
es Onofre, por encima  
de tóo lo que tú le alabas.

—¡No decías eso enantes!

—Han cambiao las circunstancias.

—No, pues Onofre es el mismo.

—Bueno, mira; cada uno habla  
según como ve las cosas,  
y yo las he visto claras.

Antes le llamabas burro  
cien veces, ó le gastabas  
una chufia, ó le metías  
un azotazo en la espalda,  
y en jamás de los jamases  
te decía una palabra  
vejatoria; pero hoy día,  
por un quitame esas pajas  
te se pone de manera  
que tiés que darle en la cara.  
Así es que yo, ya lo he dicho:  
¡pa mí, Onofre, cruz y raya!  
Cuidao que á mí no me importa  
tanto así de que su hermana  
se haya metido á *chanteuse*  
ni de que ande retratada  
su madre por las *delegas*,  
ni de que su padre vaya  
robando por ahí al prójimo  
con úlceras de camama,  
porque estas cosas, á Onofre,  
no le traen ninguna mancha.  
—¡Él no es así!

—Ya te digo  
que á honradez nadie le gana



(y esta frase la sostengo  
donde quiera que haga falta);  
pero á irracional se pone  
con una mula de varas  
y me apuesto á que el Jurao  
le da la primer medalla.  
La otra tarde... ¡vamos, hombre!,  
si no es por la circunstancia  
de encontrarse con nosotros  
cuatro personas sensatas,  
le pongo el ojo derecho  
como una saliva, ¡mialas!  
—¡Qué bárbaro!

—¡Lo que me oyes!

—Pero ¿qué te hizo?

—¡Una falta  
de educación! Tú suponte  
que el sábado de Piñata,  
estando en el merendero  
titulao de *La Garnacha*,  
con Gordillo y *el Usagre*  
y el *socio* de la Germana,  
por indicación de Onofré,  
que empezó á darnos la lata,  
nos pusimos á jugar

unos *chatos* á la *rana*  
(juego en el que, como sabes,  
no hay quien me ponga la pata),  
y porque metí seis veces  
consecutivas la chapa  
por el quinientos, y el hombre  
tuvo que aflojar la pasta,  
¡chico!, se puso tan bestia,  
que materialmente daban  
tentaciones de mentarle  
sus antepasados.

—¡Me extraña!

—Pues ahí están los testigos.

—Le cogerías de mala  
disposición.

—¡Ca! Si viene  
de muy atrás la tostada.  
¡Ya llueve sobre mojaol...  
¿Sabes tú lo que le pasa?  
Pues ese está así conmigo  
desde que me hicieron guardia  
inteletual de los nuevos,  
que es detrás de lo que él anda,  
y le da mucho coraje  
que mientras él parte grava

por las afueras, sudando  
más que un botijo de Ocaña,  
yo lleve guantes, y tenga  
un sueldo decente, y salga  
en el *A B C*, y me roce  
con personas ilustradas.  
¡Ahí está el quiz!

—No lo creas.

—¡Como que á mí me se escapa!  
Lo he notao la mar de veces:  
me ve de paisano, y nada;  
¡Adiós! y ¡Adiós!, le saludo,  
me contesta con su miaja  
de retintín, porque á Onofre  
le ha gustao siempre la guasa,  
y na más; pero en diciendo  
que voy vestido de gala,  
con el traje azul purisma  
y el sable y la teresiana,  
y me doy con él de bruces,  
créeme que hasta se le cambia  
la color. Si no, ¿de dónde  
me iba á odiar él?

—¡Vamos, calla!

¡Qué te va á odiar!

—¡Hombre, á ver!...

Las pruebas están bien claras,  
me parece. La otra noche,  
yendo yo de retirada  
por la calle de las Minas,  
me le vi vuelto de espaldas  
en la perez, de una forma  
que me hizo muy poca gracia,  
y yo, sin querer valerme  
del uniforme ni nada,  
másime más por tratarse  
de un amigo de la infancia,  
voy y me acerco y le digo:  
*¿Pero por qué no te aguantas,  
si estás como si dijéramos  
á dos pasos de tu casa?*  
¡Me parece que la cosa  
fué noble! ¿No es eso?

—¡Vaya!

—Bueno; pues él, en lugar  
de disimular la falta  
mas que sólo hubiera sido  
por cumplir, vuelve la cara,  
me escudriña (sin diznarse  
dirigirme la palabra),

se abrocha, suelta un eruzto,  
mira el reguero y se marcha.  
¡A ver si esto es pa ofenderse!  
Y no es por las Ordenanzas  
municipales, que al fin  
y al cabo nadie se escapa  
sin infringirlas. Yo mismo,  
cien veces que se terciara,  
mucho más que él... ¡tú lo sabes!  
Lo que me ofende es la guasa,  
y el día menos pensao  
va á tener una morragia  
nasal, porque le caliento  
pa demostrar que en España,  
si quieres que te respeten,  
tiés que ser un utocrata.  
—No, pues él á ti te aprecia;  
porque Onofre tendrá faltas,  
como túos, pero no olvida  
que tiés coltura y que, gracias  
á lo que le has enseñao,  
sabe lengua castellana.  
—¡Me parece!

—No; que Onofre  
tuvo contigo una ganga

pa ilustrarse, está en el ánimo  
de casi tóo el que le trata,  
y no viene de ahí la inquina  
que le ves. Las cosas claras,  
*Flatín*: él á ti, el defezto  
que te critica es el habla  
que empleas desde el istante  
que te vistieron de máscara,  
porque Onofre se figura  
que quieres darte importancia.  
—¡Lo mismo que eso! Ya sé  
que le da muchísima rabia  
de que yo sepa decir  
*equinocio y fiascolata*,  
y un porción más de expresiones  
extranjeras, por las cualas  
soy lo que soy en el Cuerpo,  
y me estiman y me halagan;  
¿pero tengo yo la culpa  
de que mientras él se pasa  
por ventorros y tabernas  
la mitad de la semana,  
debilitándose el cuerpo  
y trofiándose la masa,  
me esté yo las horas libres

hecho un esclavo en mi casa

llenándome la sesera

de novelas y gramáticas?

—¡Tú que has de tener!

—¿La tengo

de que siga diciendo *haiga*

cuando en el mundo no quedan

seis personas ilustradas

que lo digan, porque ya

no se estila esa palabra?

—¿Estás seguro?

—Antinoche

me enteré.

—Pues, chico, gracias.

—No se merecen.

—¿Y cómo

se dice ahora?

—¡Se dice *haya*!

—Siento que lo *haigan* cambiao...

¡Tan bien como me sonaba!

—Pues es un hecho.

—¡Paciencia!

Y de eso de Onofre, nada;

¡no hagas caso!

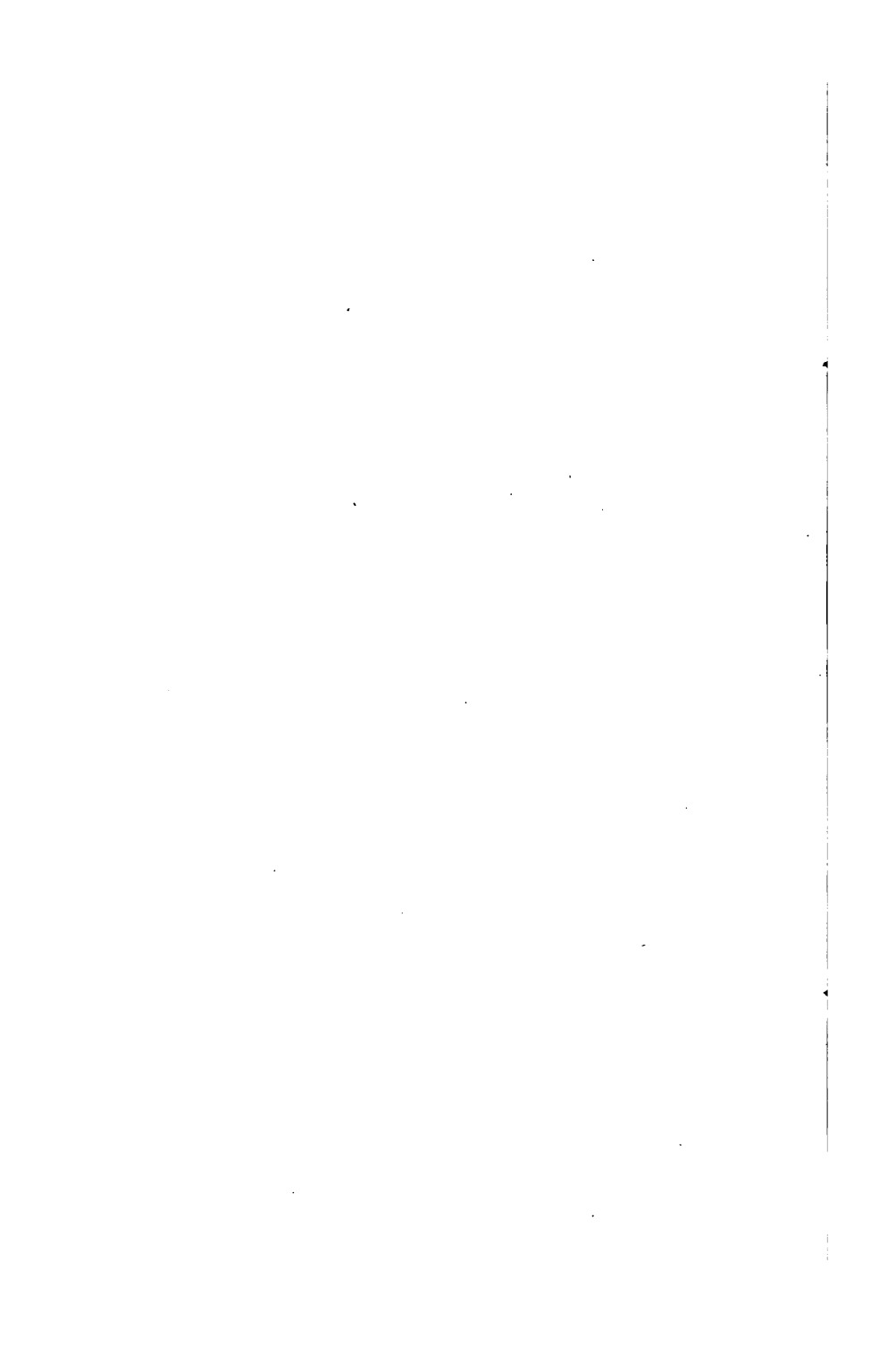
—¿Yo, de Onofre?...

¡Te he dicho que cruz y raya!  
Ahora que, eso sí, desde hoy  
voy á seguir otra marcha  
sin que me importe un pitillo  
lo que digan tú lo que hagan;  
en adelante, á mi costa  
juro que no se desasna  
ni el cuerpo de mi difunto  
padre que resucitara;  
y como á mí lo que aprendo  
no me resulta de *guagua*,  
porque me gasto en leturas  
más que el Casino en barajas,  
se terminó, y el que quiera  
saber más ¡á Salamanca!  
—¡Pues has reventao á Onofre!  
—¡Y es poco!  
—¡Por calabaza!  
—Pero, hombre, ¿qué se merece  
un tío que peina canas  
y no conoce á Unamuno  
ni de oídas?... ¡¡Una albarda!!

---



# **LAS CONQUISTAS DEL CINE**



# LAS CONQUISTAS DEL CINE

*A Pepe Arija.*

—¿Pero es verdá lo que dicen?

—¿Qué dicen?

—Que andas en tratos  
formales con la Niceta,  
la de Antón Martín.

—Hay algo.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Chico,  
de un modo la mar de raro;  
tú sabes que la Niceta  
me tiene á cuarenta grados  
á la sombra desde el día  
que la pusieron de largo,

no por su *fila*, que hermosa  
no lo es, propiamente hablando.

—Tampoco tira de espaldas.

—¿Quién, ella? ¡Tóo lo contrario!

—¡Por eso!

—Pues, como digo,  
me trae, va ya pa dos años,  
viruta completamente,  
no tan sólo por el gancho  
de sus ojos, que ande miran  
se meten como dos clavos,  
sino por el movimiento  
de ancas que se trae, muchacho,  
y sobre tóo por las carnes...  
¡Á mi es que me pone malo,  
porque yo en jamás he visto  
desarrollo igual!

—Y el caso  
es que paece una escultura  
si la examinas despacio.  
—Pues ahí está el *quiz*. Hay otras  
que las ves y te dan asco,  
porque en lugar de mujeres  
son propiamente cetacios;  
pero esta no, porque en esta

de seguida se ve claro  
que hay abundancia, pero hay  
equidáz en el reparto.  
¡Qué lomos!...

—¡Pues y el pescuezo!...

—¡Y las mollas de los brazos!...

—¡Y las!...

—¡No me hables, Reimundo,  
porque na más de pensarlo  
me se pone así de larga  
la dentadura!

—¡Qué bárbaro!

—¡Como que está que encanija!...

¿Te acuerdas cuando apostábamos  
á que aquello no era suyo?

¡Ya ves si era suyo!

—Al grano.

—Pues en estas circunstancias  
voy la otra noche con Dámaso  
á ver un par de secciones  
al *cine* del Noviciado;  
pedimos dos generales,  
abono el importe, entramos  
á tientas, como quien dice,  
porque estaban empezando

la película, y me siento  
con los primeros trabajos  
en un clarito que había  
por casualidaz. Yo, claro,  
no me fijé por el pronto  
na más que en el espectáculo  
porque estábamos á oscuras  
del tóo, pero al poco rato  
noto que tengo contigua  
á una mujer, por el tazto,  
y que era gruesa (ya sabes  
que las gruesas son mi flaco);  
conque entonces me aproximo  
con disimulo, pensando  
que ella se repucharía,  
pero me da el primer chasco,  
porque saca la cadera  
pa ande yo estoy, figurando  
que era casual. Al ver esto  
voy y la toco una mano  
de refilón pa tantear  
el terreno, por si acaso,  
y chico, ¡la primer zumbal,  
en vez de hacer un estraño,  
ella me coge la mía

con dos dedos, yo me achanto,  
me la oprime, da un suspiro,  
yo la digo:—*¡Vaya cardo!*  
(por supuesto sin quitar  
la vista del escenario),  
y en el momento en que estaba  
con la cabeza estallando  
por la incitación de nervios  
y la calor y el contazgo  
y el asunto de la cinta  
que era bastante mundano,  
dan luz ¡y el delirio! Suelta,  
me retiro, nos miramos...  
¡y la Niceta que estaba  
más encendida que un pavo!  
Conque la digo:—*¡Chiquilla!*  
*¿Pero eres tú?—¡Marceliano!*  
*¿Qué haces aquí?, me contesta.*  
—*Ya lo ves: pasar el rato.*  
—*¿Vienes solo?—No, con ese*  
*del jipi que está ahí sentao.*  
*¿Y tú?—Yo con esta amiga.*  
—*¡Míá qué ocasión pa osequiarsos!*  
Que *¡No pue ser!*, que *¡Amos anda!*,  
que *¡Es tardel*, que *¡No hagáis caso!*;

En resumen: que cogimos  
una *manuela* los cuatro,  
levantemos la capota,  
le dió el cocheró dos palos  
á la yegua, que estaba hóstil,  
salió por fin arreando...  
¡y la juerga padre, chico!  
Por supuesto, tóo de diálogo,  
porque eso sí, las muchachas  
lo dijeron al montarnos  
en el coche: ¡*Á la primera  
que hagan ustés nos bajamos!*  
—¡Si llegan á dar conmigo!...  
—¡Tú no conoces el paño  
como un servidor! *Á la otra*  
no sé, porque no la trato,  
pero á la mía... ¡te escurres  
y te larga un gazzatazo!  
—¿Piensas que yo soy un *menfis*,  
ó es que te crees que me mamo  
el dedo? ¡Si aquella noche,  
después de gastarme en chatos  
de Montilla seis pesetas,  
la cogí al pie de unos álamos  
de los que hay según se va



por el camino del Pardo

y la dije:—*oye, Niceta:*

*¿nos hacemos solidarios?*

—*¿Y qué es eso?*, me pregunta.

—*Pues lo que ha hecho Sinibaldo*

*con tu hermana*, la contesto,

y ella dice:—*¡Salen granos!*

Entonces fué cuando vi

lo honrada que es, y en el azto

entremos en relaciones

formales, y en eso estamos:

—*¿De manera que te casas?*

—Así que pase el verano,

porque pa ahora es mucho abrigo

la Niceta.

—*¡Marceliano!*...

*¡piénsalo bien!*

—*¡Quita, tonto!*

Eso se hace sin pensarlo.

—*¡Miá que te rompes la crisma!*

—*¡Será mejor que ande á salto*

*de mata pa que me infezten*

*ó me den un linternazo!*...

—*Miá que en cuestión de señoras*

*la hinca el hombre de más párpado,*

porque la que paece liebre  
resulta luego que es gato!...

—¡Y vice también!

—De vices

no conozco más que un caso.

—¡El tuyo!

—¡No gastes bromas,

que yo á ti no te las gasto!

—¿Entonces á qué te metes

en lo mío? Yo contraigo

nuncias, porque la muchacha

llena mi ojezto de plano.

¿Que da la casualidaz,

porque el mundo es un sarcasmo,

de que me resulta buena

la mujer? ¡Siempre es un tanto!

¿Que hace renuncio y se tuerce

y principia á dar escándalo

como la tuya? (Es un símil.)

¡Pues la degüello, y abajo

el telón!

—¡Y te apiolan

y la *dinas* en el palo!

—¡Ya no se usa!

—Pero bueno:

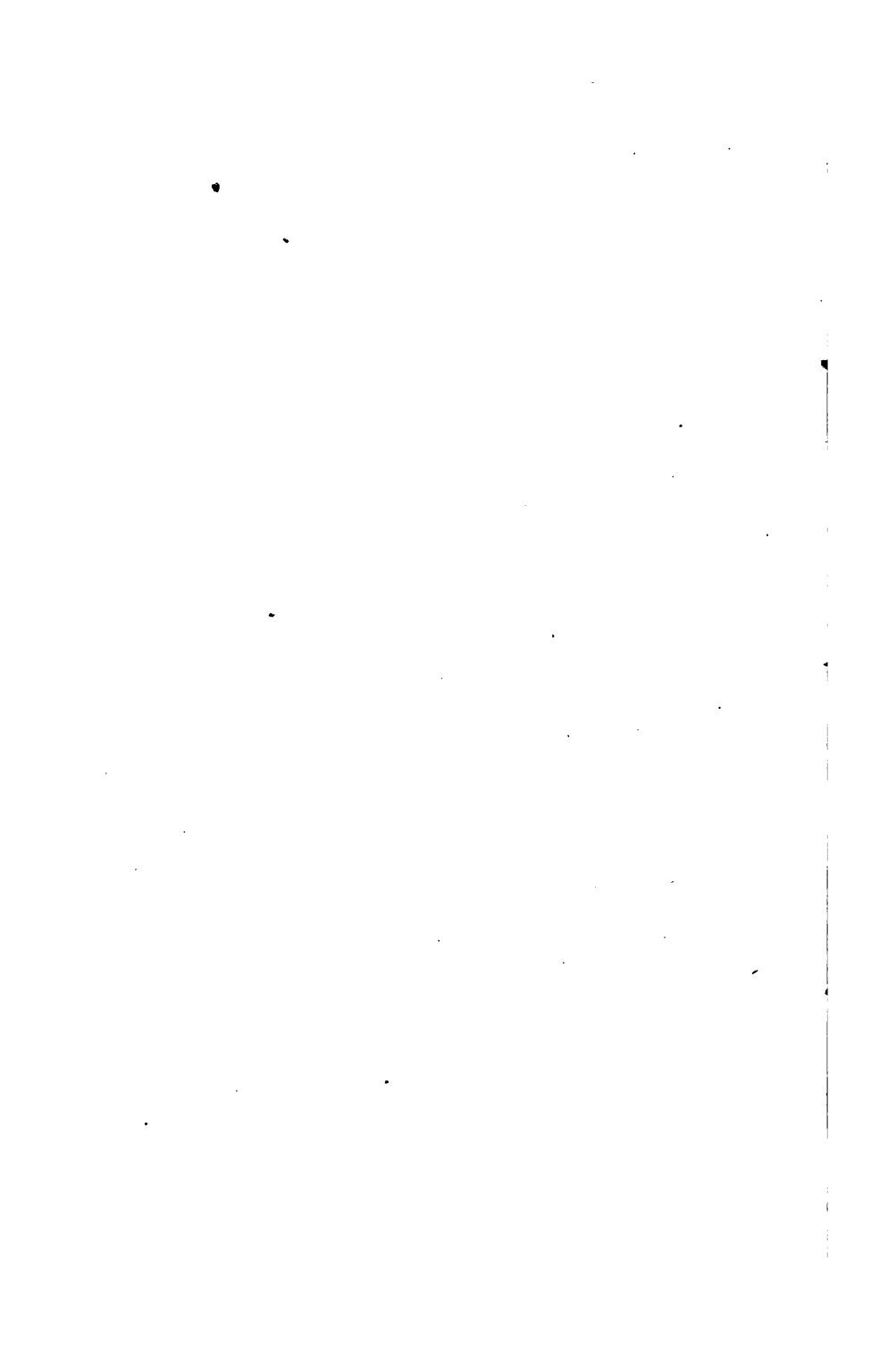
pon que ocurre ese milagro.

—Es igual. Los que degüellan  
ahora están fuera de cacho,  
porque ó no los cogen nunca  
ó los asuelve el Juraó.

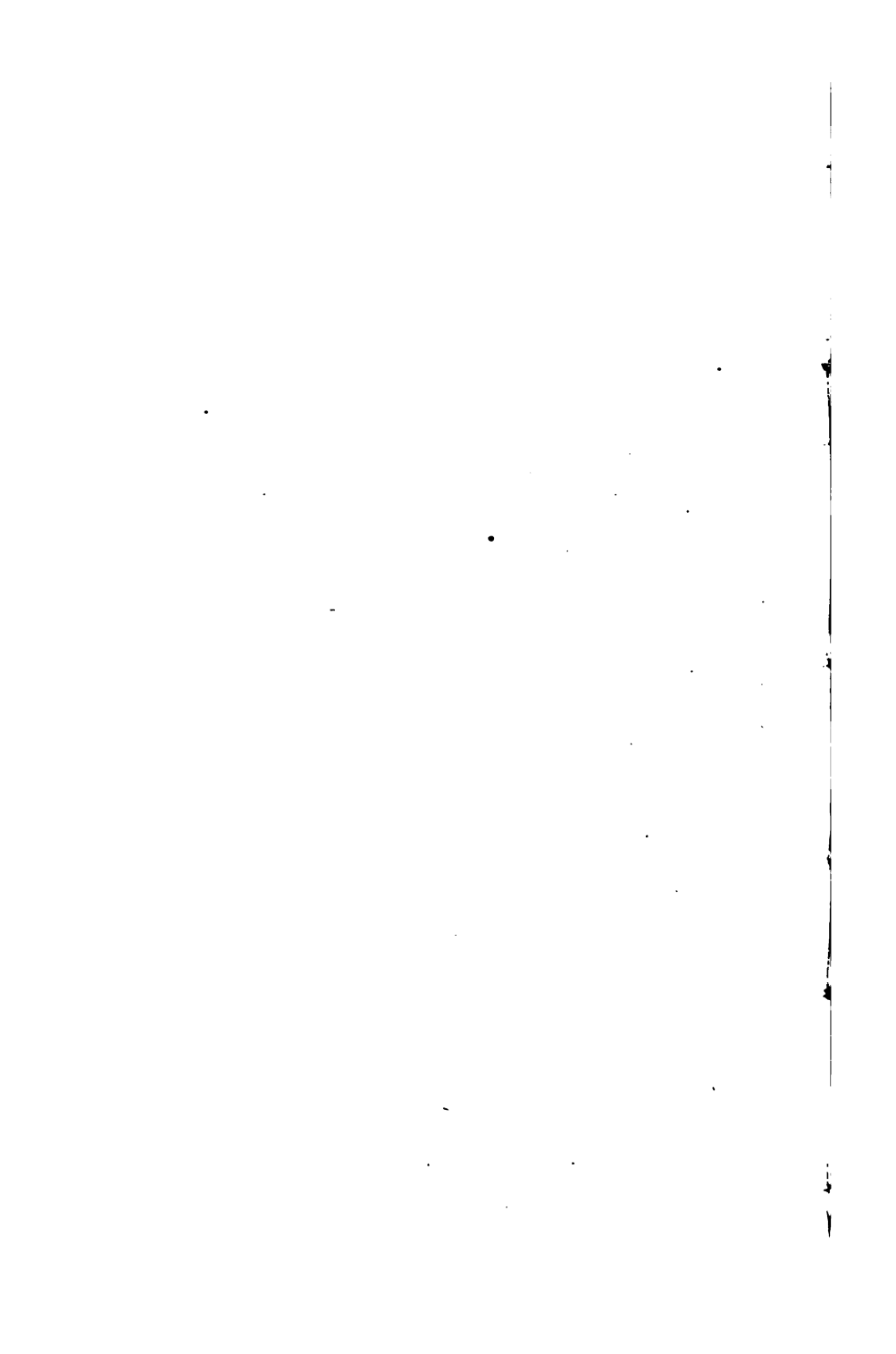
—¡Así yo también degüello!

—¡Pues aprovecha, so payo,  
que una ocasión más bonita  
no la encuentras en cien años!

---



# **DE VUELTA DE PARÍS**



## DE VUELTA DE PARÍS

—¡Anda con Dios, hombre!

—*Adieu,*

Valentín!

—¿Cuándo has venido?

—*Le vendredi.*

—¿Cuándo?

—El viernes.

—¡Ah, vamos!

—Haz caso omiso

si vierto alguna expresión  
en francés, y te suplico  
que no vayas á pensarte  
que lo hago por darme pisto  
de *voyageur*.

—¿De qué dices?...

—¿Ves? ¡Aunque me vuelva mico!  
¡No he estao más que siete días  
en París, y ya he tenido,  
desde que he vuelto, la mar  
de *lausus* y compromisos!  
Vas á decir que es mentira,  
pero, ¿cuándo fué?... el domingo;  
pasando yo casualmente  
por la tienda de embutidos  
del *Carina*, me dió gana  
de entrar á por medio kilo  
de chicharrones (ya ves  
que no pué ser más sencillo),  
¡pues me tuve que ir sin ellos  
por no acertar á pedirlos!  
¿Te paece?

—¡Es que siete días  
en París!...

—¡Son más que un siglo  
en Palencia pa perder  
el idioma!

—Ya lo he visto.

—Y es muy natural que ocurra;  
¿no ves que en París ca cinco  
minutos conoces una



lengua destinta?

—¡Chiquillo!

¡Te habrás divertido poco!

—Mia si me habré divertido,

que desde la noche aquella

que sabes que conocimos

á la Udosia en la visita

de pésame del marido

de su madre, no recuerdo

de juergas por el estilo.

—¡Y hay que ver lo que fué aquella  
noche!

—¡Por eso te digo!

—¡La verdá es que tienes suerte!

—¡Lo que tengo yo son hígados

pa gastarme las pesetas

como se las gaste Urquijo!

—Y haces bien.

—¿Ó es que porque uno

viva de vender cabritos

y vista de pana, tié

que estar siempre como un quinto,

sin ver más que la Cibeles

y la verja del Retiro?

¡Que no, señor!

—Ahora, claro,  
que tú en París, al principio,  
como allí son extranjeros  
casi túos, no habrás podido  
tratar con nadie.

—¡Al contrario!  
Y la prueba está en que el mismo  
día que llegué de España  
pasaba yo muy tranquilo  
por mitá del *boulevard*  
*Maleshierbes*, que es un sitio  
como aquí puerta de Moros  
ú la calle de Peligros,  
cuando de pronto me dicen  
en madrileño castizo:  
*¡Adiós, señor Luis!*

—¡Atiza!  
—Conque yo entonces enfilo  
pa atrás los ojos, y veo  
mirándome de hito en hito,  
¿á quién dirás?

—Á *Loubet*.

—¡Cá!

—Pues me doy por vencido.

—¿Te acuerdas de aquella golfa

que estaba en Santo Domingo,  
por las mañanas, vendiendo  
majuelas pa los chiquillos  
y que llevaba las manos  
llenas de eso... de... ¡Recristo!  
¿Cómo se llama esa cosa  
que se forma en los nudillos  
cuando te estás mucho tiempo  
sin lavarte?

—Sarpullido.

—¡No!

—Mugre.

—¡Por ahí!

—Ya sé

de quién hablas: de la *Filo*.

—¡Equilicná!

—¿Qué hace allí?

—¡Forrándose los bolsillos  
de *pápiros* y comprándose  
ca piedra que quita el hipo!

—¡Vamos, hombre!...

—¡Mi palabra,

que es *chipén* lo que te digo!

Está en un *café concerté*  
moviendo los intestinos

y cantando unos *cuplés*  
que te levantan en vilo.  
Aquí tiés una postal  
de ella: *La bella Pinguito*.  
¡Míala!

—Vaya una postura!

—Es la que le ha producido  
más parné.

—No se parece.

—¡Como que ha cambiao de físico!  
¿Tú sabes lo que trasforma  
el agua? Yo ló he sabido  
por ella, que en cuanto acaba  
de trabajar tié el capricho  
de bañarse.

—¿Tóos los días?

—¡Y en tóo tiempo! Ya es un vicio,  
porque hay días que se baña  
tres veces, y cuatro y cinco.

¡Así huele, que da gloria!

—¡Mia que si te hubieran dicho  
que ibas á verla en París!...

—Y que iba á hacerme un servicio  
de esos que no te se borran  
aunque vivas cuatro siglos;

porque me ha enseñao tóo aquello  
ce por be; no ha consentido  
que me gaste en osequiarla  
ni el canto de un perro chico,  
y ha descuidao sus labores  
por mi causa, y la he tenido  
al lao hasta que volví  
pa acá.

—¡Se ha portao la Filo!

—¡Tan bien como se pudiera  
portar el mejor amigo!

.....

—Y de París, ¿qué?

—¡No me hables!

—¿Es lo que cuentan?

—¡Manífico!

¡Muchacho, qué menumentos,  
qué calles y qué edificios!...

—Sí que serán.

—¡De primera!

—¿Y las hembras?

—¡¡El delirio!!

¡Casi todas son más monas!...

¡Si vieras!...

—Eso me han dicho.

—¡En fin, Valentín, aquello  
es la *mer* en calzoncillos!

—¿Y de resultao?

—Ya sabes

que tocante al mujerieo  
no soy de los que se ponen  
tontos ni hacen el ridículo,  
pero en París yo no sé  
si sería por mi tipo  
ó por una cazadora  
de celpa color membrillo  
que llevaba, ó porque sabes  
que siempre voy tan ceñido,  
el hecho es que me seguían  
como moscas. ¡Pero, chico,  
qué mujeres! ¡De tres pares!  
—¡Quién pudiera haberlas visto  
por un abujero!

—¡Toma!

Si tú llegas á ir conmigo,  
con lo que te tira el género  
te quedas allí de fijo,  
porque además de lo guapas  
que son y del apetito  
que te abren, tién una cosa

que á mí me ha gustao muchismo:  
¡la educación! No conozco  
ninguna que me haiga dicho  
ná ordinario, porque en eso  
todas son por el estilo  
de finas; en cuanto yo  
me acercaba á una y por siznos  
la indicaba un pensamiento,  
más ó menos atrevido,  
me respondía en el azto:  
*¡Cochón!*, que es casi lo mismo  
que si una de aquí te dice:  
*¡Qué cosas tié usted!*

—¡Pues, hijo,  
no hay diferencia!

—¡El pogreso!

Tiés que hacer un sacrificio  
y ahorrar, y dirte á París,  
pa que veas lo destinto  
que es aquello y el cambiazo  
que notas en tu individuo.

—Como que el viajar ilustra.

—¡Pero más que tóos los libros  
del mundo! Mia tú si istruye,  
que en cuanto llegué me dijo

sosprendida la Juliana:  
*¡Cuidao lo que has aprendido!*  
¡Y es que estamos en palotes  
y semos unos pollinos!  
¿Sabes por qué? ¡Por el *piri*!  
¡Mientras comamos cocido  
no tendremos inventiva,  
ni gusto, ni razocinio!  
¡Créeme á mi!

—¿Qué tié que ver  
el pulso pa comer trigo?  
—¿Qué? ¡Yo soy más madrileño  
que la puerta del Hospicio,  
Valentín, y si hace falta,  
tocándome al patriotismo  
me pego hasta con la sombra  
del difunto San Isidro,  
¿sabes tú?; pero me pongo  
con la razón, y distingo  
lo bueno y lo malo, y sé  
que el garbanzo está refido  
con la coltura!

—Deja eso  
pa el señor Montero Ríos,  
que es filósofo, y refiéreme



las cosas que has aprendido,  
pa ver si me falta alguna.

—No puedo, y lo siento, chico.

—¿Por qué?

—Porque se hace tarde  
y voy al contrarregistro  
de Aragón á preparar  
el paso de unos cabritos.

—¡Anda!

—¿Te interesa mucho?

—¡Natural!

—Pues ven conmigo  
y convídame á unas copas.

—¡Arzando!

—Saca un pitillo.

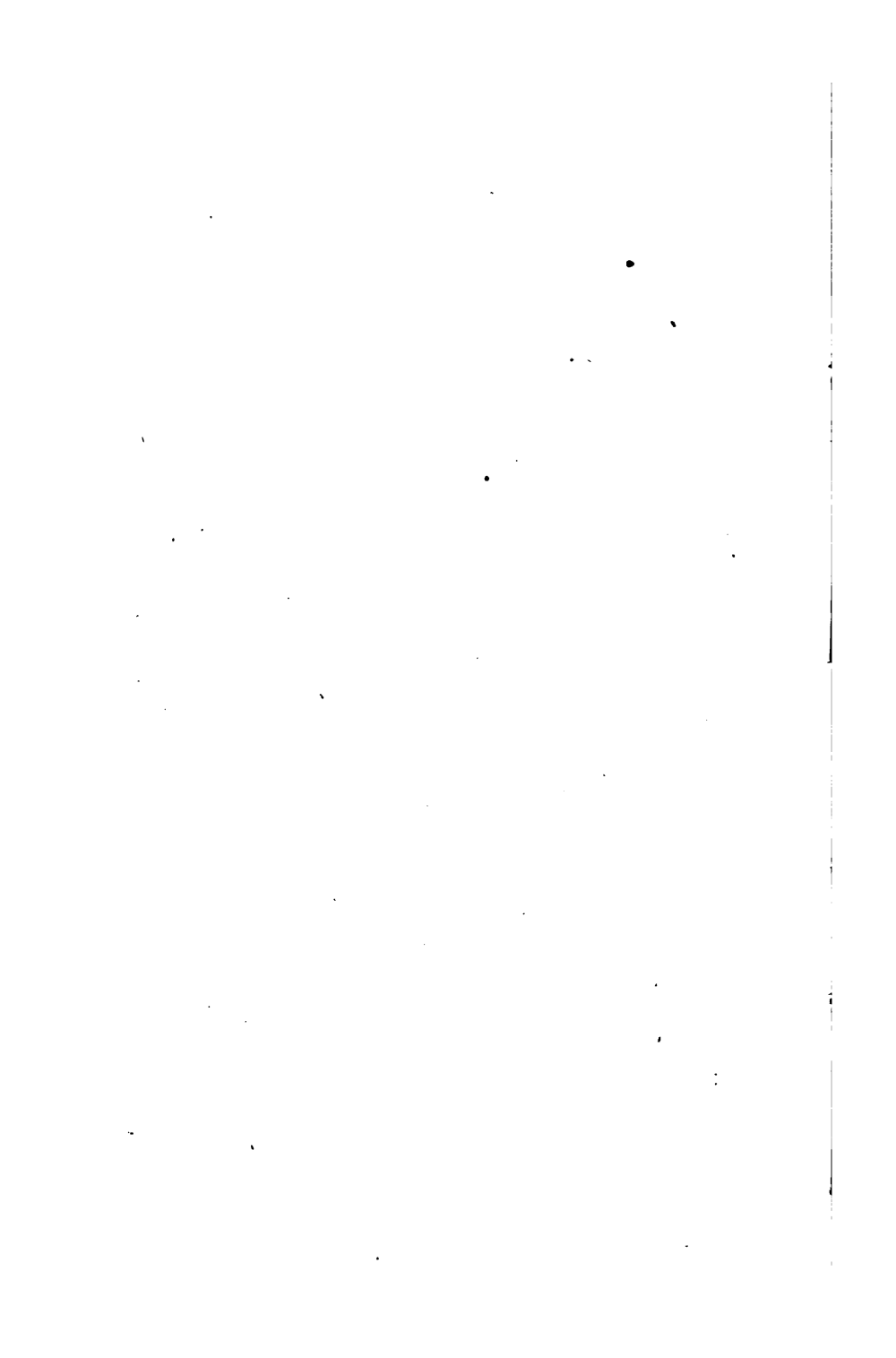
—¡Toma!

—Dame una cerilla.

—¡Ahí va!

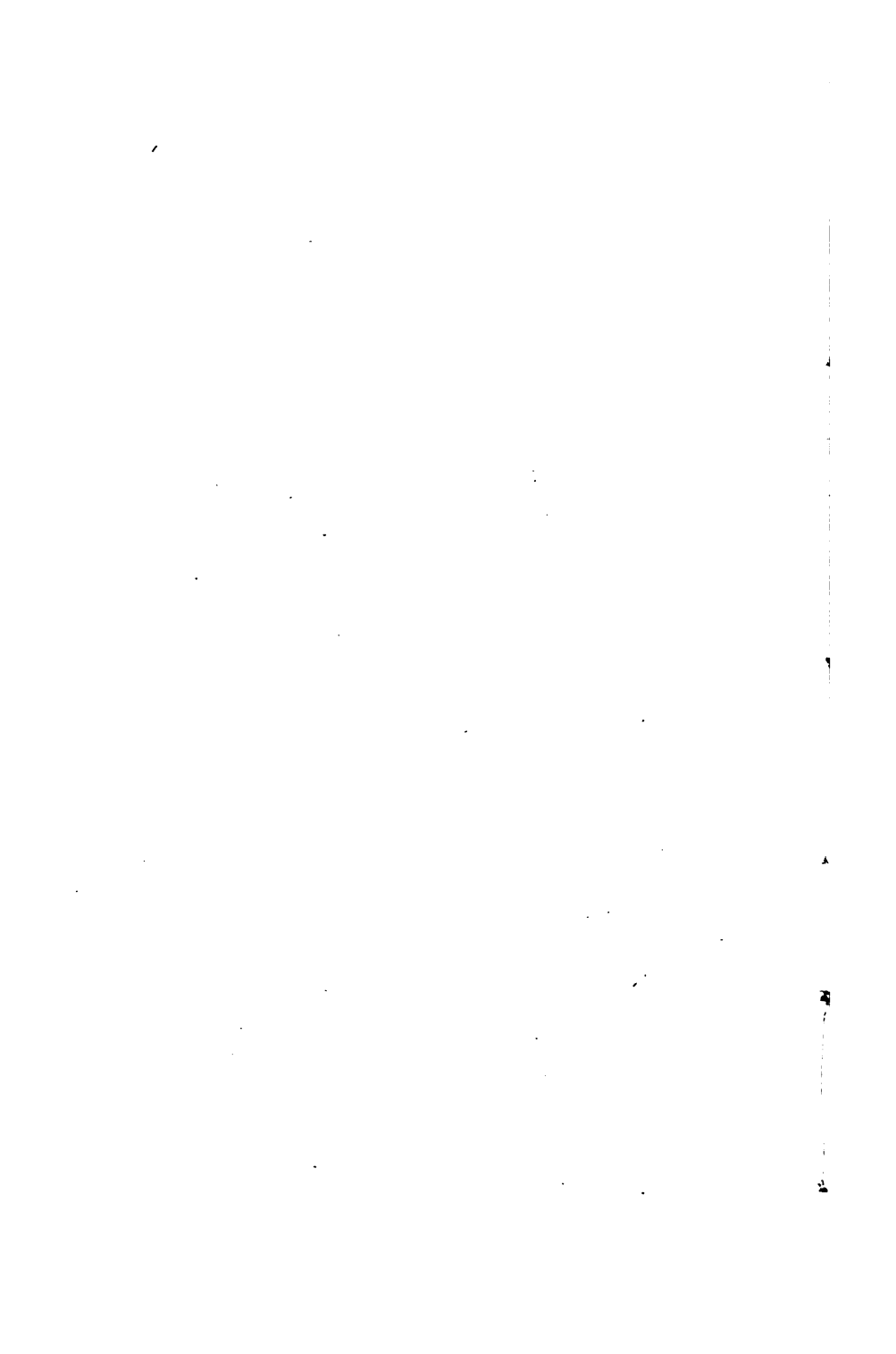
—Bueno; pues oído.

---



---

## **LOS GOLFOS**



# LOS GOLFOS

—¡Pero mira!...

—¡Que me dejes!

—¡Pero escucha!...

—¡Que no quiero

cuestiones!

—Son dos palabras.

—¡Camará, te estás poniendo  
más pelmazo que una huelga  
de oficiales peluqueros!

¿Pa qué quiés que discutamos  
si no voy á estar de acuerdo  
contigo? Señor, ¿tú tiés

tu opinión? ¡Pues buen provecho!

¿Que vale más que la mía?

¡Pues pa ti! ¡Si yo no quiero

llevarte la contra! Cá uno  
es lo que es y tan contentos.

—¡Pero, ven aquí y escucha,  
y ten algo de criterio...

¡rendueles!, que le haces á uno  
mojarse fuera del tiesto!...

¿Qué es el golfo?

—¡Un sinvergüenza!

—¡Hombre, por Dios!...

—¿Lo estás viendo?

¡Discrepaos!

—Perfetamente;

vamos á quedar en eso,  
pa que veas que me gusta  
ceder con los compañeros;  
el golfo es un sinvergüenza.

—¡Clavao!

—Y de este epiteto  
el que pueda que se salga.  
¿Verdá?

—Yo estoy bien adentro.

—¡Pues yo me salgo!

—¡Si sales,  
abrigate, que hace fresco!

—¡No prencipies con retrúcanos

que te estoy hablando en serio,  
Juan Manuel!

—¡No te acalores!

—Lo que yo digo y sostengo  
es que hoy en día los golfos,  
tal como se están poniendo  
las cosas, son una clase  
que va tirando al pograma,  
porque trabaja y se ilustra  
y porque cuenta con medios  
de educación á cá paso,  
y ahí está sin ir más lejos,  
Inés, la hermana de leche  
del *Guarro*; la recogieron  
hecha un asco del arroyo,  
va á hacer un año en Febrero,  
¡y hoy la tiés de *sicalíxtica*!  
—Ya lo era endenantes.

—Bueno,

¿pero le lucía?

—Poco.

—¿Pues qué es lo que estoy diciendo?  
Además, ¿cuándo han tenido  
los golfos, como hoy tenemos  
pa veraniar, un castillo

de sillería; ná menos,  
en Villaviciosa?

—¡Nunca!

—¿No es verdá que no<sup>s</sup> han hecho  
en la calle de Ataulfo  
un Asilo con colegio  
pa aprender, y con talleres  
pa trabajar?

—¡En efezto!

—¿Vas á negarme que muchos  
que andaban talmente en cueros  
enseñando, como suele  
decirse por ahí, los huesos,  
van vestidos de uniforme,  
y son miraos con respeto,  
y tratan con las lendreras  
y tién un oficio serio,  
como es el de recoger  
papeles y sus anejos  
en la calle?

—¡Muy contestes!

—¿Es mentira?

—¡El Evangelio!

—¡Entonces estás conmigo!

—¿Quién, yo? ¡Con Maura primero!



—¡Míá lo que dices!

—¡No trato  
de molestarte ni un pelo,  
Macarrón! Tóo lo que has dicho  
es tan esazto, que creo  
que si alguno te rebate  
lleva asfaltao el cerebro;  
pero como yo también  
soy hombre que tié criterio  
igual que túos, voy á darte  
la idea de lo que pienso.  
—Dala.

—Pa mí el individuo  
que se mete en un encierro,  
y que se acuesta á hora fija,  
y que come con asiento,  
y que se agarra al trabajo,  
y que lo hace tóo con método  
no ha sido golfo en su vida,  
y es más, ¡ni merece serlo!  
¡El que lleva sangre golfa  
por debajo del pellejo,  
como un servidor, se ríe  
de castillos y colegios  
y uniformes y cabezas

bien peinás! ¿Hay ná más bueno  
que la libertaz? ¿Qué vale  
Róchil con tóo su dinero  
junto á mí? ¿Dónde hay un tío  
que viva con más sosiego?  
Yo soy libre como el aire,  
y hago siempre lo que quiero  
y no manda en mis pedazos  
ni la golfa que camelo.  
No he conocido á mi madre;  
mi padre guarda el secreto  
también; no sé si he nacido  
de ricachos ó de méndigos  
(aunque de cualquiera forma  
sé que golfos sí lo fueron);  
de parientes ando fallo,  
gracias á Dios, y me alegro,  
porque los parientes ricos  
niegan pronto el parentesco,  
y los que están *boqueros*  
ni dan honra ni provecho.  
No permito que me lleguen  
muy á lo hondo los afeztos,  
porque está probao que así  
comes más y lloras menos.

¿Amigas? ¡Muchas y falsas!  
¿Amigos? ¡Pocos y lejos!  
pa que la estima y el trato  
se queden á ras del cuero.  
De este mundo no me importa  
más que el cocido y el sueño;  
igual me se da que mande  
Besada que Don Tancredo  
y que bajen los Consumos  
ó que suban hasta el cielo.  
¿Trabajar? ¡Antes difunto!  
Yo la vagancia la llevo  
con incustraciones de Eibar,  
metida en el propio tuétano,  
y ni Moret, ni el alcalde,  
ni el gobernador, ni el Verbo  
me hace á mí doblar las ancas  
pa alzar un papel del suelo.  
¿Orgullo? ¡Nunca lo tuve!  
¿Vergüenza? ¡No sé qué es eso!  
¿Ambición? ¡No la conozco!  
¿Envidia? ¡No se la tengo  
ni al amo de casa Lhardy  
con ser quien es! ¿Pa qué quiero  
castillos de sillería,

ni uniformes, ni colegios,  
si me dá Dios motur propio  
tóo lo que me pide el cuerpo?  
El rancho no ha de faltarme  
mientras susista el Ejército  
y guisen en los cuarteles  
con abundancia y aseo;  
pa dormir tengo una cueva  
que es un horno en el invierno,  
y un banco en la Castellana  
pa cuando hace falta el fresco;  
gasto un calzao de primera,  
desde que nací lo llevo  
y cuanto más lo maltrato  
está el material más recio;  
nunca en jamás tuve trampas  
con sastres ni zapateros,  
que son las botas y el traje  
de igual fecha y de igual género.  
No hay garatas, ni motines,  
ni procesiones ni entierros  
de los que yo no disfrute  
como cá quisque. ¿Que siento  
gananas de fumar? ¡Tabaco  
nunca falta por el suelo!

¿Que la sangre me da voces  
porque no soy ningún viejo?  
¡Pues las hembras y el tabaco  
me salen al mismo precio!  
¿Que la saluz me se tuerce?  
¡Pues al hospital derecho,  
que allí hay doctores de buten,  
catre blando y caldo bueno!  
¿Que me curo? ¡A la golfemia!  
¿Que la diño? ¡Al cementerio!  
¡Lo mismo me da morirme  
de moquillo que de muermo!...  
¿Yo denigrar á mi clase  
metiéndome en un encierro  
como ese, donde principian  
por separar los dos sesos,  
privándote, por lo tanto,  
de tu principal recreo?  
¡Por dónde!... ¿Yo consentir  
que venga un hombre con pelos  
en la cara, y me desnude  
y me friegue como á un perro  
de lanas, sin preguntarme  
si me cabe gusto en ello?...  
¡Vamos, hombre... si ná más

de pensarlo me sublevo!  
¡Esas gangas pa vosotros!  
¡Pa tóos los que os habéis vuelto  
señoritos y tiráis  
contra el buen nombre del gremio!  
Y ahora que estás al corriente  
de la forma en que yo pienso,  
voy á quitarme el celindro,  
que me se seca el garguero,  
y no merecéis que un golfo  
como yo se quede en seco.  
¡Con que, abur, y que me escribas,  
Macarrón!

—¡Oye!

—¡Hasta luego!

—¡Pero escucha!

—¡Ya lo sabes!

—¡Pero atiende!...

—¡Que no quiero!

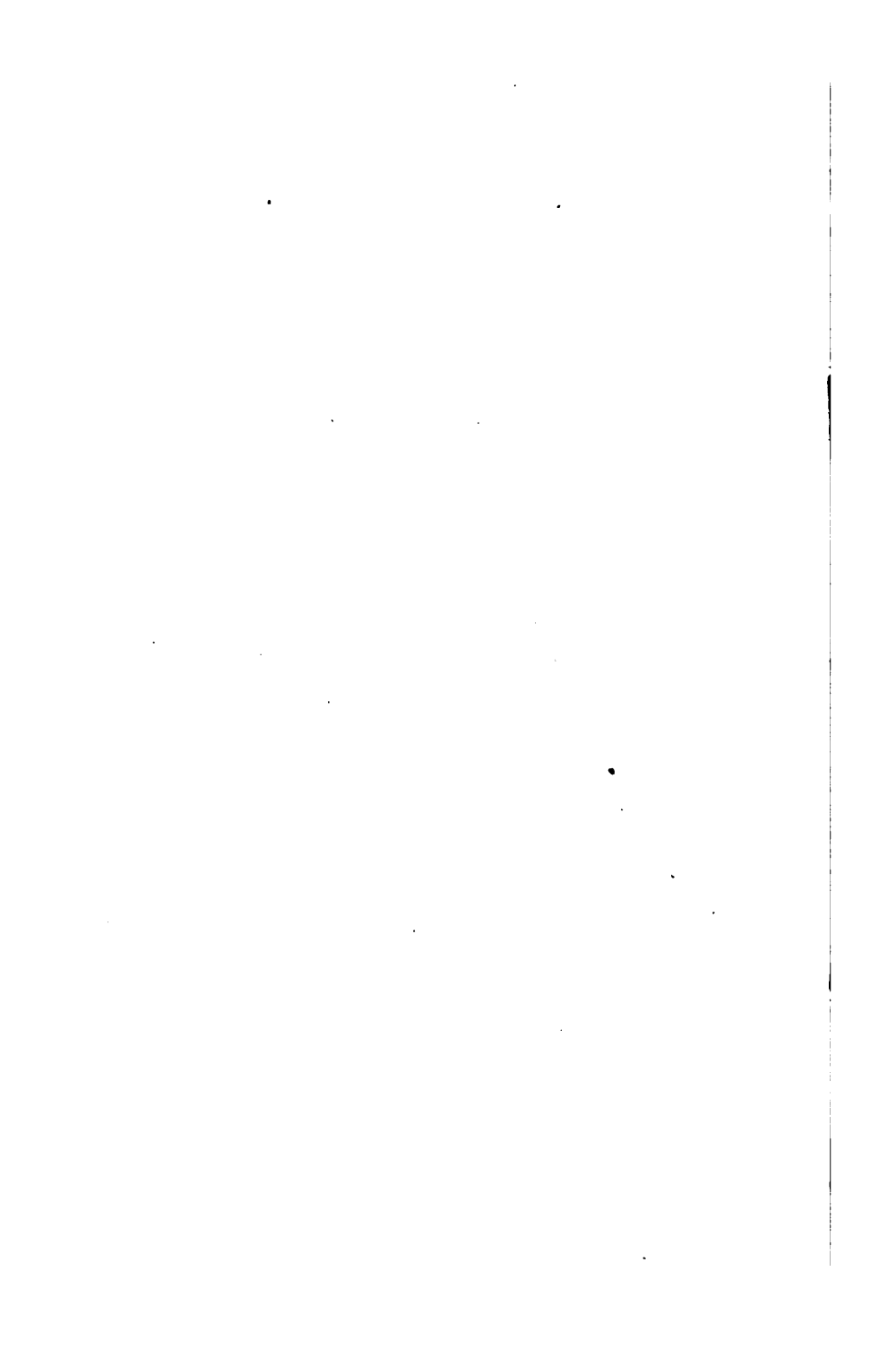
—¡Mira!!... ¡Sí, buen paso lleva!

¡Y haga usté asilos pa estos!...

¡Lástima de malas noches  
que pasan los tahoneros!

---

# **EN EL PUNTO**





## EN EL PUNTO

—¿Entonces á qué disgentes?

—¡Hombre, por Diós, si no es de eso  
de lo que se trata!... ¿Ves  
cómo te sales del tiesto?

Yo lo que te he sostenido  
cien veces y te sostengo  
mil años es que no tiés  
condiciones pa cochero  
ni pa hombre de mundo, Paco;  
no en el sentido direzto  
de la palabra, sino  
en el otro.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo. Mira;  
tú dominas el manejo

de las riendas, hoy por hoy,  
como no hay tres en el gremio,  
y yo lo firmo; el carruaje  
lo llevas que es un espejo;  
vistes muy bien, además  
de que te acompaña el cuerpo,  
y sabes como ninguno  
*pisarle* al amo uno ú medio  
en la cuenta; cuatro cosas  
que yo reconozco, y esto  
te probará claramente  
que sé ande se anida el mérito;  
como hombre me costa que eres  
capáz de quedarte en cueros  
por un amigo, aunque sea  
en el rigor del invierno,  
y tocante á simpatías,  
y á buen humor y á salero,  
y á tirar un duro, estás  
de non entre los primeros;  
pero hay en ti varias contras  
que te neutralizan tóo eso.  
—¿Cuáles son?

—Voy á decírtelo:  
tú tiés un grave defezto,

que es la lengua, y otros varios  
más graves, que son tu genio  
y tu orgullo, aunque el que más  
daño te hace es el primero,  
y pa probar mis palabras  
ahora me se está viniendo  
á la cabeza un detalle  
de esos que chafan.

—Á verlo.

—Tú perdistes á la Irene...  
—¿Quién te ha contao ese cuento?  
—Bueno, si no la perdistes  
la estraviastes por lo menos,  
y en vez de coserte el pico,  
que hubiera sido lo serio,  
antes de los ocho días  
ya lo sabía tío el Censo  
de Madriz. ¿Y quiés decirme  
qué has conseguido con ello?  
Que te haiga cerrao la chica  
su amistad, porque no creo  
que se arregoste después  
del servicio que la has hecho;  
que haiga terminao con ella  
Melquiades el lampistero,

después de hacerla papilla  
lo que le llaman el fémur,  
y que si alguna pensaba  
darte una prueba de aprecio  
más alante, se repuche  
y te haga así con el dedo.  
¡Ahí ties tú lo que hace un chisme!  
¡Ya ves cuál es tu defezto!...  
¿A ti quién concho te manda  
darle un cuarto al pregonero,  
publicando lo que nunca  
debe salir del secreto?  
¿Por qué no copias mi táztica?  
¿No me tiés á mí de ejemplo?  
¿Te hacen un favor? ¡So primo,  
pues cállate y agradécelo  
y así podrás pedir otro  
y así tendrás siempre crédito!  
¿Ha sabido alguien lo mío  
con Justa, la de Bermejo,  
por un por si acaso, y va  
pa seis meses? ¡¡Nadie!! Bueno,  
pues yo voy á todas partes  
con él, y yo salgo y entro  
en su casa, y allí nunca

se hace ná sin mi consejo,  
y allí me lavan la ropa,  
y allí cómo, y allí duermo  
muchas noches, y allí gozo  
fama de hombre dizno y serio.  
¿Que real y efeztivamente  
no soy, estudiao por dentro,  
tan formal como se piensan  
mis relaciones? ¡De acuerdo!  
Yo de bulla y zaragata,  
prencipalmente si tengo  
cuatro gotas, soy el socio  
más pendón del universo;  
y tú, que has rodado conmigo  
por algunos sitios de esos  
ande imperan las señoras,  
y el vino tié poco precio,  
y la voluntaz es libre,  
y hay concidencia de genios,  
sabes que á los diez minutos  
me tenís que echar el freno,  
porque hago más estropicio  
si me dejan andar suelto  
que un rocín con garrapatas  
en un almacén de huevos.

—Lo he visto.

—Pues, sin embargo,  
no iznoras en qué conceto  
me tié en sociedadz tóo el mundo,  
alto y bajo. ¿Y por qué es esto?  
Porque gasto mundologia  
y soy amable, y *chanelo*  
y le sé dar á la gente  
lo suyo; sinó á los hechos:  
¿Á quién se dirige el público,  
singularmente pa ciertos  
servicios? ¿Te arquila á ti?  
¡Ya ves que no!... ¿Toma al *ciento*  
*cuarenta y tres*?... ¡Ni con salsa!  
¿Se sirve del *Chato*? ¡Menos!  
¿Á quién van á ver al punto?  
¡Á Luis Pijuán y Caldeiro,  
aquí presente!! Y no cabe  
decir que me ayuda el mérito  
del coche, porque un cascajo  
más grande que el que yo llevo  
no ha trabajao por España  
desde que murió Espartero,  
como sabís, y la prueba  
delante está: yo no tengo

yantas de goma ni gasto  
faroles con reverbero;  
al almohadón se le salen  
los entestinos, y el penco  
no puede ya con el rabo  
y está *mochales* deshecho;  
pues no ostante de estas ñapas,  
yo no sé cómo me arreglo  
que mientras *sornais* vosotros  
yo no paro ni un momento.  
—Porque te prestas á cosas  
que rebajan.

—¡Quíá, no es eso!

Yo soy, pa que tu te enteres,  
más delicao que el primero  
y ciertas cosas del público  
también me llegan adentro,  
pero como sé de lógica  
mundanal y considero  
que lo que ha de pasar pasa  
si el parroquiano está pa ello,  
¡á mí Prim, y allá cá uno!...  
¿No me abonan el paseo  
y además me dan propina  
y se marchan satisfechos

de Pijuan? ¡Pues á otra cosa!  
Después de tóo, por ejemplo,  
¿á mí qué leñe me importa  
que me tome un caballero  
con una señora de esas  
que á la legua estás oliendo  
la tostá, ni que me diga:  
*¡Despacito y tóo derecho!...*  
¡Un engorro más!... Tú, no;  
á ti te se sube al célebro  
el orgullo cuando cargas  
personas de los dos sesos,  
y sueltas un ajo, y sales  
al nueve, y á cá momento  
miras hacia el interior  
pa azarar á los de dentro,  
y te paras en el azto  
de que notas movimiento  
en las cortinillas... ¡Tiés  
cosas de chico pequeño!  
¡Las cortinillas! ¡Miá tú  
que *achararme* yo por eso!...  
¿Que se suben? ¡Tan amigos!  
¿Que se bajan? ¡Buen provecho!  
No le des vueltas; los seres



que trabajan por el pienso,  
tién que dejarse en el cofre  
las ínsulas y los fueros,  
y hacerse un saco de noche  
y echarse un ñudo en los nervios.

—Está bien; pero es que yo  
con ciertas cosas no puedo.

—¿Con cualas?... ¡Tú con ninguna  
mientras no cambies de método!

¿Se habla de los solidarios?

¡Bronca contigo! ¿Queremos

escotar pa que nos traigan

un poco café? ¡De acuerdo

tóos menos tú! ¿Discutimos

de mujeres, por ejemplo?

¡Te echas encima y no dejas

que uno saque su criterio!...

¿Estamos túos los del punto

conformes con el letrado

de *Llevar la izquierda*, que hay

en muchas calles del centro?

¡Tú, á decir burradas!

—¡¡Ole!!

¡Las digo porque poseo

vergüenza, y porque no azmito

que se le haga ese desprecio  
á nuestra clase! ¿Por qué  
se le obliga á los cocheros  
á llevar la izquierda? ¡Dilo!  
—¡Porque es legal!

—Si yo tengo  
gusto en llevar la derecha  
porque me lo pide el cuerpo,  
¿quién es el Gobernador,  
ni el Munecipio, ni el Verbo,  
pa hollarne esa facultaz  
nativa en el hombre? ¡Un cero!  
—¡Si es por la glomeración!...  
¿No comprendes, so torrezno,  
que llevando la derecha  
tié que haber más atropellos,  
como es natural?

—Dí claro  
que tiés estintos de siervo,  
¡qué Dios!

—Como tú.

—¿Yo?... ¡Nunca!

—Pues quítate de cochero  
y pon una funeraria  
ú hazte barítono.

---

—Bueno.

¿Sabís tóos lo que sos digo?

Que me...

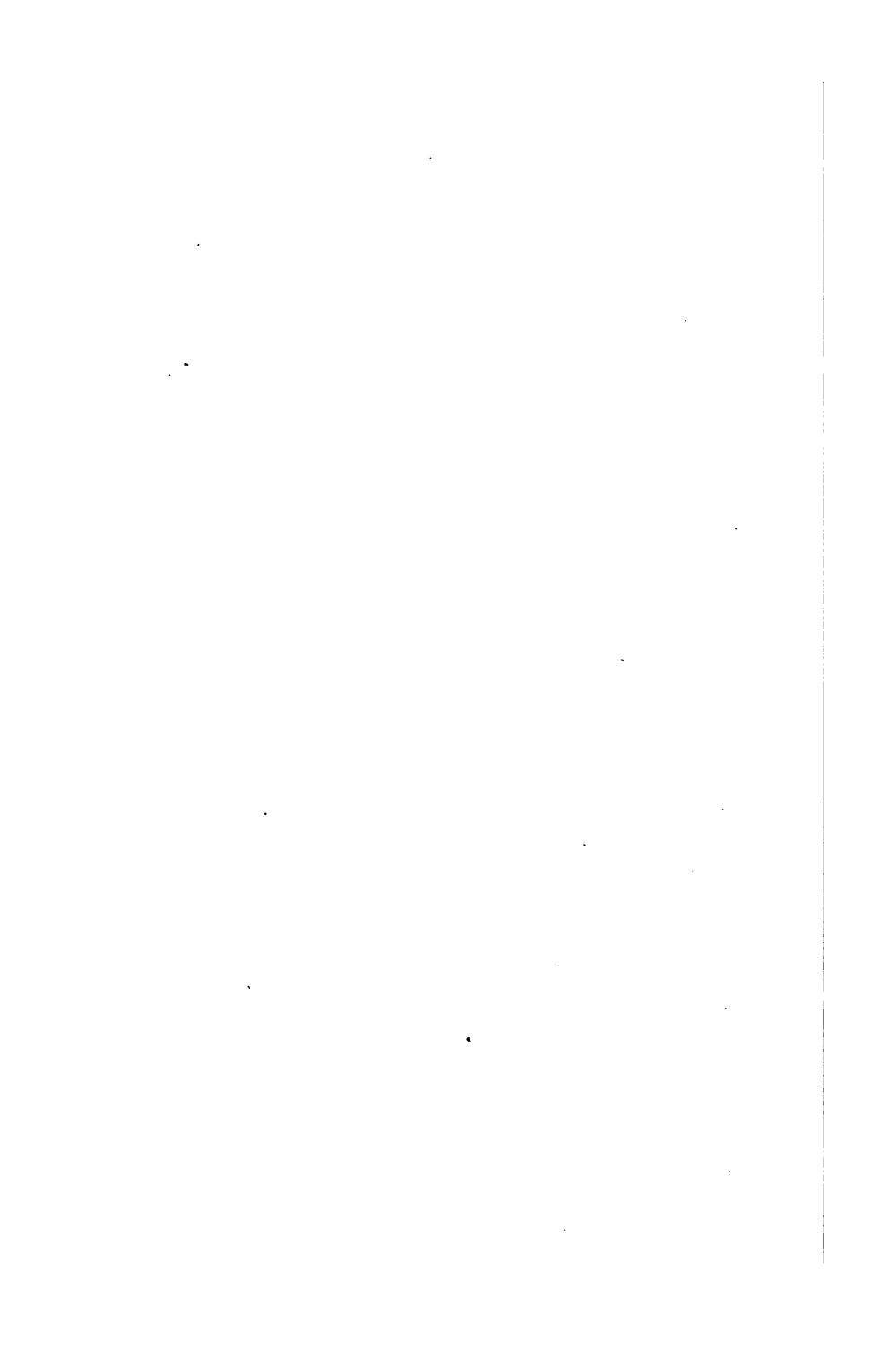
—Sí; conozco el cuento.

—¡Pues ya sabes!

—Lo de siempre:

tú no tendrás argumentos  
pero tocante á gorrino  
le echas la pata al primero.

---



# **LA MALA SOMBRA**



# LA MALA SOMBRA

*A mi camarada Julio Pellicer.*

—¿Qué es lo que te ocurre?

—¡El chico!..

—¿Pero otra vez?

—Y doscientas.

—¡Miá que eres manso!

—¿Y qué quíés  
que haga?

—¡Romperle una pierna!

—¡Como si no! Ya ha perdido  
de una forma la vergüenza,  
que, aunque le maten á palos  
ni el de arriba le endereza.

—Tú tiés la culpa.

—¡Bien, hombre!

—¡Ná, pero así, como suena!  
Y no me hagas jeribeques  
si te hablo de esta manera,  
porque sabes que yo digo  
lo que siento con franqueza,  
lo mismo si sale en pro  
que si sale viceversa.  
Tú eres un hombre, Nipodio;  
pero has perdido la fuerza  
moral que es eudispensable  
pa el sujeto que es cabeza  
de familia, y de resultas  
tu chico no te respeta.

—¡Ni á nadie!

—¿Cómo que á nadie?

¡Yo me juego las orejas  
contigo á que si le cojo  
debajo de mi tutela  
quince días, te lo dejo  
más blando que la manteca!  
—¿Quién lo ha dicho?

—Mi persona,

que al emitir una idea  
la recapacita, y luego  
que la vierte la sustenta.



—Tú hablas porque tienes boca.

—¡Yo hablo porque tengo... cétera!

¿Qué es lo que le pasa al chico?

¿Que no tié delicadeza

y que se le sale el trole

y que ni Dios le menea?

Corriente; pues á ese golfo,

¿sábes cómo se le arregla

la vagancia? Con friciones

de acebuche en la sesera.

—¡Lo mismo que si á un difunto  
le tocas las castañuelas!

—Es tu falta de carázter.

—¡Es la suerte pijotera  
de los hombres, Olegario!

No sirve que le des vueltas.

Hay seres que desde el día

que nacen tóo se lo encuentran

derecho y no tién disgustos

ni saben lo que son penas,

y otros que así de que asoman

las narices por la puerta

del mundo ya les están

zumbando la pandereta.

—Eso sí.

—¡Qué duda cogel

Claro es que si tú dijeras  
lo que yo, te merecías  
cuatro tiros á la vuelta  
de una esquina, porque el hombre  
sin oficio ni carrera  
que en mitaz de su camino  
se topa con una breva,  
como es tu mujer: hermosa,  
con juventuz y soltera,  
y con un capitalito  
y con dos niñas pequeñas...  
el hombre, vuelvo á decirte,  
que se casa y no tropieza  
con ningún estorbo nunca,  
y que come y se juerguea,  
y que no tié que tomarse  
la más mínima molestia,  
porque tóo se lo han dao hecho:  
boda, familia y hacienda...  
¡ese hombre está bien que mire  
las cosas de otra manera!  
¡Pero yo!... Ponte en mi caso,  
y á ver luego cómo piensas.  
—Claro que algo contribuye.

—¿Cómo que algo? ¡¡ Mucho!! Empieza  
porque me echaron al torno  
cuando nací; lo que prueba  
que mi madre, que esté en gloria,  
debió ser la primer fresca.  
Añide que á los dos meses  
de haberme quitao la teta,  
en un descuido del ama  
bajé dando volteretas  
desde el catre á las baldosas,  
y fué el coscorrón tan de extra,  
que me torcí la coluzna  
y me se enició la chepa.  
Pon encima de lo dicho,  
sin contar la disipela,  
que me casé con la Ulpiana  
pa cumplir con mi conciencia,  
y que á los tres años tuve  
que desapartarme de ella  
debido á que, según costa,  
me resultó más coqueta  
que las gallinas.

—No cabe  
comparanza más perfeza.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta?

¡Como que has dao en la yema  
sin tener que pronunciar  
ninguna palabra fea!

—Gracias.

—No hay por qué.

—Pues bueno;

y ya, pa remate, agrega  
mi desgracia con los hijos  
que tuve de aquella pécora:  
al mayor, quitando el tiempo  
que se ha passao de quincenas  
por adoquín, y dos meses  
que trabajó por las ferias  
con *el Cuca*, le he tenido  
sacándome hasta la crema  
de los tuétanos, y hoy día,  
porque da la coincidencia  
de que ha juntao malamente  
pa unas cochinas lentejas,  
cuando me ve por la calle  
ni me saluda siquiera.  
Le signe después la pobre  
que está debajo de tierra;  
la Paula, que ande me pongan

hijas feliales y buenas,  
la saco yo con orgullo  
como modelo, y aquella  
que sin coger una abuja  
ni haber pisao una escuela,  
no se volvía pa casa  
sin diez ó doce pesetas  
cá noche, pa que su padre  
no andara de puerta en puerta  
por el mundo. ¡Aquella mártir  
va y me coge, á consecuencia  
de su trabajo, una especie  
de erución y se la lleva  
Dios pa siempre! ¡Luego dicen  
que uno es bruto y que blasfemia!  
—¡Hombre, no llores!

—¡¡Pobre hija!!...

—La verdaz es que era buena.

—¿Y bonita?...

—¡Como nadie!

—¿Y trabajando?

—¡Una fiera!

De su edaz pocas mujeres  
se habrán movido lo que ella.

—Por eso, por más que sabes

que ha sido la *Cienicienta*  
de mi hogar y que llevaba  
la infeliz desde pequeña  
un trapo atrás y otro alante  
(porque yo he estao á dos velas  
casi siempre y no podía  
llevarla de otra manera),  
hoy un sombrero de plumas,  
mañana un *ranglán* de seda,  
y al otro día unas orlas,  
y al otro un corsé bandeja,  
se armó un equipo en dos meses  
que parecía una duquesa.  
Y es que á la infeliz tóo el mundo  
no ha hecho más que darle pruebas  
de amistaz por lo corriente  
y por lo buenaza que era.  
—¡Es que tu hija daba gusto!  
—¡Así estaba la grandeza  
con la pobre, que ya casi  
no sabía lo que hacerla!  
En fin, ya ves tú: dos días  
antes de caer enferma  
la regaló un señorito,  
que es socio de la Gran Peña,

un *guá* de esos pa el pescuezo,  
de piel, con una cabeza  
de zorra, que entodavía  
lo tengo á la cabecera  
de la cama, porque al ver  
el *guá* me se representa  
la imagen de aquella santa  
que se pudre bajo tierra.

—¡Vamos, no te afijas!

—Y ahora

que estoy sin saluz ni fuerzas  
pa el trabajo, y que me veo  
sin tener pa una libreta,  
y con los huesos al aire  
y agobiao por la tristeza,  
con ese golfo, ¡que así  
permita Dios que se muera  
de repente!, ya estás viendo  
qué vejez me se presenta.

—Pues él no es tonto.

—¡Qué tonto!

¡Si es lo que á mí me subleva!  
Que pué darle á Romanones  
veinticinco pa cincuenta  
tocante á vivo, y no ostante

carcula si hay diferenciencia.

—¡Qué lástima de muchacho!

—De pequeño, ¿no te acuerdas?

¡era un dijel; pero tuve,  
no sé cómo, la ocnrrencia  
de meterlo á monaguillo  
pa ver si hacía carrera,  
y bien porque ya sacara  
los estintos de la perra  
que le dió el ser, ó bien fuese  
por lo que aprendió en la iglesia  
con unos y otros, la cosa  
es que ha tomao la querencia  
del *piri* libre de gastos  
en una forma tan seria,  
y además se le ha metido  
la vagabundia en la médula  
de un modo, que pa él no sirven  
ni reflexiones ni celpas.  
Y menos mal entoavía  
si tuviese alguna idea  
medio sana; ¡pero si es  
un gachó que tié más negras  
las intenciones que el forro  
de una morcilla extremeña!



Baste decirte que el lunes,  
mientras yo echaba la siesta,  
me pescó la dentadura  
postiza, que es casi nueva,  
y la vendió en quince reales  
y unas alpargatas viejas.  
¿Quiés más? Bien; pues por si acaso,  
ahora, pa final de fiesta,  
se ha hecho de la *cla* de Eslava  
pa ir de gratis, y no piensa  
más que en la Fons, y en la Andrés,  
y en molinetes y en juergas;  
pero ná, tan á lo vivo,  
que de algún tiempo á la fecha  
tié una cara que le miras  
y da repuznancia el vérsela.  
—¡Eso se arregla muy pronto!  
—¡Sí, de seguida se arregla!...  
—¿Tié buen estómago?

—¡Digo!

¡Come más que la cangrena!

—¿Y le gustan las señoras?

—¡Con deleite!

—De manera

que, según lo que tú dices,

el chico es en una pieza  
tragón, taimao, sicalítico  
y haragán...

—¡Y lo que cuelga!

—Pero listo.

—¡Como él sólo!

—¿Pues quiés un consejo?

—Venga.

—Mételo á fraile.

—¡Cornujo!...

¿Sabes que es la gran idea?

—¡Natural!

—Y pué que aceite.

—Será un asno si no aceta.

Pa un hombre de las costumbres  
de tu chico, no trompiezas  
con otro momio como ese  
ni buscao con luz eléctrica.

---

# **LA DEMOCRACIA**



## LA DEMOCRACIA

—Estás, desde que hubo crisis,  
igual que una mala bestia,  
tirando al alto los cascos  
pa defender tus ideas  
liberales, y ya has visto  
que me he sujetao la lengua,  
por más de que estoy oyéndote  
las zanganadas que sueltas;  
pero oservo, Clodomiro,  
que hoy te ha dao la borrachera  
por presumir de valiente  
delante de mi presencia,  
sabiendo que te conozco  
lo mismo que si te hubiera  
dao á luz y que te he puesto

los dátiles en la geta,  
por feminista, más veces  
que pelos tiés en las cejas  
¡y eso nol, porque del hijo  
de Suárez no se *canea*  
coscientemente ni tú  
ni toda tu parentela.

—Ya lo he demostrao.

—¡Por dónde!

—Claro que si tú me pegas  
dos guantazos, ó me llamas  
cualesquier cosa molesta,  
no voy á soltarte un tiro  
ni á morderte la molleja  
mediando desde pequeños  
entre los dos lo que media;  
pero cuando llega el caso  
de jugarse la existencia  
y hay que sacar los riñones  
y ponerlos en la mesa,  
¡sé sacarlos y ponerlos!  
porque soy de las Peñuelas  
y tengo muy mal carázter,  
y en haciéndome una ofensa  
me acuerdo del Dos de Mayo.

—¡Son muchos los que se acuerdan!

—¡Yo, sí!

—¿Pero qué repunío  
va á saber de cosas de estas  
el hombre que va á la compra  
y hace las camas y friega?  
¿Con qué derecho te arrancas  
á presumir de guapeza  
si tu mujer te sacude  
cá tollina que te brea  
la noche que vuelve á casa  
y encuentra sosa la cena?  
A ti ¿quién te ha dao permiso  
pa hablar, ni por qué galleas  
si cuando te duele un callo  
tiés que tomar antistérica?  
¿Qué valentía es la tuya,  
si hasta los niños de teta  
saben que al ver un tricornio  
y al oír una corneta  
te se arruga el entusiasmo  
y te se aflojan las piernas?  
Tú tiés cartel de bonito,  
y eres más nombrao que Ureña,  
y te rifan las mujeres,

y asustas á una docena  
de infelices, que debían  
de meterse á costureras,  
porque insultas y armas broncas  
en metines y tabernas,  
y porque picas los puros  
con una faca de á terciá;  
pero ni tú eres valiente  
con hechuras, ni te queda  
de lo que tienen los hombres  
más que el solar.

—¿De manera  
que yo no soy nadie?

—¡Nadie!

—¡Gracias!

—¡Así, como suena!

—¿Quié decirse que la noche  
que se armó la trapatiesta  
por Moret yo no hice nada?

—Salir por donde te vieran  
con una caña de escoba  
y un piazo de blusa vieja  
haciendo el burro.

—¡Y di vivas  
á la democracia, y mueras



al Vaticano, y me puse  
por la noche á la cabeza  
del movimiento y llegué  
donde muy poquitos llegan.  
¡Pa que te enteres!

—Y en cuanto  
que vistes á la pareja  
sacar los trastos, salistes  
perdiendo las posaderas  
y te fuistes pa tu casa  
y no encontrastes la puerta  
de *canguis*.

—¡Eso es mentira!

—Lo sé por tu lavandera.

—¡Falta á la verdaz!

—Te advierto  
que tié en el río las pruebas.

—¡Está bien!

—¡Qué dnda cabe!

Aquí, pa que tú lo sepas,  
lo que hay es que no tenemos  
ni un adarme de vergüenza,  
y que hoy los hombres castizos  
lo arregláis tóo con la lengua;  
lo que hay es, hablando en plata,

que si el difunto Pucheta  
levantara el espinazo  
del hoyo y sos conociera,  
se iba á estar catorce meses  
diciendo: *¡Tóo eso es... ecetera!*;  
y lo que hay es que si sigues  
tomándome la guedeja,  
de un puñetazo en la boca  
te tiro al suelo las muelas.  
¡Tú valiente! ¿Desde cuándo?  
¿Tú demócrata? ¡De pega!  
¿Qué es la democracia?

—¡El hecho  
de cortarles las cabezas  
á los curas y á las monjas!  
—¿Quién lo ha dicho?

—¡Canalejas!  
—¡Mentira!! La democracia,  
tal y como él la desea,  
consiste en darle á tóo el mundo  
libertaz pa sus ideas.  
¿Que Fulano, por ejemplo,  
tié gusto en ir á la iglesia,  
bien por afición, ó bien  
porque en verano está fresca,

ó bien porque tié que verse  
con la mujer de cualquiera?  
¡Pues la iglesia es necesaria  
y debe existir la iglesia!  
¿Que á mí me tiran las monjas?...  
—Ó á mí.

—,Ó á tí! (¡Si es la idea!)

¿Ora porque estoy enfermo  
y me priva el trato de ellas,  
como aquel que dice, ú ora  
porque me gustan sus reglas?  
¡Pues las monjas hacen falta  
pa mí, pa ti ú pa el que sea!  
Lo que ni él ni yo queremos  
es que tú, que no congenias  
con la clerigalla, sueltes  
tu guita pa mantenerla;  
¿pero es que porque á tu cuerpo  
no le sienten las almejas  
como es debido me voy  
á privar yo de comerlas?  
Debe haber curas y monjas  
como hay cafés y tabernas,  
porque si tú tiés capricho  
de gastarte dos pesetas

en copas, á mí pué darme  
por gastármelas en velas  
pa las ánimas t́ en otra  
tontería cualesquiera,  
y la voluntaz es libre  
como el aire, y con su hacienda  
cá quisque, de *motur propio*,  
pué hacer lo que le convenga.  
¡La democracia está en eso!  
En que el individuo pueda  
verificar t́os los aztos  
tal y como su concencia  
se los dite. ¿Tú transitas,  
verbo en gracia, por la Puerta  
del Sol, y ves una moza  
que te gusta, y tu materia  
te aconseja que la tientes  
al pasar? ¡Pues tú la tientas  
y arreglao, porque ejecutas  
un derecho!

—Y si se tercia  
que viene detrás su novio  
y te huele la faena  
y te da dos estacazos  
y te abre la chichonera,

¿qué haces tú?

—Me pongo en cura  
y evito la encuentroversia,  
porque él también ejerce  
su derecho.

—De manera  
que según esa tioría  
tú harás estensivo pa ellas  
el derecho.

—¡Pa tóo el mundo!  
—Es decir, que si á la Ufemia,  
tu mujer (es una pótesis),  
la gusto yo y su materia  
la encita pa que se tome  
conmigo cualquier franqueza,  
tié libertaz pa tomársela,  
¿no es así?

—¡Siempre que quiera!  
Sólo que yo puedo entonces,  
ateniéndome á la letra  
del pograma, darla un palo  
que la deje sin cabeza.  
¿Comprendes?

—Sí; pero escucha...  
—¿Qué?

—Pues ná; que ese sistema  
se viene poniendo en práctica  
desde el día que á Adán y Eva  
se les abrió el apetito  
y ella le dió la camuesa.

—¿No te se ocurre más que eso?

—Ná más.

—¡Pues eres un bestia!

—¡No sé por qué!

—¡Porque lo eres!

—¡Vaya una razón!

—¡Muy buena!

Y como no tiés coltura  
pa penetrar en la esencia  
de las cosas y no puedes  
discutir ciertos poblemas  
conmigo, porque tu padre  
te costruyó la sesera  
de cemento armao, te ruego  
que me evites la molestia  
de tener que lastimarte  
con el corte de la suela.

—De esa forma no discurre  
ni Carrulla.

—¡No me ofendas!...

---

—¡Si es la verdad!

—¡Que te calles!...

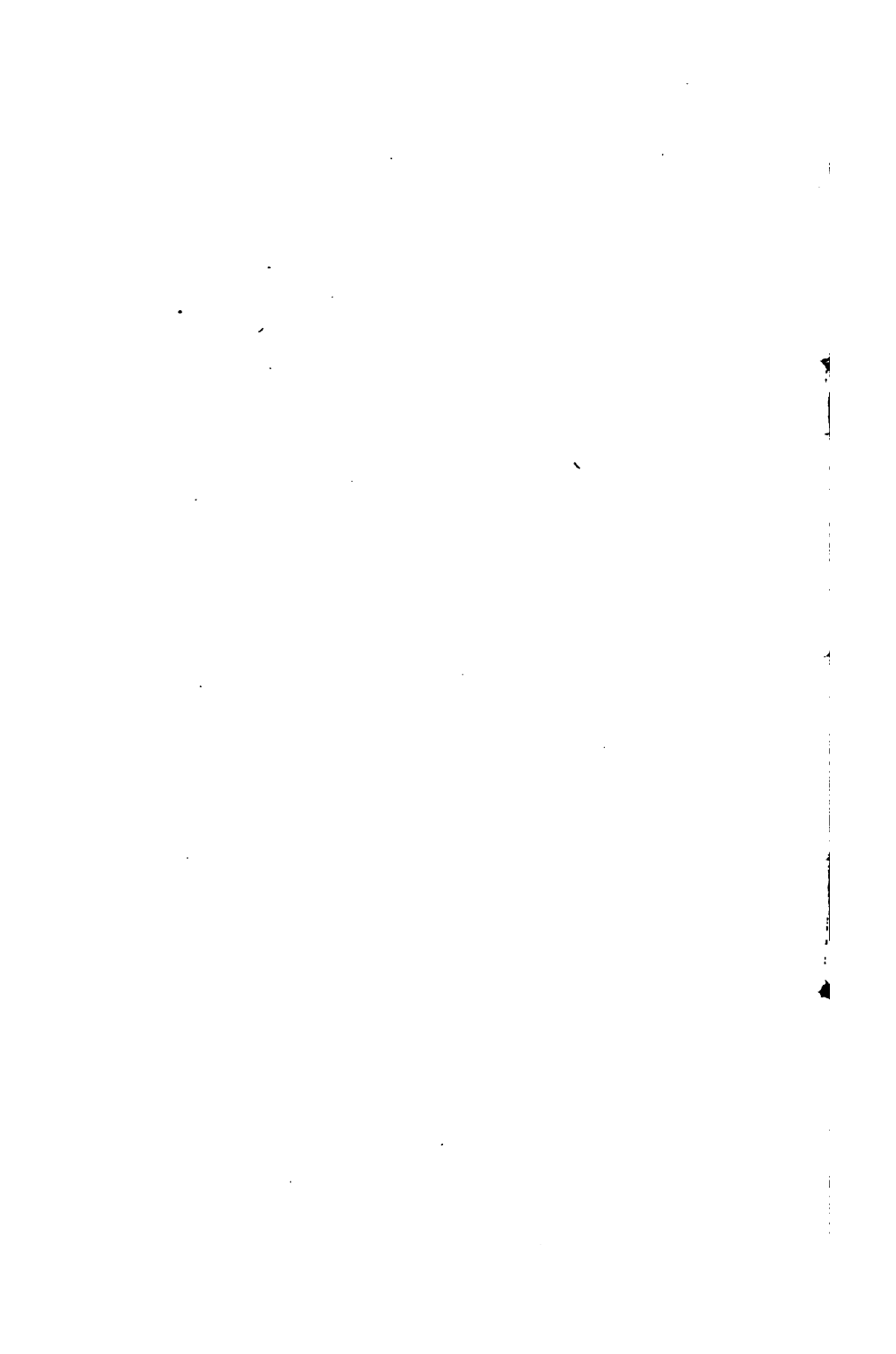
—¿Yo? ¡De dónde!

—¡Ten prudencia!...

—¡Pues discute con razones!

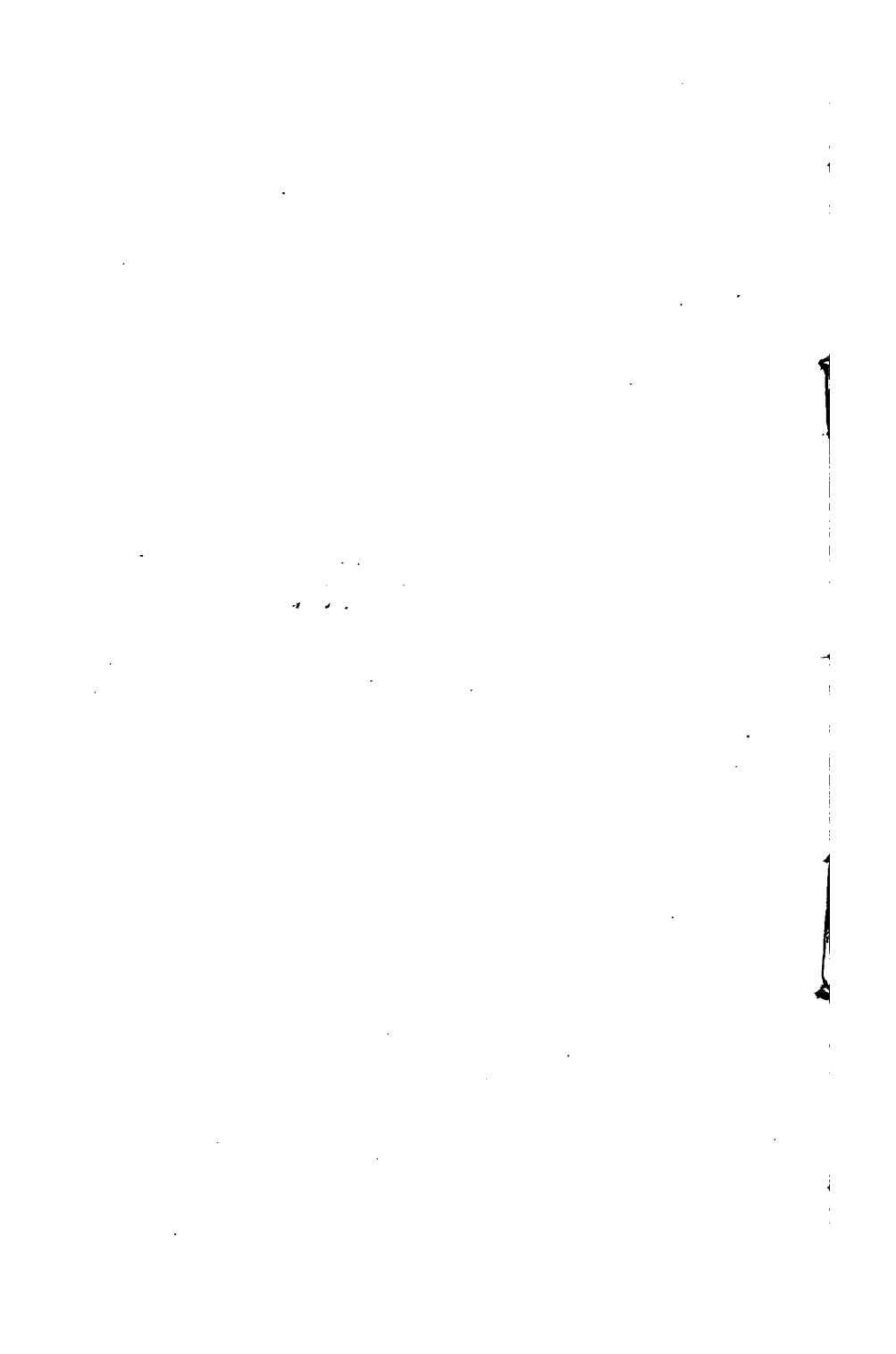
—¡¡Hombre, vaya usted á comerla!!

---





# **LA MADRILEÑA**



# LA MADRILEÑA

(Monólogo representable.)

GABINETE LUJOSAMENTE AMUEBLADO

¡Bueno, sí, señor! Aquí  
me espero. ¡Anda la Josefa,  
cuantísima gente! (1) Ustés  
disimulen la molestia  
que haiga, pero yo he venido  
pa entregar aquí una rueda  
de picadura, y el amo  
me ha dicho: *Pasa y espera,*  
*que ahora voy.* Lo cual que he entrao,  
pero con el ojo alerta  
porque algunos se figuran  
que los galápagos vuelan...

---

(1) For el público.

¡y no, señor! Con permiso;  
digo... si es que no molesta  
el humo. ¿No? ¡Muchas gracias!  
*(Saca de la faldriquera  
un pitillo; enciende, chupa,  
tira el fósforo y se sienta.)*  
Naturalmente que ustés  
habrán dicho: *¿Quién es esta?*  
¿No es verdá que sí? Pues bueno;  
yo soy Clotilde Venegas  
y Mínguez, el renacuajo  
más chulo que se pasea  
desde el Canal al Vivero  
y desde el río á las Ventas;  
pero renacuajo y todo  
tendría, si lo quisiera,  
pa lucirme, un automóvil  
de esos que huelen que apestan,  
porque me sobra de clase  
si me falta de fachenda,  
y cuando juego los ojos  
y le doy gusto á la lengua  
me llevo detrás los duques  
enredaos como cerezas.  
Por mor de los adelantos,

vistiendo soy una mezcla  
de chulapa y señorita,  
de cocotre y carnicera,  
pero si los trajes cambian,  
porque las modas varean,  
mi persona sigue siendo  
chulapa castiza y neta,  
que por algo cuando me hizo  
me puso Dios en las venas  
pólvora en grano y almíbar  
y dinamita y canela.  
No sé, ni me importa un pito,  
si soy guapa ó si soy fea,  
pero sé que si yo salgo  
con mi carita risueña,  
y mi pañuelo de alfombra,  
y mi peinao á la griega,  
y mis botas imperiales  
con los tacones de á terciá,  
recogiéndome las faldas  
y moviendo las caderas  
con más estilo que todas  
las madamas de la tierra,  
me llevo pa casa un carro  
de flores y desvergüenzas.

No faltan primos que al verme  
tan cabal y tan dispneta  
se piensen que estoy de punto  
pa el primerito que llega;  
pero hay quien sabe que tengo,  
cuando hace alguno la prueba,  
la bofetada en el aire  
y el amargor en la lengua.  
Con los moños y añadidos  
que me se han quedao entre éstas  
podría hacer muy á gusto  
un trespuntín á la inglesa,  
porque tié muchas golosas  
el hombre que me camela,  
y pa darme á mí el cartucho  
hay que echar bota y merienda.  
Soy tan castiza queriendo,  
que por celosa y por pelma  
mi novio ca quince días  
me zumba la pandereta,  
y yo voy por los Madriles  
más inflada que una reina,  
luciendo los cardenales  
pa que tóo el mundo los vea.  
Lo flamenco me disloca;

la guitarra me marea,  
y no cambio por tóo el oro  
que se acuña en Inglaterra  
el estilo del *Mochuelo*  
por la voz de la de Lerma.  
Ya sé que dirán algunos  
que me se ha muerto mi abuela,  
ó que ya será algo menos,  
ó que siempre se exagera,  
pero aunque soy tan menuda  
como un grano de pimienta,  
le tomo el pelo á mi sombra,  
con ser mi sombra tan buena,  
y doy lecciones de gracia  
á tóo el que presuma de ella.  
Respetive á sentimientos,  
mi persona la primera,  
y á gusto pa divertirse  
nadie me ha puesto la pierna;  
lo mismo voy donde hay lágrimas  
y fatigas y miseria,  
sin esperar á que llamen  
con pregones á mi puerta,  
que pierdo tóos los tornillos,  
si el cuerpo me pide juerga,

y danzo de coronilla  
donde hay zaragata y fiesta.  
De lo pasao no me acuerdo;  
lo que ha de venir, que venga;  
la cuestión es ir tirando  
tóo lo mejor que se pueda,  
que á mí, con que no me falten  
unas botitas bien hechas,  
pa lucir lo más bonito  
que me ha dao Dios; mi peineta  
con pedrería, mi novio,  
y humor, y una delantera  
del diez, lo demás me sale  
tóo por una friolera.

*(Dan un silbido en la calle.)*

¡Puñales, las ocho y media!  
Ahueco el ala en seguida,  
que se atufa el centinela,  
y tié las pulgas muy malas  
y si tardo me calienta.  
Conque... el gusto ha sido mío;  
en la ronda de Valencia,  
siete duplicao, segundo,  
corredor, centro derecha,  
tienen ustés una amiga



pa lo que se les ofrezca.

De *aquéllo*, na; pero un chato

de vino de Valdepeñas,

y un ratito de cobeo,

y simpatía y nobleza...,

eso, siempre que ustés gusten,

aunque falte pa la cena.

De modo que buenas noches;

que haya saluz y pesetas,

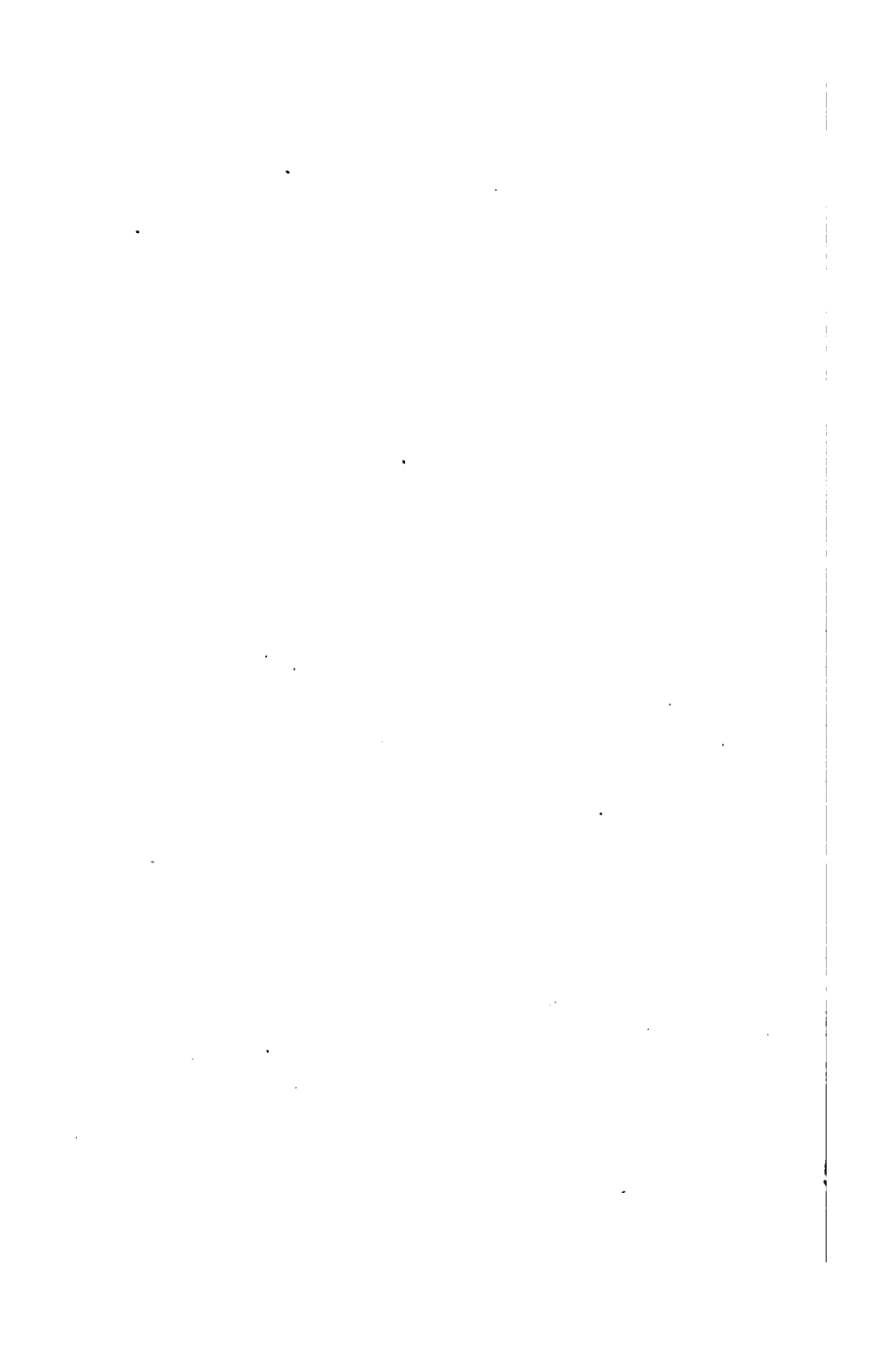
y si quién ustés pitillos,

ya saben ustés las señas.

Se hacen con papel de escudo

á treinta reales la rueda.

---



# LOS MALETAS



# LOS MALETAS

—Lo que ha hecho conmigo *el Mugre*  
no lo hace más que un lechón,  
y á ese en cuanto me lo tope  
le parto el hígado yo.

—¿Pero qué te ha sucedido?

—Que me ha tomao por un clon,  
y conmigo no se rasca  
ni él ni la que le parió.

Bueno que me gaste chufas  
y bromitas de salón  
de esas suyas, aunque á veces  
le quema la sangre á Dios;  
pero eso de que costándole,  
como le costa, que estoy  
á trompás con el cocido

de ca cuatro días dos,  
se goce con mi desgracia  
de rositas... ¡Eso no!  
—Y haces muy bien.

—Yo, por buenas,  
soy más blando que un colchón,  
pero por malas no sabe  
que ya lo tengo hecho tóo  
y que en cuanto dicen ¡ole!  
me busco mi perdición.  
—¿Qué ha sido ello?

—Ya te costa.

—¡Hombre, palabra de honor!  
—Pues figúrate que estábamos  
sentaos de conversación  
la otra noche en Puerto Rico  
*el Mugre* y un servidor,  
y hablábamos mutuamente  
de cómo está la afición  
á los cuernos desde el día  
que *el Guerra* se la cortó,  
cuando vuelvo así los ojos  
hacia la Puerta del Sol  
casualmente, y veo que entra,  
fisgando con precaución

pa tóos laos, un individno  
con traje de *kaki*. ¡Adiós,  
(dije al ver que me miraba)  
*este es algún ispetor*  
*que viene aquí de echadizo*  
*pa darme la digestión!*  
Conque sigue andando el hombre;  
se dirige al mostrador;  
habla con el amo; el amo  
le da nuestra dirección;  
se viene pa nuestra mesa,  
y fijándose en los dos  
—¿*Quién es el Mugre?*—pregunta.  
Y el *Mugre* contesta:—Yo.  
—¿*Quié usted escuchar dos palabras,*  
*con permiso del señor?*—  
le dice al *Mugre*, y el *Mugre*  
le responde:—¿*Por qué no?*  
Yo entonces me hago pa atrás,  
porque el que tié educación  
debe sacarla; prencipian  
á charlar á media voz  
él y el del *kaki*; se meten  
en harina con calor,  
y resulta que me tienen

¡hora y pico de plantón!...

—La ofensa es la que no veo.

—Para el carro, que á eso voy.

Así de que se fué el otro,

llega *el Mugre* al velador

contoneándose y me dice:

—*Pa que veas que no soy  
tan chancla como os pensáis*

*tú y otros de ese tenor,*

*ahora mismo me han salido*

*dos corridas. — ¡Cuántas? — ¡Dos!*

—*¡Pero es verdaz? — Mira el préstamo.*

—*¡Y pa dónde? — Pa Almoróz.*

—*¡Vas de segundo? — ¡De puntas*

*de París! ¡Qué primo!... ¡Voy*

*de faxtomtum! — ¡Y qué es eso?*

—*¡Qué va á ser?... ¡De diretor!!*

—*¡Quién, ese?... ¡Lo habrá soñado!*

—*¡He visto un pápiro yo,*

*de veinte duros!*

—Pero, hombre...

¡qué va á matar ese hambrón,

si no se mata las liendres

porque le falta valor!

—¡Pues ahí tiés!



—¡Ni aunque bajara  
y me lo dijera Dios!

—El hecho es que le pregunto:

—¿Te dan la cuadrilla?—No.

—Pues si no tiés compromiso  
y nesecitas un peón,  
te estimaré que me lleves,  
porque ya ves cómo estoy  
de atrasao.—¿Hacen tres duros?

—Si no das más, buenos son.

—No me gusta tu toreo,  
pero te haré ese favor.

—¡Gracias!—Entonces el lunes  
á las ocho en la estación  
de Atocha. Lleva merienda,  
porque no hay jámen si no.

—¡Qué guarro!

—¡Tratarme á mí  
de esa forma un agnador  
que le ha llevao los estoques  
al Itericial...

—¡Rediós!

¿Y por qué no le chafastes  
las narices de un morrón?

—¡Porque no pué ser! Cuando uno

se ve aplanao como yo,  
tié que meterse las ínsulas  
en salva la parte, Eloy.  
—¡Tú, que eres un infeliz!  
—Repara en mi situación  
y dime si no hay que ser  
más bueno que un santo Job:  
á mi pobre madre acaban  
de hacerle la operación  
de la gñevariotomía.  
—¿Y cómo sigue?

—Peor,  
y pa remate de fiesta  
la está abrasando el alcohol;  
mi padre cumple pa fines  
de Setiembre, salvo error,  
los seis años y vendrá  
con más hambre que un ladrón,  
como de costumbre; luego  
mi hermanilla la menor,  
que entró, pa que la educaran,  
en el Sagrao Corazón  
de asistenta, se ha salido  
ya hace tres semanas hoy,  
y caerá en cama en diciendo

que cambie la luna. Pon,  
además, que desde el Corpus,  
que hice el Tancredo en Alcoy,  
no he vuelto á ver dos pesetas  
ni sé lo que es un Roscoff,  
y di tú si de esta forma  
pués tener orgullo.

—¡No!

—¡Qué duda!... Y como yo creo  
que es tonto darse charol  
cuando no tiés ni pa un triste  
vaso de agua de limón,  
me hice la cuenta siguiente  
de seguida: pues, señor,  
quince *tordas* que percibo  
por lidiar en Almoróx  
dos tardes y seis ó siete  
que saque en la cuestación  
de la plaza, si hay vergüenza,  
son veintiuna ó veintidós;  
rebaja de ahí medio duro  
pa pagar la mantención  
y el hnespedaje, porque ahora  
saben latín los gachós  
de las posás y ni Cristo

se *pira* por un balcón,  
y resulta que me quedan  
próximamente alrededor  
de cuatro duros; me compro  
de seguida un cuarterón  
de tabaco (papel tengo);  
llego á mi casa; le doy  
*coba* con un par de *moscos*  
al que nos fia el arroz  
y los *grabieles*, ecétera;  
desempeño el cobertor  
de esa, que está en siete reales,  
más los réditos, que son  
dieciséis; me guardo el resto  
pa vicios, ¡y dominó!  
—Bien pensao.

—Sí, pero aguarda  
que me falta lo mejor.  
Sastifecho eu lo que cabe  
(dao lo malo que está tóo),  
le pido pretao *al Bringas*  
un traje que tié, marrón  
con plata, de cuando él era  
banderillero; me voy  
á pata dende el camino

de Maudes á la estación  
del Mediodía, sudando  
lo mismo que un aguador,  
y llego y no veo al *Mugre*  
ni al *Paperas* ni al *Magoy*;  
entro en el andén, y nada;  
miro vagón por vagón,  
y tampoco; le pregunto  
azarao al revisor  
y al fosforero, y no sabe  
ninguno darme razón;  
me introduzco en el retrete  
á fin de probarlo tóo,  
y ni señales; en esto  
dan las ocho en el reloj,  
suena el silbato, la máquina  
prencipia á soltar vapor,  
se cierran las portezuelas,  
sale de *naja* el convoy,  
y yo, pensando en *el Mugre*  
y en el zumo que mamó  
de chico, y tragando bilis  
y achicharrao de calor,  
tuve que subirme á pata  
dende la propia estación

del Mediodía al camino  
de Mandes. En fin, Eloy,  
pa acabar en dos palabras:  
que aquel piazo de pendón  
en vez de salir el lunes,  
que era lo tratao, salió  
el domingo, y que en lugar  
de llevarse á un servidor  
por delante pa quedar  
diznamente, se llevó  
al *Pijota*, que no sirve  
ni pa sonarme, hoy por hoy.  
¿Esiste la ofensa?

—Esiste.

—¿Y tú crees que debo yo  
tragarme el paquete?

—¡Nunca!

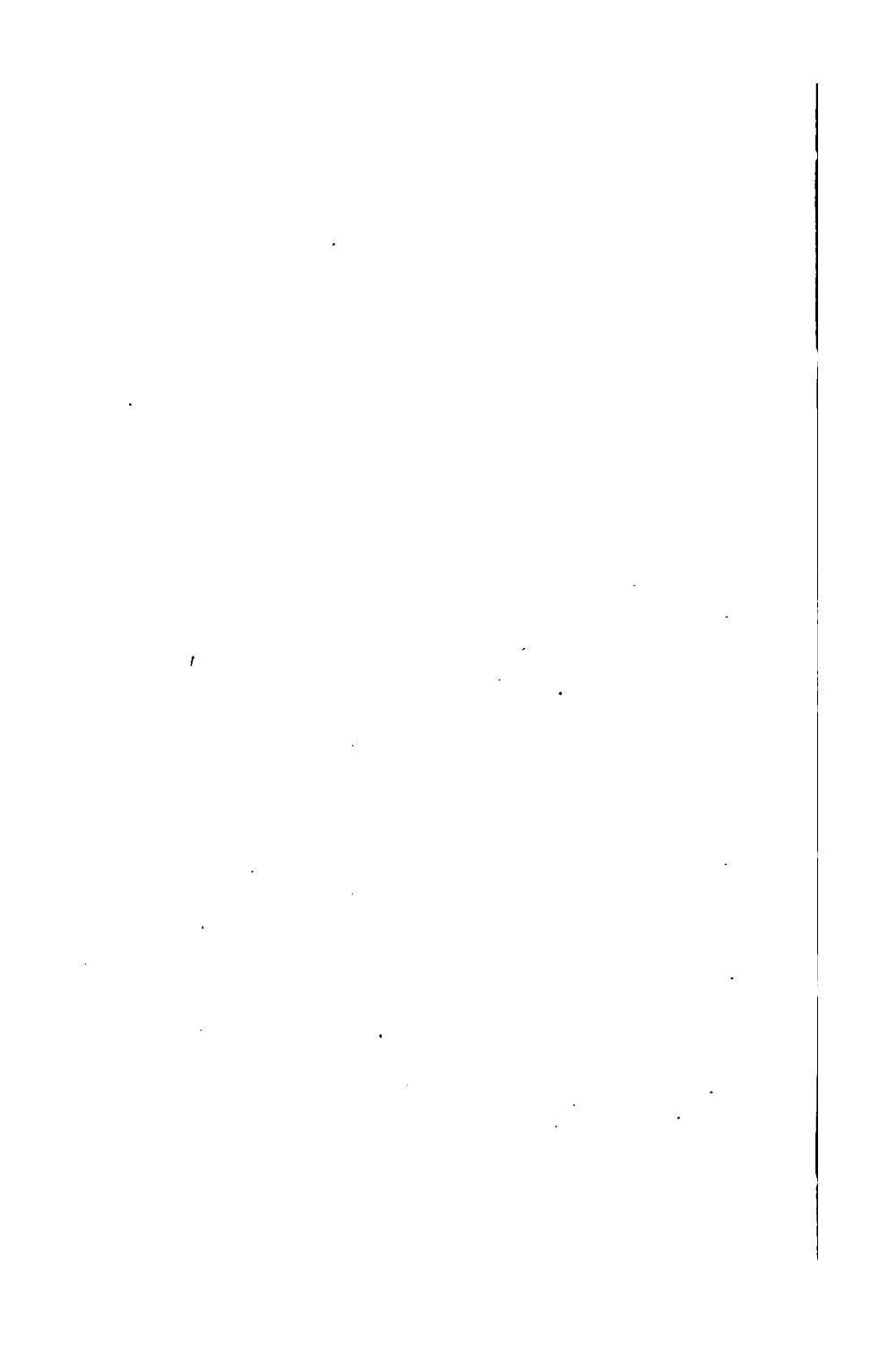
—Pues que se ande ojo avizor,  
porque si tié la desgracia  
de venirse de Almoróx  
sin una corná siquiera  
de ocho dedos de espesor,  
le voy á dar una trilla  
de palos con el bastón  
de fñudos, que va á pasarse

sin verle la cara al Sol,  
direztamente, hasta el día  
que gobierne Salmerón.

—Yo que tú le retiraba  
el saludo, y se acabó.

—¿Qué?... ¡¡Primero me degüellan  
que aguantarme ese borrón!!

---





# **LA CONTRATA**



# LA CONTRATA

—¿Se puede?

—Adelante.

—Pasa.

—Con permiso.

—¿Don Alfredo?

—Servidor.

—¡Niña, saluda!

—¡Buenas noches!

—¡Uy, qué genio

más soso! ¡Paece mentira

que te haiga llevao yo dentro!

—Qué desea usted?

—Pues miste:

tras de antiyer nos dijeron

que están ustés contratando

compañía pa este invierno,  
y como aquí, mi muchacha,  
está dislocá con esto  
del teatro, porque sabe  
que tié condiciones pa ello,  
pues la he cogido esta noche  
y la he dicho:—*Ponte el velo*  
*y vamos á ver si puedes*  
*contratarte.*

—Pues lo siento  
pero ha llegado usted tarde,  
porque el coro está completo.  
—¡Ay, qué gracia! ¡Pero usted  
puede que se haiga supuesto  
que esta acaba de dejar  
ahora mismo el fregadero,  
como otras, pa que la saquen  
á las tablas cuasi en cueros  
por tres pesetas! ¿De dónde?..  
—¡Vámonos, mamá!

—¡No quiero!

Mi hija, pa que usted se entere,  
tié muchísimo más talento  
que algunas triples que ganan  
catorce duros de sueldo.

¡Sí, señor! ¡Y si la chica  
fuese una golfa y quisiéramos  
podía estar en Romea  
de *disvet*, porque tenemos  
quien la meta en cuanto que abra  
la boca! ¡Ni más ni menos!  
¡Pero no me da la gana!  
¿Sabe usted? Porque primero  
la pongo á vender periódicos  
ú á hacer palillos de enebro  
que verla allí, siendo el hazme  
de reir de cuatro frescos,  
capaces de avergonzar  
á un cura de regimiento  
con sus dichos. Porque, miste:  
lo que es pobres lo seremos,  
¡pero honrás!... ahí está vivo  
el señor Paso, que creo  
que es una persona seria  
y formal por tóos concetos,  
y cuando quiera que diga  
si es que le ha visto ná feo  
á mi chica ó si yo soy  
de las que echan ajos.

—Bueno;

al asunto.

—Es que las hay  
que paecen carabineros  
cuando hablan, como la madre  
de la Ruiz, sin ir más lejos.  
Aunque en esa no es extraño  
que hable así pa los que la hemos  
conocido cuando estaba  
pa casarse, ¡que por cierto  
no se casó!

—Bien; de modo  
que usted ¿qué quiere?

—Pues quiero  
que contrate usted á la niña  
de segunda. Lo de menos,  
ahora al principio, es que ustedes  
la señalen uno ú medio  
de jornal, con tal de que haga  
papeles, porque mi objeto  
es que acabe de perder  
la vergüenza.

—¡Muy bien hecho!

—Y respetive al trabajo,  
no tenga usted ningún miedo,  
porque no es que á mí me ciegue

la pasión, pero le azvierto  
que si mi hija se contrata,  
y tié usted capricho en ello,  
igual sale con *Marina*  
que sale con *El conejo*  
*automático*, porque esta  
conoce ya tóos los géneros.  
—¿Pero ha trabajado?

—¡Toma!

Como que está desde Enero  
metida en *La bambalina*,  
una sociedad que han hecho  
pa funcionar los domingos  
varios chicos del comercio,  
y aunque no lo representa  
ya ha estrenao en ná de tiempo  
dos ú tres cosas; lo cual  
que si no es por su salero  
pueda ser que las hubiesen  
meneao.

—¡Caramba!

—Y luego,

que esta se lo hace á usted tóo:  
lo mismo canta *El cangrejo*,  
que se baila un *cake vale*

ú que hace papeles serios.

—¡Caray, pues es un estuche!

—Eso tocante á su mérito,  
porque respetive á formas  
pregunte usted á los Quinteros,  
que la han visto en el salón  
de Zorrilla hacer de Venus;  
lo cual que pensando que eran  
las caderas de relleno  
la palparon por encima  
y se quedaron suspensos;  
porque á esta la ve usted así  
que parece que está en los huesos,  
pero tié en salva la parte  
cá molla que mete miedo.  
¡Toque usted!

—No; ya se advierte.

—¡Vamos, haga usted el osequio!  
¡Ven niña!

—¡Sí que está dura!

—¿Verdá que engaña su aspeyto?

—Sí, señora.

—Pues lo mismo

la sucede con el genio;

la tié usted aquí tan cobarde



que no mira mas que al suelo,  
¡y hay que ver cómo se mueve  
en las tablas!... Por supuesto,  
que ha sido cuasi un milagro  
de Dios, porque lo que menos  
nos figurábamos nadie  
es que esta tuviese aliento  
pa lo que es; pero una noche  
que fuimos á los Viveros,  
el año pasao, con Suárez,  
un condutor de Correos  
que teníamos de huésped,  
más que por ná por aquello  
de que está tóo por las nubes  
y no queda más remedio  
que ayudarse, y además  
porque nos daba respeto  
de vivir solas, y un hombre  
paece así que llena un hueco  
en una casa.

—Pues claro.

—¡Mamá, que este caballero  
tendrá que hacer!

—Es lo mismo.

—¡De seguida acabo! Bueno;

pues el asunto es que Suárez  
se arrancó por unos *tientos*,  
porque aunque es de Palanquinos  
le gusta mucho el flamenco,  
y mi chica, que á la cuenta  
hizo una miaja de exceso  
en la bebida y estaba,  
como aquel que dice, pa ello,  
se entnsiasmó con el cante,  
y de repente notemos  
que se la salía un chorro  
de voz que ni la Barrientos.  
Con que entonces, un señor  
que nos tié la mar de aprecio  
y que va á casa por gusto  
muchos días, al saberlo,  
después de probarla el timbre  
con un acordeón, me acuerdo  
que me dijo:—*¡Señá Odulia:*  
*tié usted en su casa un jilguero,*  
*y es un crimen que la chica*  
 *siga forrando chalecos*  
 *pudiendo hacerse una Lerma*  
 *y echarse á robar dinero!*  
En total: que de seguida

la quitó del aperreo  
del trabajo; la hizo ropa;  
la puso con un maestro;  
nos tomó un cuarto decente,  
y á la niña me la ha puesto  
en condiciones pa hacer  
la carrera en ná de tiempo.

—¡Muy bien!

—Pues usted dirá.

—El caso es que ya tenemos  
mucho gente y no es posible  
recargar el presupuesto.

—No; ¡si esta viene de gratis!  
Usted la prueba, y si vemos  
que la chica no da gusto  
ná se ha perdido por eso.

—¡Conformes!

—Pero ahora sí,  
que si usted se toma empeño  
de verdá por la muchacha  
y la echa una mano, dentro  
de un mes gana cinco duros,  
y me corto yo el pescuezo  
como no se ponga encima  
de todas.

—Ya lo veremos.

—¡Pa chasco!

—Diga las señas.

—Ponga usted: Pura Caldeiro  
y Paniagua. Domicilio:  
travesía del Almendro,  
decisiete y decinueve,  
piso bajo. (Hay entresuelo.)

—Se avisará.

—Que no vayan  
de noche, porque queremos  
volver á ver *La cachunda*  
por si se hace aquí.

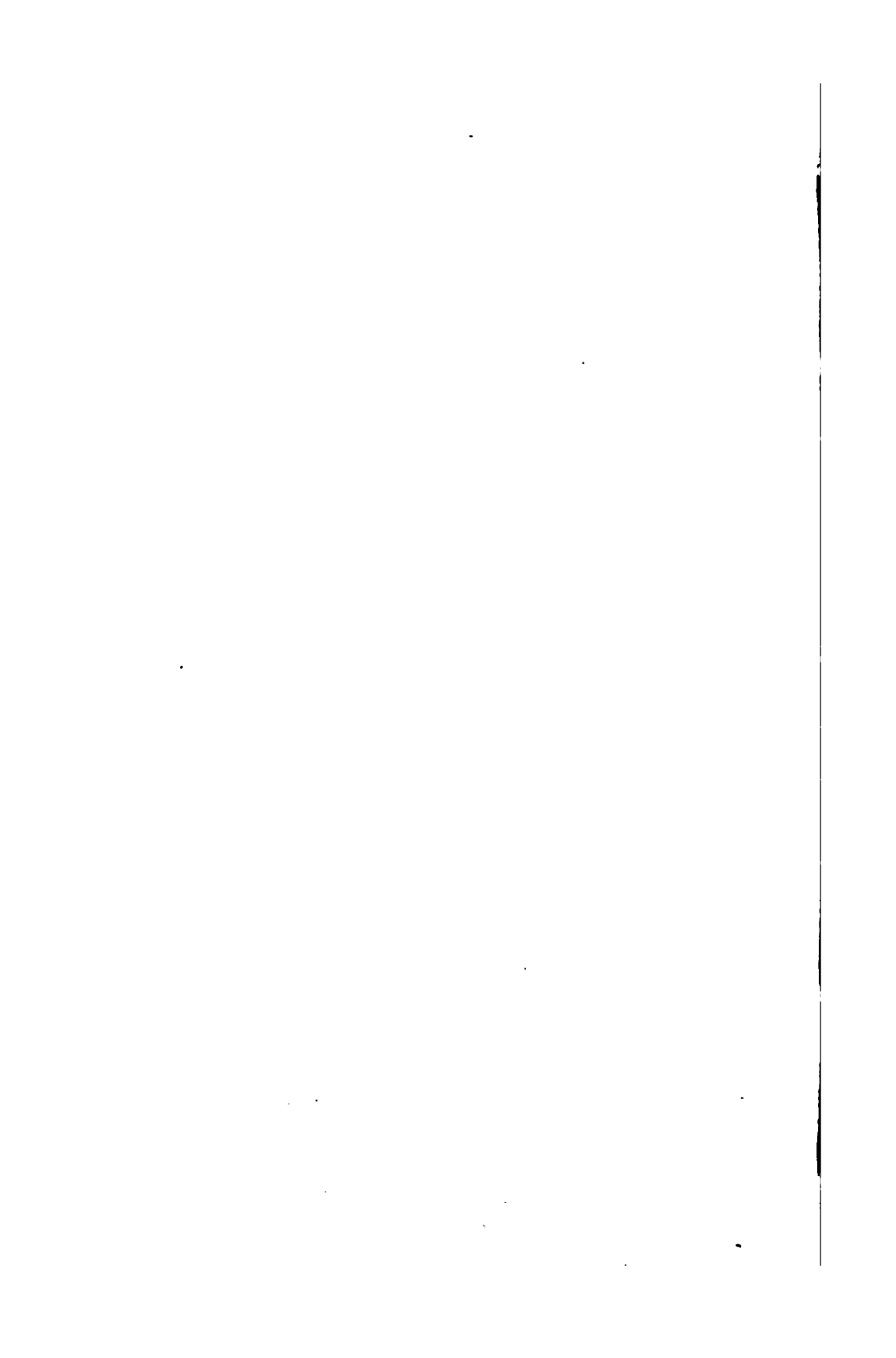
—No creo...

pero en fin...

—¡Ya verá usted  
cómo acabamos en eso!

---

# **POLÍTICA INTERIOR**



## POLÍTICA INTERIOR

Á mí dime lo que quieras  
porque te conozco ya  
y sé ande llegan tus cosas  
y estoy hecho á tus burrás;  
pero si estimas en algo  
nuestra cochina amistad,  
no me toques á La Cierva,  
ni como particular  
ni como ministro, ¿sabes?  
porque salimos muy mal.  
Y coste que te lo azvierto  
con toda formalidaz,  
pa que no te hagas de nuevas  
si te ves por un casual  
con morragia.

—Pero escucha:

¿es que me voy á privar  
de decir lo que me salga  
del criterio?

—¡Natural  
que te privas!

—¿De manera  
que no puedo creticar  
los aztos de un hombre público  
que es inepto?

—¡Tú verás!

—¡Ah! ¿De forma que me empides  
decir que es un animal,  
supongamos?

—¡Ya lo creo!

—Bueno; pero eso será  
suplicao...

—¡Eso es que á mí  
me se ha puesto en el frontal  
el que te ocultes la lengua  
salva la parte y ná más!  
De modo que menos gaitas.

—¡Está bien!

—¡Claro que está!  
¡Y como hagas la *reprise*



de esa grosería que has  
pronunciao, vuelves á casa  
con la nariz como un flán!

.....

Si tú tuvieras prencipios  
y coltura pa entablar  
una discursión dejando  
quietas las patas de atrás,  
santo y bueno; pero tú  
¿qué vas á raciocinar,  
si tiés moyuelo ande el vulgo  
tié la masa celebral?

—¿Pues sabes lo que te digo?  
Que como yo puedo hablar  
de tóo lo que me se antoje  
con entera libertaz,  
porque pa eso pago cédula  
y soy un sér racional,  
y como no me se importa  
salir contigo á trompás,  
porque si tú tiés lo tuyo  
lo mío á la vista está,  
diré tóo lo que me salga  
respetive de don Juan  
La Cierva, y si no te gusta

nos calentamos, y en paz.

—¡Pero so tocino! ¿Tú  
qué le vas á creticar  
á La Cierva?

—¡Muchas cosas!

—¿Tú?

—¡Sí, señor! ¿Es legal  
que porque quiera un menistro  
me prive yo de tomar  
dos copas á la una y media,  
si es que me cumple? ¿No dan  
ganas de aflojarse el cinto  
y hacer una muy soná  
al ver que después de hincarla  
al pie de las barricás  
nuestros padres, pa dejarnos  
tanto así de libertaz,  
tenga yo que dirme al catre  
porque lo diga un morral  
(y dispensa) poco menos  
que anohecido? ¿Es que va  
también La Cierva á decirme  
á qué hora puedo entimar  
con mi señora? ¡Porque es  
lo único que falta ya!

¿Te creés que estamos en Rusia  
y que es La Cierva un *Cazar*,  
pa que nos trate lo mismo  
que estitutrices? ¿O vas  
á pensarte que este cura,  
y te hablo en particular,  
va á permitir el que le holle  
como á Sánchez Toca?... ¡¡Quíá!!  
¡Compadre, no le ha brotao  
poco fuerte la moral  
al amigo! Pues cuando él  
prencipiaba á pollear  
á su gusto, y se veía  
con guita y en libertaz,  
tú mismo me has dicho á mí  
que era un punto regular.  
—¿Y qué importa, si aztualmente,  
que ha estudiao la sociedad  
y tié seso, retifica?  
—Cuando va pa viejo ya  
y se dobla.

—¡Cuando ha visto  
que es la ocasión! Además;  
que él haiga sido de joven  
esto ú lo de más allá,

y le haigan privao las hembras,  
y le haiga gustao tallar  
entre amigos uno ú medio  
al monte ú al *bacarráz*;  
que haiga disfrutao bebiéndose  
dos botellas de *champán*  
con esta ú la otra, según  
lo exige la poca edaz  
y el seso, ¿habrá ni uno sólo  
que se atreva á levantar  
el dedo pa creticárselo?  
—¡Yo!

—¿Tú? ¡Si tú eres igual!  
¿No gozas tú con el vino  
y no te gusta pescar  
cá *trúpita* que te quedas  
moribundo?

—Sí es verdá  
que me gusta.

—¿No te olvidas  
por si acaso, de que estás  
recién casao cuando topas  
con una *gachí* juncal,  
de esas de ojos pendencieros  
que desnudan al mirar?

—¡Claro que sí!

—¿No disfrutas  
cuando le fallas el as  
de oros á uno, mas que tengas  
con él mucha entimidaz,  
y no te juegas el bazo  
y empeñas el paladar  
en cuanto ves una sota  
boca arriba?

—¡Natural!

—Y sabiendo los trastornos  
que ocasiona en el hogar  
el que un padre de familia  
tire al arroyo el jornal,  
¿no permites que te chupen  
cuatro golfas lo que estás  
obligao á reservarte  
pa tu señora legal?

—Sí; pero es que ciertas cosas  
no se pueden evitar.

—Está bien, y ya conoces  
que no me guía el afán  
de elevarme, porque á mí  
me han chupao como al que más;  
¿pero es que porque tú tengas

hoy esa debilidaz,  
hija de los pocos años  
y del mal ejemplo, vas  
á consentir, cuando llegues  
á poder reflexionar,  
el que tus hijos te copien  
las macas?

—No.

—No, ¿verdá?

Pues á eso tiende el menistro  
que nos ocupa: á cortar  
de cuajo las corrutzelas,  
y á meterles la moral  
en el cuerpo á nuestros hijos,  
y á que entre la sociedad  
por ande han entrao ya todas  
las que están cevilizás.  
Y respeto á lo que dices  
de que no puedes soplar  
ni una gota en cuanto suena  
la una de la madrugada,  
¿tíes mas que dir al colegio  
de Pepa *la del Melar*  
ú al taller de *la Gordales*  
ú á casa de la Coral?

—Es que esas no son tabernas.

—¿Pero á ti que más te da,  
si allí te despachan vino  
con agrado y además  
tien servicio permanente,  
como en el *The Funeral*?  
¿Tú te crées que á él se le escapa?...  
¡Lo mismo que pa jugar!  
¿Te han clausurao las tertulias  
y te privan del solaz?  
¡Pues, rediéz, veste al Casino,  
que bien en el centro está!  
—No son de mi clase.

—¡Toma!

¿Y de eso le vas á echar  
la culpa á La Cierva?... ¡Tóo  
no lo pué preveer!

—Total:

¡que estamos en Janja!

—Y eso

que acaba de prencipiar,  
que cuando al hombre le den  
tiempo y mimbres, ¡tú verás!  
Como que pa mí es el tío  
más grande que come pan.

—¡Y pa mí!

—Tóo se le junta:  
tié simpatía.

—¡La mar!

—Y se hace querer.

—¡Muchísimo!

—Y es noblote.

—¡Y servicial!

—Como que aunque no te guste,  
aquí tiés que confesar  
que es un talento.

—¡De Mula!

—¡Y de Madriz!

—¡Quita gas!

—¡Ah!, ¿no te gusta?

—¡Ni un pelo!

—¡Pues pa rato tiés percal!

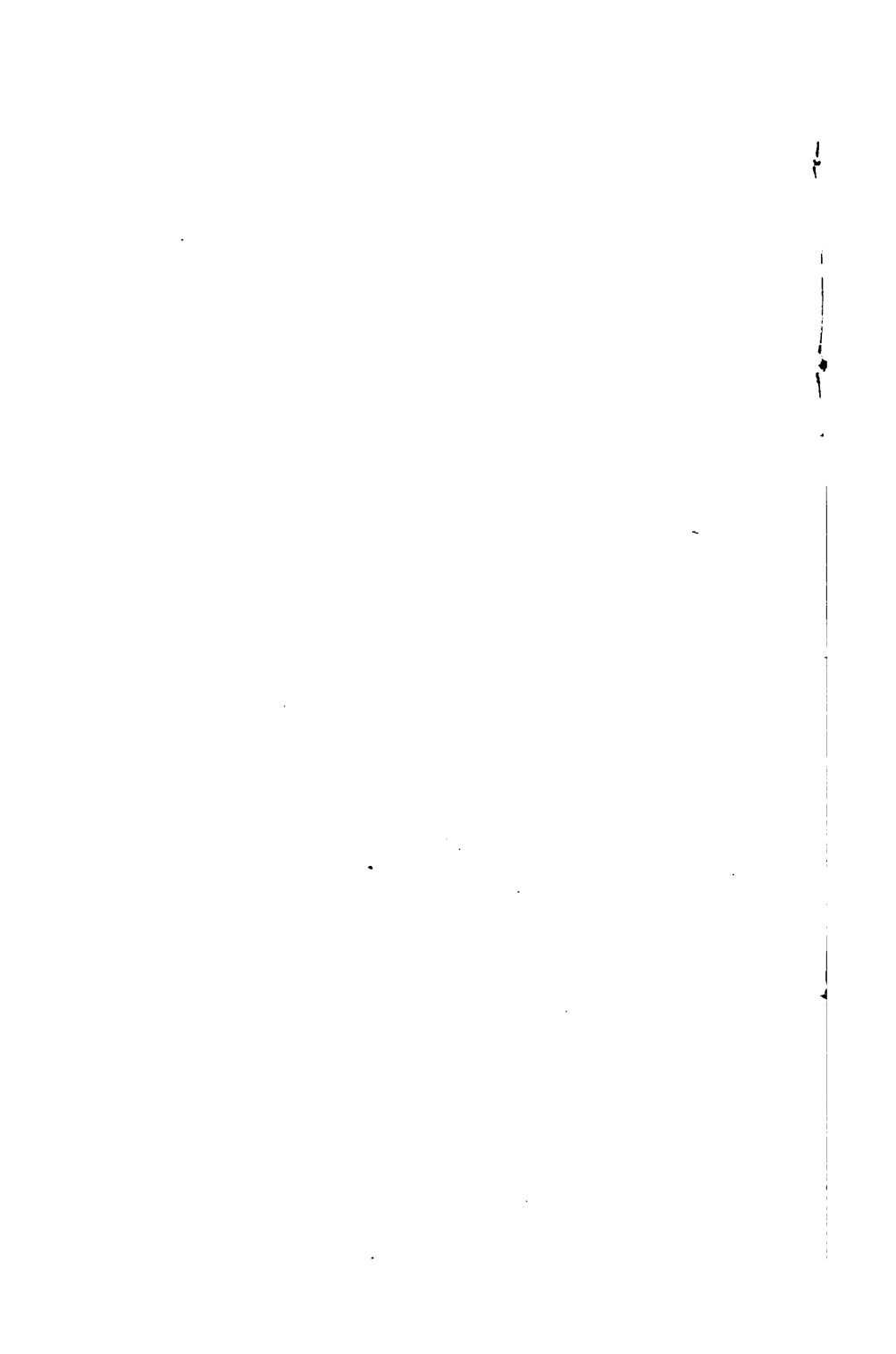
—¡Primero me meto á *unuco*  
que dejarme gobernar  
por un pizmeo como ese!

—¡Rediós!; ¿pero qué quedrán?...

---



# **EL TERRIBLE PÉREZ**



## EL TERRIBLE PÉREZ

—¿Se pué pasar?

—¡Tóo derecho!

—Con permiso.

—¡Concho, Féliz!

—Pa servirte.

—¿De ande sales?

—Chiquillo, pues de ande siempre;  
de por ahí.

—¡Dichosos ojos!

¡Chavó, qué caro te vendes!

—Mi tráfico.

—¡Vamos, hombre,  
coge una banqueta y siéntate!

—Como quieras.

—¿Y á qué debo  
la satisfacción de verte?

—Pues hombre, á ná; que he venido  
con unas muestras de aceite  
refinao, ahí á la tienda  
de ultramarinos de enfrente,  
y al salir me acordé y dije:  
*Voy á entrar á darle á Teles  
una sorpresa.*

—Bien, hombre;  
sabes que te se agradece.

—Me costa. Y ya que he venido  
quiero también que te enteres  
de una cuestión que te afezta  
como á mí direztamente.

—¿De qué es la cuestión?

—De faldas.

—Pues pa que no se cabrée  
más entoavía la Antonia,  
que va á subir de la fuente,  
coge el *frégoli* y arrea  
pa el café de los Mostenses,  
que te convido.

—¡Pero oye!

—Tira pa alante y no ojetes,

que esa es más viva que el hambre  
y aquí no quiero belenes.

.....

.....

—¡Mozo!

—¡Váa!..

—¿Tíes un pitillo?

—Hecho no; tendrás que hacerle.

—Es igual.

—¿Qué va á ser?

—Tráeme

una copa de *chartreuse*.

—¿Y usted?

—Café.

—¿Taza ó vaso?

—Taza.

—¿Solo?

—No; con leche.

.....

—Tú dirás.

—Pues el asunto

que me trae es el siguiente:  
en Madriz, según mis cálculos,  
semos hasta doce ú trece,  
mal contaos, los que sabemos

atontar á las mujeres,  
los unos por la pletóra  
de físico que poséen,  
como eres tú...

—Te se dan  
las gracias.

—No se merecen,  
y el resto (en el que me encluyo  
con permiso)...

—Tú lo tienes.  
—Por la soltura de lengua  
y por otros alicientes  
que de tan sabidos no hace  
falta que te los numere.  
¿Estamos ó no conformes?

—¡Hasta la cepa!

—Corriente.  
Pues cavilando yo en esto  
y en que el llamao seso fuerte  
va volviendo las espaldas  
á su historia...

—¡Me parece!  
—Y envirtiendo sus costumbres,  
sus gustos y sus quehaceres  
de una forma que, hoy en día,

ya has visto que si no fuese  
por los pelos de la cara  
ni tú sabrías lo que eres,  
he pensao fundar, contando  
contigo, naturalmente,  
una sociedad que tienda  
al monopolio perezne  
de la mujer.

—No te entiendo  
del tóo.

—¿Tú has visto *La alegre  
trompetería* en Eslava?

—Lo menos cinco ú seis veces.

—¿Y tú te has empapao bien  
del argumento?

—¡Miá tú este!...  
La primer vez ya sale uno  
empapao.

—Perfeztamente.  
¡Pues ahí tiés mi móvil!

—Vamos,  
tú quiés hacer una especie  
de sociedad sicaliztica.  
—Y hasta patriótica, *Teles*,  
porque además de servirnos

de solaz prencipalmente,  
como es lógico, de paso  
yo tiro á que se perpétue  
la raza, porque te azvierto  
que siguiendo las corrientes  
por ande van no nos queda  
ni la cicatriz.

—Contestes.

—Y tan es así la cosa  
que en seguida que se aprueben  
los estatutos y estemos  
costituidos legalmente  
pienso dirigirme á Maura  
de *motur propio*, esigiéndole  
que nos señale el gobierno  
la survención hache tí equis.  
¿Te peta el negocio?

—¡Mucho!

—Me alegro de que te pete.

—¿Y cómo llevas la cosa?

—Pues prencipié á hablar el jueves  
del asunto, y en dos días  
que llevo dándole al dengue  
se han azderido á la idea:  
Exuperio el de la *Celes*,



*el Butifarrón, Miajitas,  
Chichacorta y el Casoesque.*

—Que son cinco.

—Cinco, y seis  
contigo y conmigo siete.  
Sin contar conque *el Gandumbas,*  
*Mochales y el Peleméle*  
se iscriben de coronilla  
de seguida que se enteren.

—De acuerdo.

—Vamos entonces  
á estudiar muy seriamente  
las contras que tié el proyezto,  
porque las tié, y no conviene  
el obrar á la ligera  
en un negocio como éste.  
Primero: nos hace falta  
un local independiente  
que nos sirva pa fallar  
los asuntos que se tercien,  
porque sin este elemento  
claro es que desaparece  
el prencipal ozjetivo  
de la idea que nos mueve.  
—Lo encuentro muy bien.

—Segundo:

hay que azquirir los enseres  
y utensilios necesarios  
pa que esté aquello decente,  
como son: algunas sillas,  
una mesa con tapete,  
tres ú cuatro batidores,  
un par de *longues* con muelles,  
de yute, un palanganero,  
cétera.

—¡Qué duda tiene!

—Tercero: es endispensable  
buscar, cueste lo que cueste,  
una individua de peso  
y que sepa más que *Lepe*  
pa que se encargue del polvo  
del mobiliario y se entere  
del estao y circunstancias  
de las señoras que apenquen,  
así como del carázter  
y fuerza de sus parientes  
más próximos pa evitarnos  
el que nos casquen la liendre.

—¡Qué han de cascar!

—Tóo es posible.

—¡Eso será el que se deje!

—Ya lo sé.

—¿No tiés tú manos?

—¡Tóo hay que precaverlo, *Teles!*

Cuarto y último: la cuota  
que ha de abonar tóos los meses  
el asocio será un dnro  
por cabeza.

—Me parecen  
muchos duros.

—Doce al año  
se pagan sin que te enteres.

—Pero como es cuasi fijo,  
por lo dicho anteriormente,  
que no se cubran los gastos  
ningún mes, cuando haiga défici  
haremos una derrama  
al prorrata.

—Me parece  
muy equitativo.

—Entonces  
sólo me falta que hacerte  
dos ligeras salvedades  
á cuala de ella más breve.  
—Venga de ahí.

—La una es que quiero,  
si no existe inconveniente,  
que la sociedad se llame  
«El Cluz del Terrible Pérez».  
—Por mí bien está.

—Y es la otra  
que me he nombrao presidente  
nato pa mientras sursista  
dicho cluz, porque comprende  
que algo se le tié que dar  
al autor.

—Disiento, Feliz.

—Razones.

—Existen varias:  
la primera es que eso debe  
conferírsele al que junte  
más votos, porque tóos tienen  
igual derecho.

—¡El primer  
derecho que allí se ostente  
será el mío!

—No lo dudo,  
aunque eso tendrá que verse.  
Pero además, ¿cómo concho  
vas á ser tú presidente

de un cluz, ande el que presida  
tié que ser como una especie  
de cimbel, pa que se atonten  
al mirarle las mujeres,  
si eres más negro que el guano,  
y llevas costra en los dientes,  
y gastas unas narices  
que paece un *fosterriere*?  
—¡No me lo ha dicho eso nadie!  
—¡Pues yo te lo digo, Félix,  
aunque sepa que me cuesta  
tu amistaz, si á mano viene!  
¿Tú crées que con engrasarte  
la crín y con pisar fuerte  
y con ir de arriba abajo  
desde el Suizo á la Cibeles  
te basta pa que las hembras  
la diñen? Las hembras quieren  
que el hombre se traiga hechuras  
de tal y que las camele  
con labia ó con simpatía,  
y como tú estás asperges  
de tóos estos requisitos  
y además eres un *menflis*  
que preparas el terreno

pa que el nuncio se aproveche,  
dispensa que te haga un feo,  
pero conmigo no cuentas  
porque yo ya sé andar solo  
y no nesecito intrépete.

—¿De modo que no cooperas?

—¿Quién, yo? No tan solamente  
no coopero, sino que ahora  
vas á pagar mi *chartreuse*,  
pa que otra vez no me vengas  
con gaitas.

—¡Pué que te pesel!

—¡Sí que es fácil!

—Por de pronto

yo fundo «El Terrible Pérez»,  
lo mismo me da contigo  
que sin ti.

—Que te aproveche.

—Y como conozco el mundo  
tanto como á las mujeres  
y sé que has de ver muy pronto  
los resultaos de relieve,  
me matan ó retificas  
el conceto en que me tienes.

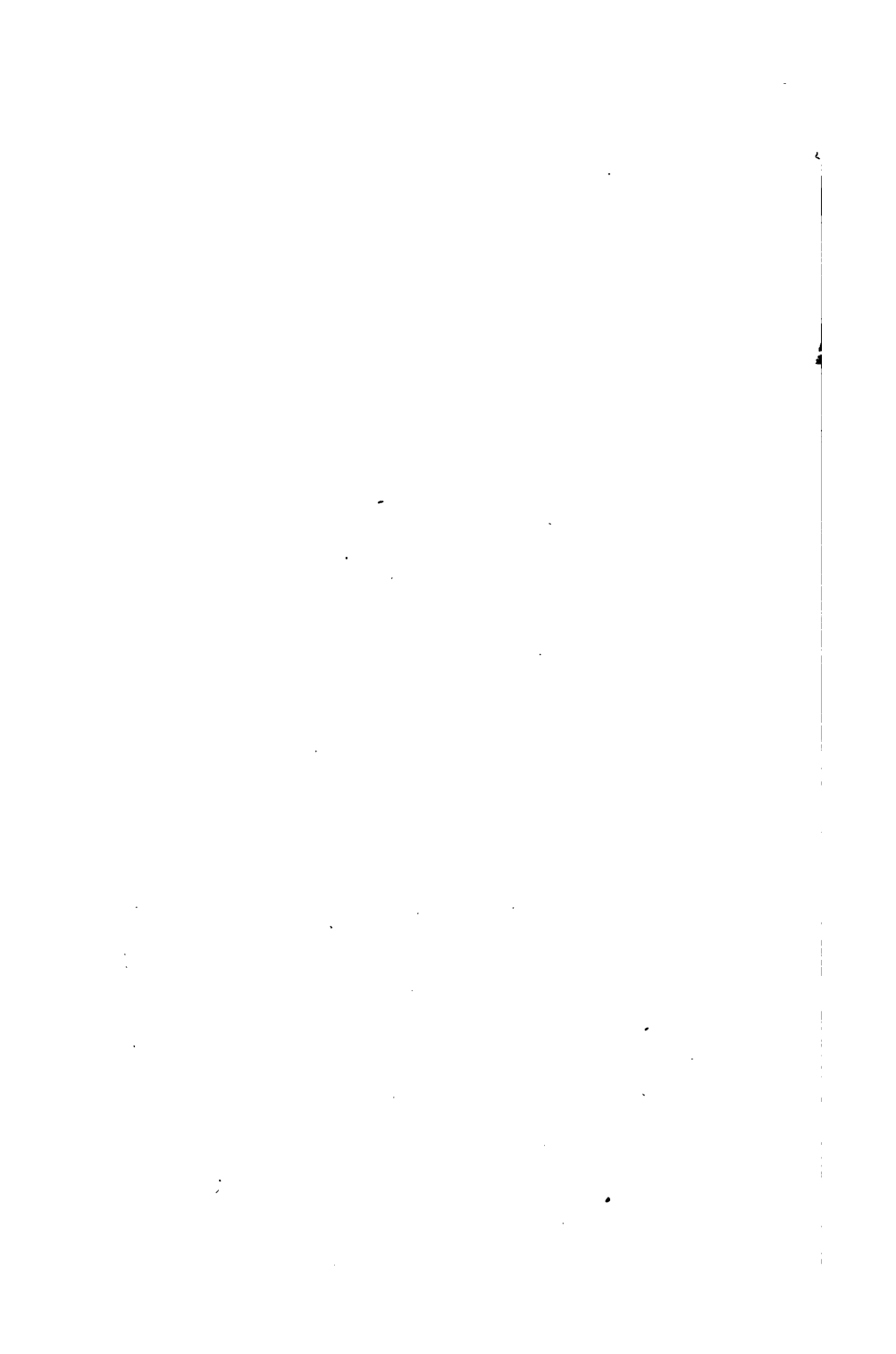
—¡Ca!

—Si no al tiempo.

—Aunque vuelvas

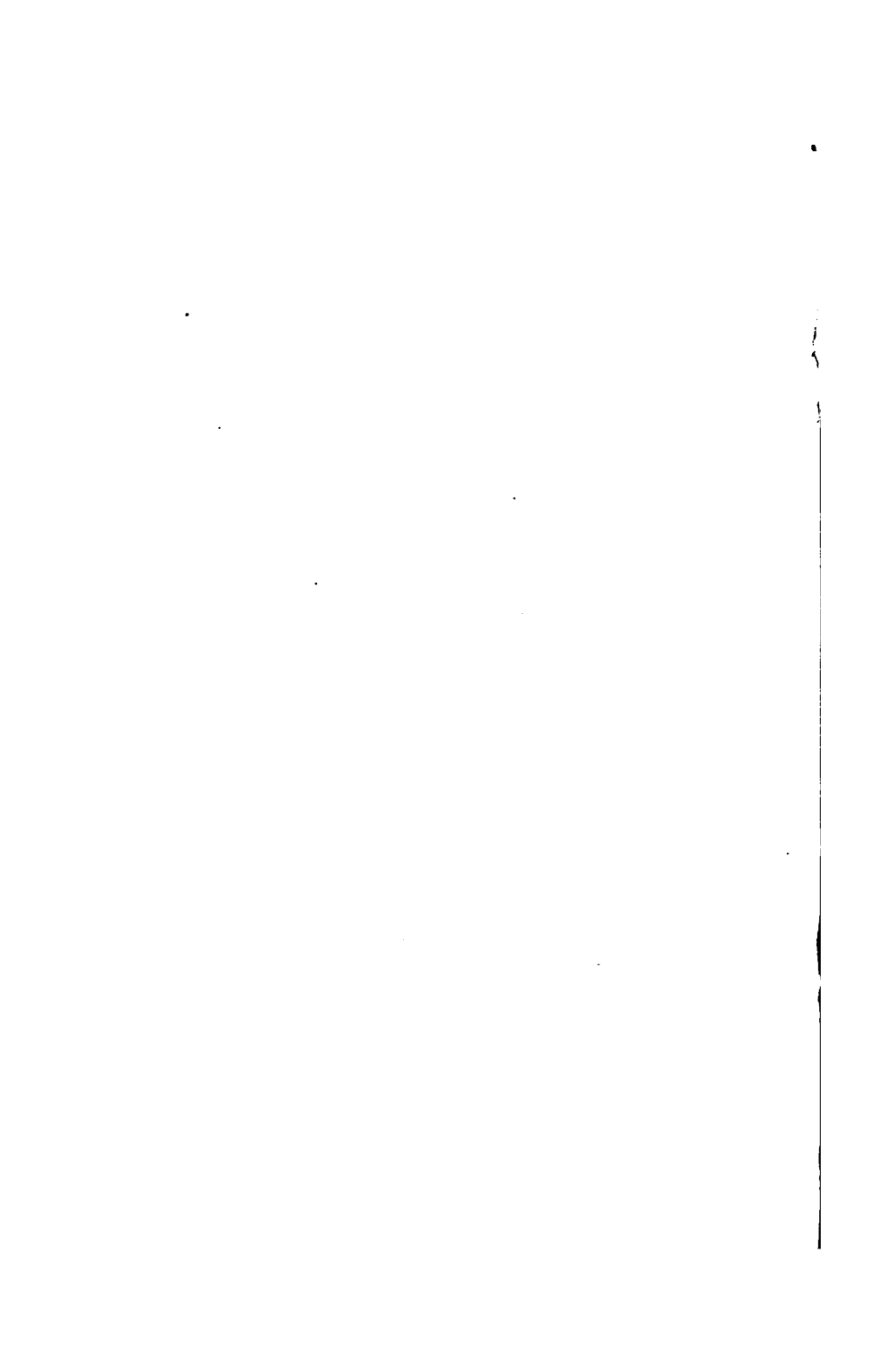
á nacer catorce veces,  
tú seguirás siendo tonto  
hasta después que te entierren.

---





# **EL DOS DE MAYO**



## EL DOS DE MAYO

Aunque excite la neurosis  
de esta juventud dorada  
que usa bucles y toquilla  
y lleva el sexo á la zaga,  
yo, que estoy por mi fortuna  
chapado á la antigua usanza  
y soy madrileño puro -  
y español hasta las cachas,  
al celebrar este día  
de grandeza soberana  
quiero levantar mi vaso  
lleno del burdo *garnacha*  
de mi tierra, como cumple  
á gentes de tal prosapia,  
en honor de los humildes

que dieron su sangre brava  
para defender el suelo  
sacrosanto de la patria.  
¡Brindo, pues, por los granujas  
que á través de las piltrafas  
gloriosas de sus pingajos,  
pusieron á las miradas  
de Europa los vigorosos  
atributos de la raza!  
¡Gloria á la maja bravía  
que á mordiscos y á pedradas  
supo abatir el orgullo  
de los dragones de Francia!  
¡Gloria al pujante chispero  
que apagó con su navaja  
los trágicos estampidos  
del obús y la bombardas,  
y al manolo corajudo  
que en lucha sublime y bárbara  
opuso al fusil guerrero  
el mástil de su guitarra!  
Reposen en paz los hijos  
insignes de aquella España,  
asombro del mundo entero  
y orgullo de nuestra casta,

cubiertos por los jirones  
del pabellón de la patria  
que sublimaron las huellas  
de la sangre y la metralla,  
y no teman que interrumpan  
su sueño de eterna calma,  
los gritos del patriotismo  
ni el fragor de la batalla.

.....  
Como al correr de los años  
sufren las cosas mudanza  
y evolucionan los hombres  
y las ideas se cambian,  
trocarónse al propio tiempo  
con el traje las agallas  
y el majo se tornó chulo  
y se hizo *golfa* la maja.  
Y á tal altura llegaron  
en este siglo de gracia  
los arrestos varoniles  
y el decoro de la raza,  
que sobre las propias tumbas  
donde los restos descansan  
de Daoiz y de Velarde,  
de Ruiz y de Malasaña,

rindiendo culto al buen tono,  
y sin permiso del guarda,  
hoy los manes de Loyola  
y Epicuro se solazan.

.....

Bien sé yo que cuando lean  
estas reflexiones rancias  
muchos barbilindos cultos  
de gabán con sobrefalda,  
entre ironías sutiles  
y punzantes epigramas  
en la intimidad del sexo  
me pondrán hecho una lástima;  
pero como el tiempo es oro  
y ocupaciones más altas  
mis preferencias exigen  
y mi actividad reclaman,  
confiero al *Pucheta* clásico  
las facultades más amplias  
para que les dé, en mi nombre,  
contestación adecuada.

---

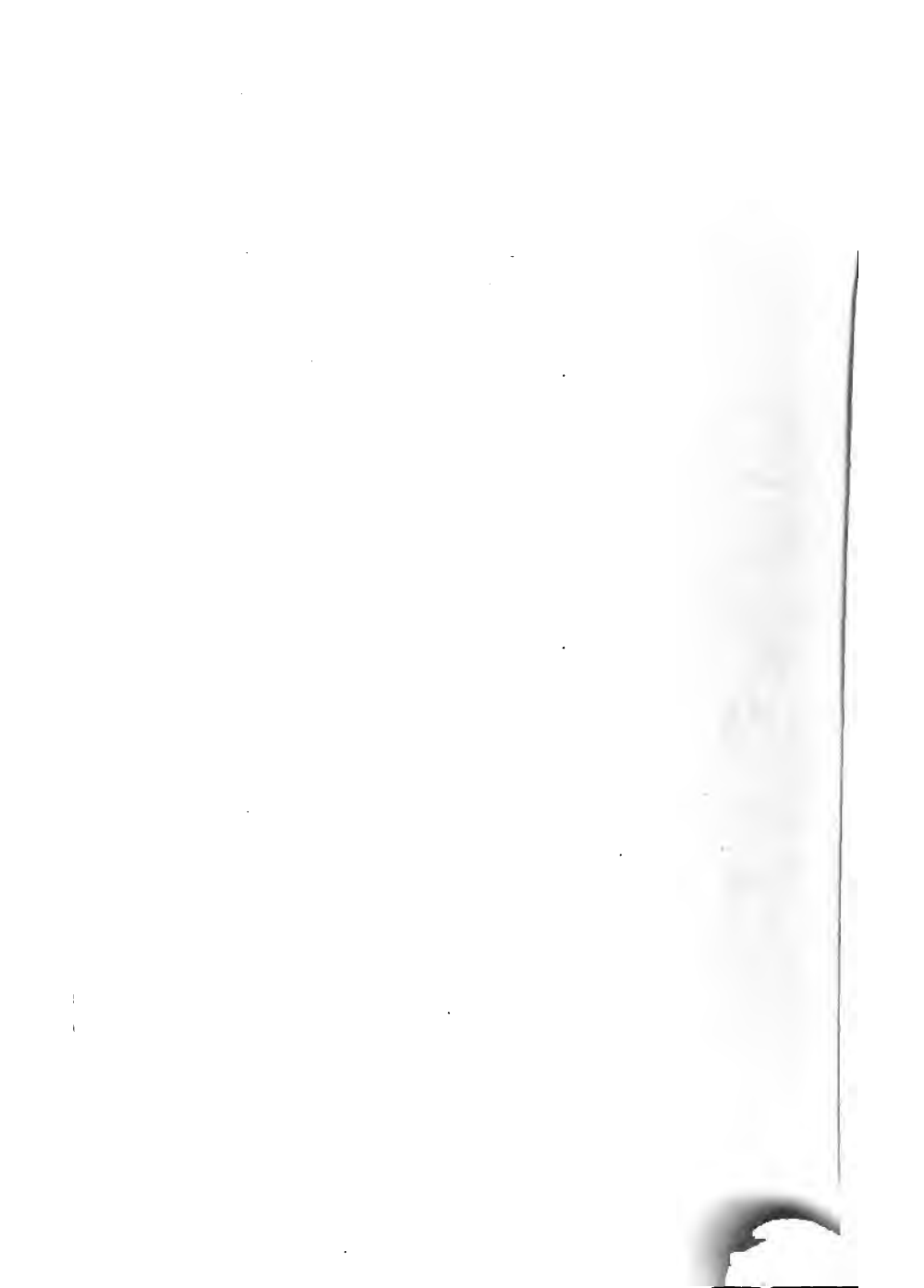
## ÍNDICE

---

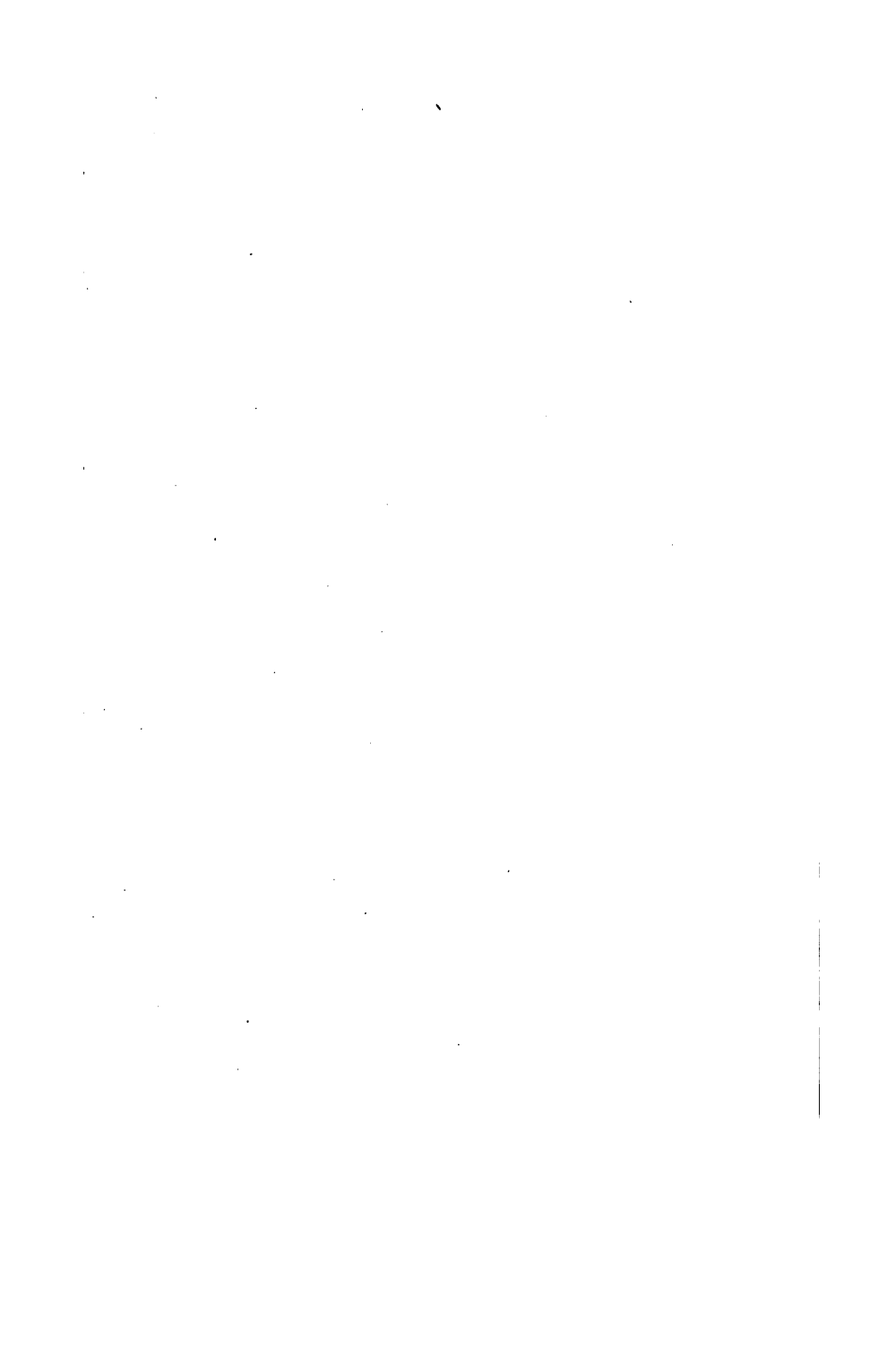
	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO. . . . .	vii
Chulaperías. . . . .	3
Un vivo. . . . .	17
Las afueras. . . . .	31
Predicar en desierto. . . . .	47
Á Don Ramón de la Cruz. . . . .	59
La reina del molinete. . . . .	65
En la calle. . . . .	83
Las conquistas del cine. . . . .	95
De vuelta de París. . . . .	107
Los golfos. . . . .	121
En el punto. . . . .	133
La mala sombra. . . . .	147
La democracia. . . . .	161
La madrileña. . . . .	175
Los maletas. . . . .	185
La contrata. . . . .	199
Política interior. . . . .	211
El terrible Pérez. . . . .	223
El dos de Mayo. . . . .	239

2-1-57









**RETURN TO → CIRCULATION DEPARTMENT**  
202 Main Library

LOAN PERIOD 1	2	3
HOME USE		
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS  
1-month loans may be renewed by calling 642-3405  
6-month loans may be recharged by bringing books to Circulation Desk  
Renewals and recharges may be made 4 days prior to due date

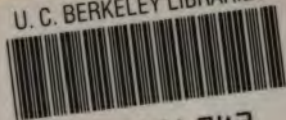
**DUE AS STAMPED BELOW**

**SANTA BARBARA**  
**INTERLIBRARY LOAN**  
**SEP 6 1977**

REC. CHG. SEP 27 77



U. C. BERKELEY LIBRARIES



0041616243

